



Mi otro Yo

CLARENCE J. ENZLER

MI OTRO YO

EDICIONES PAULINAS

Título original: MY OTHER SELF

Traducido por: Miguel Castro y Jorge Rodríguez

NIHIL OBSTAT

Gérard Yelle, s.s.
Bogotá, agosto 25 de 1967

IMPRIMATUR

† Emilio de Brigard, Arzobispo Auxiliar
Bogotá, noviembre 28 de 1967

PREFACIO

Puesto que el estilo de este libro es algo desusado, pueden ser útiles algunas observaciones acerca de su estructura. He adoptado, en gran parte, el estilo de la *Imitación de Cristo*. Así el lector encontrará a Cristo que le habla en conversaciones íntimas, que busca hacerle tomar conciencia plena de lo que significa ser cristiano, "otro Cristo", "el otro yo" de Cristo.

Mi intención ha sido explicar lo más claramente posible el sentido de la unión con nuestro Señor y todo lo que ella implica, tanto para el individuo como para la sociedad.

He intentado mostrar que "la hora actual" es "la hora de Cristo": el tiempo, para cada individuo, de identificarse con el Señor y de obrar como Cristo.

Si mi trabajo alcanza este fin, aunque no sea más que en una ínfima proporción, habrá realizado mi propósito.

Clarence J. Enzler

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION ESPAÑOLA

Este libro, MI OTRO YO, fue escrito, no para ser leído y archivado, sino para ser meditado y vivido. Presenta, de manera adaptada a todos, la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. Ayudará a todos a vivir de esta misteriosa presencia de Cristo en todos los miembros del Pueblo de Dios. El autor hace hablar al mismo Cristo con tal realismo que a veces nos hace pensar en aquel Cristo que dijo a san Pablo: "YO SOY".

Un equipo del Seminario Mayor de Bogotá presenta esta traducción española como homenaje a Cristo presente en la Santísima Eucaristía, a quien el mundo entero vendrá a honrar en Bogotá, en agosto de 1968, con ocasión del XXXIX CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL.

Que sea un mensaje de solidaridad humana y cristiana! Cristo, VINCULO DE AMOR, en la Eucaristía, en los Obispos, en la Asamblea Cristiana, especialmente en los pobres!

GERARDO YELLE, SS.

Bogotá, 7 de octubre de 1967, fiesta de N. S. del Rosario

ORACION SACERDOTAL DE JESUS

(Jn. 17, 1-11; 14-26)

*Padre, ha llegado la hora
glorifica a tu hijo,
para que tu hijo te glorifique,
y que, por el poder que Tú le diste sobre toda carne,
dé la vida eterna a los que Tú le has dado.*

*La vida eterna es ésta:
que te conozcan a Tí, único Dios verdadero;
y a tu enviado, Jesucristo.*

*Yo Te he glorificado sobre la tierra;
he acabado la obra que me encomendaste, realizar.*

*Ahora Tú, Padre, glorificame
con la gloria que tuve cerca de Tí antes que el mundo
existiese.*

*He manifestado tu nombre a los hombres
que Tú has sacado del mundo para dárme los.*

*Tuyos eran y Tú me los has dado
y ellos han guardado tu palabra.*

*Ahora saben que todo cuanto me diste viene de Tí;
porque yo les he comunicado las palabras que Tú me diste
y ellos han conocido verdaderamente que yo salí de Tí
y ellos han creído que Tú me has enviado.*

*Yo ruego por ellos;
yo no ruego por el mundo, sino por los que Tú me has
dado,*

porque son tuyos,

y todo lo mío es tuyo

*y todo lo que es tuyo es mío y yo soy glorificado en ellos.
Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo.*

*Yo voy a Tí, Padre Santo,
guarda en tu nombre a éstos que Tú me has dado,
para que sean uno como nosotros. . .*

*Yo les he dado tu palabra y el mundo les ha cogido odio,
porque ellos no son del mundo,
como yo no soy del mundo.*

*Omnipotente, sapientísima y amante Trinidad, a
cuyo honor y gloria está consagrado este trabajo, con-
cédenos que pueda llegar a las manos de todos aque-
llos que, deseando amarte más, lo leerán con provecho.*

*Instrúyelos —a todos y a cada uno— acerca de
la forma como deben usarlo más sabiamente, a fin de
amarte más y servirte mejor.*

*No te ruego que los saques del mundo,
sino que los guardes del mal.
Ellos no son del mundo, como no soy del mundo yo.
Santificalos en la verdad:
tu palabra es verdad.
Como Tú me enviaste al mundo, así yo los envié al mundo,
y yo por ellos me sacrifico,
a fin de que ellos sean santificados de verdad.
Yo no ruego solamente por ellos,
sino por cuantos crean en mí por su palabra.
Que todos sean uno
como Tú, Padre, estás en mí y yo en Tí,
que también ellos sean uno en nosotros,
para que el mundo crea que Tú me has enviado.
Yo les he dado la gloria que Tú me diste
para que ellos sean uno como nosotros somos uno:
yo en ellos y Tú en mí,
para que sean consumados en la unidad
y el mundo conozca que Tú me enviaste
y que los he amado como Tú me amaste.
Padre,
los que Tú me has dado,
quiero que donde yo esté, ellos estén también conmigo,
para que contemplen la gloria que Tú me has dado,
porque me amaste antes de la creación del mundo.
Padre justo,
el mundo no Te ha conocido,
pero yo Te he conocido
y éstos han reconocido que Tú me has enviado.
Yo les he revelado tu nombre
y se lo revelaré,
para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos
y yo en ellos.*



primera parte

El fin de la vida

Capítulo I

EL FIN DE LA VIDA

En presencia de Cristo

“Oh Yavé, Señor nuestro, cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra!” (Sal. 8, 2).

Querido amigo, encantado de verte. Yo estoy contigo hablándote, escuchándote. Date cuenta de que Yo estoy verdaderamente presente. Estoy dentro de tu alma. Cierra los ojos y los oídos a toda distracción. Entra en tí mismo, reflexiona en mis designios y permanece solo conmigo.

No tengas miedo, soy tu Dios, tu Rey revestido de majestad y de poder. Sin embargo, soy tan humano como tú. Yo soy tu Salvador.

Has notado el nombre que te doy? Mi amigo. No mi creatura, ni mi siervo, sino mi amigo. Sí, aún más: tú eres mi hermano, mi hermana, mi madre. Pues “Cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, y mi hermana y mi madre” (Mt 12, 50).

Estoy contento de que desees permanecer un rato conmigo, de que confíes en mí, y de que me permitas confiar en tí.

Te has preguntado ya lo que te habría dicho, si tú

hubieses estado a mi lado como Pedro, Juan, Marta, María y los demás?

Crees que ellos han sido favorecidos especialmente por haber vivido en ese tiempo, porque me vieron, oyeron y tocaron?

Sí, ellos fueron favorecidos. Pero tú lo eres igualmente. Es mucho mejor para tí vivir ahora que haber vivido en cualquier otro momento de la historia humana.

No comprendes que esta es mi hora, tanto como lo fue hace diecinueve siglos?

Yo te veo tan claramente como ví a mis conciudadanos. Te amo tanto como los amé a ellos. Yo te hablo. Qué son tus buenos impulsos, sino efectos de mi gracia y de las inspiraciones del Espíritu Santo?

Con todo, tú piensas: "ellos te vieron cara a cara".

Qué fue lo que mis discípulos vieron? Un hombre que hacía milagros? Sí, pero —a pesar de todo— un hombre. Pasaron muchos meses antes de que me conocieran como "aquel que ha de venir" —el Mesías—, y como "el que es" —Dios—. Y entonces me conocieron, no ya únicamente con los ojos del cuerpo, sino por la fe. No podía ser de otro modo. Ningún mortal puede ver a Dios cara a cara y seguir viviendo en este mundo.

Hoy, tú me conoces exactamente de la misma manera: por la fe. Dichoso, porque tú me ves con ojos mejores que los de tu cuerpo, con los ojos de la fe.

Bendito eres tú porque me hablas con palabras más fáciles de comprender que las salidas de tu boca: con la oración del corazón.

Sí eres bendito, amigo mío, porque tú puedes llegar a unirte a mí íntimamente, con mayor facilidad que mis discípulos más íntimos, antes de la Última Cena.

Pedro y Andrés, Santiago y Juan, e incluso mi propia Madre, durante varios años de su vida no pudieron gozar del maravilloso privilegio que se te ofre-

ce cada día. Nunca, antes de la Última Cena, estuve unido a ellos tan íntimamente como me uno a tí en la santa Comunión. Ya has tenido —en mi Sacramento— más momentos de unión íntima conmigo, que algunos de mis discípulos predilectos en toda su vida.

Pero si tú me lo permites, vendré a tí diariamente en el sacramento del Amor. Yo vendré como hombre. Vendré como Dios, trayendo a la Trinidad a lo más íntimo de tu alma. Yo no estoy lejos de tí, eres tú quien estás separado de Mí.

Adán y Eva desearon ser semejantes a Dios y no pudieron. Pero tú, a pesar de toda tu indignidad, puedes hacerte "como Dios", diariamente, en la santa comunión. Yo entro en tí, vivo en tí, te transformo. Y cuando mi Padre te mira, no es a tí a quien ve, sino a Mí, su Hijo único.

Eres favorecido de una manera particular, mucho más de lo que tú puedes comprender. Piensa cuántos seres hay en el mundo, que ni siquiera conocen mi Nombre! por qué eres tú quien tiene esa dicha y no ellos?

Por qué es mi voluntad que tú tengas tal intimidad conmigo? Por qué te he predestinado, desde toda la eternidad, a esta hora de dicha en mi compañía? Por qué te he buscado, llamado, urgido y ayudado, todos los días de tu vida, para unirte tan estrechamente a Mí?

Esto es porque mi amor por tí supera toda comprensión humana.

Te imaginas cuánto deberías agradecer a tu Dios?

Dame gracias haciendo de tu alma una verdadera morada para Mí, con el fin de ofrecerme y ofrecerte —desde esta morada— en una divina acción de gracias a la santa e indivisible Trinidad.

Piensa en esto ahora. Piensa en esto a menudo. Piénsalo apacible, calmadamente y dame tu corazón, tu mente, tu voluntad.

Dí a mi Padre: "Yo te doy gracias, Señor, con todo mi corazón y cantaré todas tus maravillas. Yo me alegro y me regocijo en Tí y cantaré salmos a tu nombre, oh Altísimo!" (Sal 9, 2-3).

Cristo, el maestro de la felicidad

"Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor" (Sal. 118, 1).

Mi mayor deseo, querido amigo, es que tú seas feliz. Sería más imposible para mí no querer tu felicidad, que para tí no comer cuando tienes hambre.

Yo no soy bueno a la manera de una creatura. Soy la misma bondad; ésta pertenece a mi propia naturaleza. Tú no puedes comprender esto plenamente; sólo te pido que lo creas.

Cree que yo soy la bondad misma. Cree que yo quiero tu felicidad mucho más que tú mismo. Cree que quiero y puedo darte la felicidad.

Te he hecho a mi propia imagen, capaz de participar en mi vida divina y destinado a esta vida. Dame tu buena voluntad aquí en la tierra y tu felicidad, incluso en esta vida, excederá todos tus sueños. Y cuando llegues a tu eterno destino, tu alegría será tal como nunca te la hubieras podido imaginar.

No rehúses hacer lo que te hará feliz. Millones de hombres como tú, me rechazan. Adán y Eva, ansiosos de hacer lo que les agradaba, perdieron el paraíso.

El antiguo pueblo escogido, instruído por los profetas y aún por mi Padre mismo, rehusó seguir sus preceptos. Asesinaron a los profetas, adoraron ídolos y dioses falsos; se entregaron a la lujuria en el desierto. Y

la ira del Señor se encendió hasta tal punto, que los entregó en las manos de las naciones, las cuales los oprimieron y humillaron.

Yo he venido a la tierra, compartiendo tu humilde humanidad. Te he mostrado en mi propia vida cómo ser feliz.

Aunque constantemente enseñé la paz y la alegría a través de mi Iglesia, bastantes cierran sus oídos. Muchos buscan la alegría en mil vanidades y diez mil placeres. Pero la felicidad que persiguen en el pecado se hace ceniza en su boca.

Escúchame. Vuélvete hacia mí; dame tu mente, tu corazón, tu alma. No te ocultaré la verdad. Deseas la felicidad. Yo te enseñaré el camino de ella.

Feliz es el que no sigue los consejos de los malvados, que no anda en el pecado, que no insulta a su Creador por un loco orgullo.

Feliz es quien se ocupa del pobre y del necesitado.

Felices son los puros que siguen mis caminos, los que guardan mis mandamientos día y noche y me buscan de todo corazón.

Felices son todos aquellos que se refugian en Mí. Yo seré su amparo, animándolos y protegiéndolos frente a los peligros. No temerán ningún mal, aun cuando millares de enemigos los rodeen por todas partes.

Gozarán de una gran paz. Para ellos no habrá ningún obstáculo.

Yo te digo: serás feliz si temes a tu Señor y si caminas con toda confianza en sus vías.

Sí. Yo quiero tu felicidad. No pienses jamás que Yo quiero otra cosa sino tu paz y tu bienestar. Te he dado mi propia felicidad, mi propio gozo, mi propia paz. Quiero que seas un pacificador, un dispensador de alegría y de felicidad para quienes te rodeen. Te he confiado la misión de ayudar a reconciliar el mundo conmigo, de llevar mi paz a la tierra.

Deseo tu amor, y el fruto del amor no es la triste-

za, sino la dicha, el entusiasmo, la alegría. Qué tienes que temer? Vive alegremente, lleno de felicidad y de entusiasmo. Tu alegría se funda en que Dios existe, en que lo conduce todo y vela sobre todos.

No traerás a Mí las almas que espero desde hace mucho tiempo, si estás irascible, triste, pesimista.

Acaso no he dicho: "Cuando ayunéis, no imitéis la tristeza de los hipócritas?" (Mt 6, 16).

No he dicho: "Venid a Mí... y Yo os aliviaré?" (Mt 11, 28).

Me disgusta que muchos crean que soy un Dios severo, duro, a quien le agrada el espectáculo del hombre amante que, enjugándose el sudor, pregunta con angustia: puedo salvarme?... Puede ser posible que yo me salve?

He dado yo mi vida para atormentarte? Para causarte ansiedad?

Yo no habito en la tristeza ni en las tinieblas, ni en la aflicción, sino en la luz, en el amor y en la alegría. Ten el corazón sereno.

Aun cuando los hombres te ultrajen y persigan y hablen falsedades contra tí por causa mía, permanece contento y alegre.

Yo soy tu luz y tu salvación. A quién temerás?

Yo soy tu defensa. De quién tendrás miedo?

Ardientemente deseo tu felicidad. Yo puedo hacerte feliz. Yo te haré feliz.

Sé, pues, alegre y regójate en Mí, ya que puedes habitar en mi casa todos los días de tu vida y disfrutar de mi gracia y mi benevolencia.

Cristo, autor de la santidad

"Regocijaos de que vuestros nombres se encuentren escritos en los cielos" (Lc. 10, 20).

Amigo mío, el secreto de la felicidad aquí en la tierra y en el tiempo venidero, es ser tan santo como sea posible. Un santo es una persona que es feliz para siempre.

La santidad es una meta que seguramente tú puedes alcanzar. Tener buena salud, ser rico y respetable, puede estar más allá de tu poder, pero tú puedes esperar con seguridad ser santo. Pídeme esta gracia y la recibirás.

Confíate en Mí sin reservas, y te aseguro que te será mucho más fácil llegar a ser santo que no serlo.

Tú deseas la felicidad. Esta se encuentra en la santidad.

No creas que la santidad consiste en una constante penitencia, en cilicio y flagelaciones sangrientas, en raptos y éxtasis, en largas noches de oración.

Estas cosas no son esenciales para la santidad. Esta consiste en una sola cosa: la unión de tu voluntad con la mía.

El único servicio que está en tu poder hacerme es el de cumplir mi voluntad. El acto de amor que más me honra es conformar tu voluntad a la mía, no desear sino lo que yo deseo, querer todo lo que Yo quiero.

No es el sacrificio sino el amor lo que enternece mi corazón.

Yo te mostraré cómo puedes llegar a ser santo; haz como Yo hice, sigue mis pasos.

Yo me he hecho hombre, no para hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me envió. He glorificado a mi Padre en la tierra, cumpliendo la tarea que El me

había fijado. Me hice hombre en el momento y en el lugar exacto que El había escogido.

De la misma manera, Yo te he fijado una tarea: producir fruto, ser mi testigo. Por esta razón, tú vives para este tiempo, en esta nación, en esta comunidad a la que perteneces, bajo estas circunstancias particulares. Aun teniendo la sabiduría de los ángeles no habrías podido escoger un tiempo y un lugar mejores para realizar tu existencia. Vives aquí, porque esto es lo mejor para tí.

Sígueme. Producirás frutos abundantes si vives en Mí y Yo en tí; separado de mí, no puedes hacer nada. Une tu voluntad a la mía, pues por esta unión alcanzas la perfección, la santidad. Tu felicidad reposa en tu propia santificación.

No espero que llegues a la perfección de un día para otro; con todo, si lo deseo así, te puedo hacer perfecto en un instante. A mis ojos el tiempo no cuenta: un día es como mil años.

No seas impaciente. Déjame moldearte a mi manera. Déjame formar mi imagen en tí. Permíteme transformarte en Mí.

Permíteme enseñarte, a mi manera, el ABC de la santidad.

Ciertas personas, emocionadas con mis consolaciones, buscan correr demasiado aprisa. Se empeñan en casi darse muerte mediante penitencias y ayunos. Anhelan llevar una carga superior a sus fuerzas. Avaras de un avance espiritual, están siempre comparando lo que ellas hacen con "lo poco" que hacen los demás. Quieren orar mucho más que los demás, tener ante Mí un poder de intercesión mayor, convertir más almas que mis mayores santos. Dan algunos pasos en la santidad y se creen perfectas. Ellas impiden su progreso y, a veces, retroceden, porque rehúsan dejarse moldear a mi manera.

Sé diferente de éstos, te lo suplico.

No permitas que el orgullo espiritual eche raíces en tí. No tengas celos de los que te parecen más "favorecidos". Sé paciente. Entrégate a Mí totalmente, para agradarme en todo lo que hagas cada día, y te prometo derramar mi gracia sobre tí. Yo te adiestraré en un amor firme, verdadero y desinteresado. Te quitaré el deseo de consuelo y te haré aceptar dichoso cualquier cosa que te ocurra. Harás penitencia por amor a Mí pero aprenderás que la penitencia es en sí misma una cosa muy pequeña. Millones de personas viven diariamente en el mundo una vida de privaciones mayores que las tuyas, con todas tus penitencias, pues millones de seres están siempre hambrientos, inseguros, enfermos, sin abrigo, atemorizados, marginados. Comprenderás que la santidad no consiste en penitencias ni en sacrificios, sino en la unión a mi voluntad.

Comprenderás que no es mi voluntad que reces cuando tu deber presente te llame a mi trabajo activo y que no quiero que trabajes cuando es tiempo de rezar.

Aprenderás que por tí mismo no eres nada. Toda cosa buena que pienses o hagas proviene de Mí.

Tu alma, querido amigo, es el instrumento sobre el que yo trabajo. Es el depósito al cual afluye el agua de la gracia. Todo lo que puedes hacer es cerrar o abrir la llave de él por la acción de tu voluntad.

Aunque tus hazañas pueden ser insignificantes para Mí, el don de tí mismo es inapreciable ante mis ojos.

Tu único deseo será el de verme servido y amado. No desearás ser por más tiempo mi instrumento personal de conversiones, de predicación, de milagros. No querrás ya hacer más que los otros. Desearás solamente ser hecho. Y estarás contento de ser el más pequeño en la casa de mi Padre, si siendo el más pequeño aumentas mi gloria.

Te revestirás de mis virtudes. Serás víctima con-

migo para la salvación de la humanidad. Serás otro Cristo. Identificado conmigo, serás mi "otro yo".

Esta unión conmigo es la que han alcanzado los grandes santos. A esta unión conmigo es a la que te tengo destinado.

Capítulo II

EL ABANDONO

Confianza en Cristo

"Dios mío, en Tí confío" (Sal. 24, 2).

Te enseñaré el ABC de la santidad.

Si quieres ser santo, entrégate a mí. Cree en mí. Abandónate a mí completamente, sin reserva, recibiendo fervorosamente todo lo que Yo te envíe, agradable o no. Es un don que te hago, una parte de mis designios para tu felicidad.

Procura comprender que Yo veo todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus inquietudes y tus deseos. Te conozco mucho más íntimamente de lo que tú mismo te conoces. Yo te conozco no solamente tal como eres, sino también tal como has sido y tal como serás. Yo sé todo esto AHORA. Para Mí, no hay ni pasado ni futuro; no hay más que eterno presente.

Te resulta difícil comprender estas verdades? A caso puedes comprender cómo es posible que Yo esté interesado en tí, entre millares de hombres, de mujeres y de niños que han vivido, que viven y que vivirán?

No es necesario que comprendas. Basta que creas.

Yo te miro no sólo con un conocimiento íntimo, sino con un amor ilimitado. Puesto que me acerco a tí

personalmente —mi amor por mis creaturas, por tí es personal— cómo puedes negarme tu amor?

Yo estoy cerca de tí observándote, guiándote, protegiéndote. Yo estoy dentro de tí. En cierto modo, estoy más cerca de tí que tú mismo.

Entonces, por qué no confías en Mí? No comprendes mi poder? Yo te he creado de la nada, te sostengo en la existencia re-creándote a cada instante. Tú existes gracias a un acto continuo de mi amor creador. Si, por un instante, quitara mi voluntad creadora, te volverías nada.

Sencillamente, dejarías de existir. Esta verdad se aplica a todas las cosas: la tierra, el sol, la luna, el universo entero. Se aplica a todo ser creado: ángeles, demonios, santos, pecadores, aun a mi naturaleza humana.

Puesto que Yo conservo tu existencia y la de todas las cosas por mi voluntad, nada puede suceder sin mi licencia. El sol no puede brillar, ni la tierra girar, ni un pájaro cantar, ni una semilla germinar, ni puede relampaguear, ni moverse una piedra sin que Yo lo permita. Sin que Yo lo permita, ningún hombre puede tocarte, ni la brisa descomponer uno de tus cabellos.

No puedes moverte o hablar, oír, ver, sentir o pensar sin mi ayuda. Recibes la vida de Mí y Yo debo sostener esta vida a cada instante; de lo contrario, se extinguiría. Recibes tu fuerza de Mí y Yo debo renovarla en todo momento, pues de otro modo volverías a la nada.

Por tí mismo, no puedes levantar un dedo, ni parpadear; tu corazón no puede latir ni tus pulmones respirar. No sabrías tener un solo pensamiento sin que mi acción, superior a tu propio trabajo, te sostenga. Yo tengo más parte en tus acciones que los padres que guían al niño en sus primeros pasos, o llevan la mano del hijito que dibuja con un lápiz.

Sin embargo, tu libertad es un don que te doy y Yo influyo en ella a cada instante por mi gracia.

Literalmente, tú no puedes hacer nada, ni bueno ni malo, sin Mí. Yo estoy en todo lo que haces y todo lo que haces lo puedes realizar solamente en, con y por mi poder.

Cuando pecas, tú Me fuerzas, en cierto modo, a cooperar en el aspecto físico de tu ofensa, porque tu libertad y fuerza para obrar dependen de Mí.

Ten confianza en Mí. Tú sabes que Dios es bondad, pero debes meditar aún más en este atributo mío. Yo soy la bondad sin límites: no hay ningún mal en Mí. Yo no puedo hacer el mal; no puedo querer el mal. Cualquier cosa que Yo quiera no debe ser solamente buena, sino la mejor. Así, no puedo permitir el mal más que por un bien mayor. Puesto que mis actos brotan de la bondad y del poder infinitos, todo lo que Yo hago es igualmente perfecto, igualmente bueno.

Todo lo que hago es perfecto. Todo lo que te envío o permito que te suceda es, según las circunstancias, lo que mejor te podría suceder. Puede ser que no reconozcas mi voluntad como perfecta en determinado momento, igual que el niño que no sabría reconocer la sabiduría del cirujano que le salva la vida aplicándole un tratamiento médico adecuado.

✱ Sin embargo, todo concurre al bien de aquéllos que Me aman. Debe ser así. Yo no permitiré que sea de otro modo.

Tal es mi poder. Comprende esto. Piensa qué gran temeridad es no confiar en Mí, cuán insensato es resistir a mi voluntad, puesto que nadie puede cambiar mis designios. Yo soy tu refugio y tu fuerza. Abandónate a Mí.

Motivos de confianza

“Te he amado con un amor eterno” (Jer. 31, 3).

Amigo mío, no dudes de Mí. No te irrites ante tus penas, tus pruebas, tus enfermedades, tus enemigos. Míralos como los medios por los que te atraigo a Mí. Un padre prudente no puede siempre prohibir a su pequeño hijo que corra por miedo de que se pueda caer, o que deje el corral por temor de que se cause daño. El padre actúa así por amor, y Yo obro con un amor mucho más perfecto. Si los trabajos y aflicciones no sirvieran para hacer crecer tu vida espiritual, jamás permitiría que fueras alcanzado por ellos y, menos aún, afectado. Yo no te envío nada que sea demasiado pesado para llevar. Todo está proporcionado a tu fuerza.

Si hubieras comprendido el amor que te tengo, seguramente tendrías mayor confianza en Mí. Antes de que el mundo existiera, Yo te amaba. Cuando no había ni tierra, ni sol, ni ángeles, Yo te conocía tal como ibas a ser cuando aparecieras, sabía qué lugar ocuparías en mis designios, cuál sería la duración de tu vida, qué pensamientos serían los tuyos, cuáles serían tus oraciones... y Yo te amaba. No ha habido tiempo en el cual no te haya amado. La creación de tu ser fue la expresión de mi amor eterno e infinito, así como el beso que das a la persona amada es la expresión de todo tu amor.

Puesto que Yo soy omnipotente y la misma bondad y te amo mucho más de lo que te amas a tí mismo, no tengas miedo de abandonarte enteramente a Mí. Te enseñaré todo lo que tú debes saber y te ayudaré en todo.

Hay algo que Yo no haya hecho y que pueda hacer

para ganar tu entera confianza? Dímelo y lo haré. Acuérdate, Yo he muerto por tí.

Entrega tu voluntad a la mía y todo lo que suceda te hará correr por el camino de la felicidad, por el camino de la santidad. Bajo mi cuidado amoroso, nada te puede causar daño. Todo lo que te puede suceder por mi voluntad es tan bueno, que ni los mismos ángeles del cielo pueden concebir algo mejor.

Unete a Mí con todo tu corazón, con toda tu voluntad y te haré santo. Nada te puede separar de mi amor: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni las cosas presentes, ni las futuras. Ninguna fuerza, ninguna creatura en el cielo y en el infierno te puede separar de mi amor, si tú haces mi voluntad.

Cree en Mí: Yo te protegeré siempre. Busca mi voluntad en todas las cosas. Tu mayor bien es que mi voluntad sea cumplida.

Si renuncias generosamente a tu propia voluntad para buscar únicamente mi beneplácito, mi Corazón Divino te iluminará con una luz viva que te hará conocer mis deseos.

Yo te mostraré lo que debes hacer y trabajaré dentro de ti para ayudarte a realizarlo. Yo te dejaré descansar en mi Corazón.

Así, pues, pídemelo que haga en tí, no tu voluntad sino la mía. Si te presentara el gozo en una mano y el dolor en la otra, sabes qué desearía que me dijeras? “Señor, no escojo nada; que se haga tu voluntad”. Y puesto que abandonarías tu propia voluntad a la mía, Yo vertería en tí todo el gozo y la suavidad de mi Corazón Divino.

Te doy mi palabra como garantía; mi palabra que dura para siempre, tan firme como el cielo.

Créeme: dame todo tu ser, tu cuerpo y todas tus actividades.

Créeme: dame tu alma con todas tus facultades.

Créeme: dame todas tus facultades, todo lo que po-

sees, todo lo que tú eres y serás, todo lo que haces y harás.

Créeme: date a Mí sin pensar en recompensa alguna, como Yo me dí al Padre.

Créeme: date a Mí continuamente y para siempre. Renueva frecuentemente tu acto de abandono a mi voluntad. Renuévalo cada mañana al despertar; cuando me recibas en la comunión; cuando tomes tus comidas; cuando descanses; cuando vayas a dormir y especialmente, renuévalo antes de todas tus principales acciones y durante tus trabajos.

Créeme: dime como David en sus Salmos: “En Dios, cuya promesa alabo, en Dios confío y no temo: qué podrá hacerme un mortal?” (Sal 55, 5); “Y tañeré en tu honor, fuerza mía, porque Tú, oh Dios, eres mi alcázar” (Sal 58, 18).

Y Yo, en retorno, te diré: —como a mis discípulos— “Que no se turbe vuestro corazón (Jn 14, 1). “Todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré” (Jn 14, 13). “No os dejaré huérfanos” (Jn 14, 18). “Mi paz os dejo, mi paz os doy...” (Jn 14, 27). “Como el Padre me ha amado, Yo también os he amado a vosotros” (Jn 15, 9).

Infancia espiritual

“El Señor guarda a los sencillos” (Sal 114, 6).

La vida de confianza que deseo verte llevar es la vida apacible, serena y dulce de un niño en los brazos de sus padres; una vida libre de miedo, de angustias y cuidados y, en cierto sentido, exenta de ambiciones.

Deja que tu corazón vibre como el de David, cuan-

do cantó: “Como un niño en el regazo de su madre... mi alma espera en el Señor ahora y para siempre” (Sal 130).

Qué madre, que mira amorosamente al hijo entre sus brazos, podría desearle un mal? Sin embargo, el amor de una madre para con su hijo, incluso el de mi Madre hacia Mí, no es nada comparado con el amor que Yo te tengo.

De buena gana Yo he muerto por tí, muchos siglos antes de que fueras concebido en el vientre de tu madre. Y moriría por tí de nuevo, cuantas veces fuera necesario para ganar tu amor y tu salvación.

Así, pues, ten confianza en Mí como un niño confía en su madre, sabiendo que Yo no puedo querer más que tu bien. Muestra tu confianza sin límites y estarás en paz.

Yo he dicho: “Quien no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él” (Lc 18, 17). Como un niño acepta el “reino” de sus padres —su ley, su autoridad, su amor— así debes tú aceptar el Reino de Dios.

Cuáles son, pues, las reacciones del niño, que tan altamente recomiendo?

Al niño le gusta la compañía de sus padres; cuando ellos, al salir, lo van a dejar, dice: “llévame contigo”. Así tú también desea estar conmigo, hablarme, pensar en Mí dondequiera que te encuentres, mientras que estás haciendo cualquier cosa. Yo no te dejo nunca voluntariamente; eres tú quien Me abandonas, Me ignoras y Me alejas de tí por el pecado mortal.

Un niño se confía a sus padres con un abandono sin límites en su amor y en su poder. Cuando quiere un pedazo de pan, un vaso de leche, él pide con confianza. Ojalá tú me pidas también con absoluta confianza cuando tengas necesidades. Los padres que aman a sus hijos les dan lo mejor que tienen; y Yo te doy lo mejor que tengo.

Mientras sus padres están cerca de él, un niño no siente ningún temor. Cuando despierta durante la noche viene, casi inconscientemente, a la cama de ellos. Ojalá en todas tus dificultades tú también te vuelvas a Mí, sin temer nada, con la certeza de que Yo estoy cerca.

Al pequeño le gusta encaramarse sobre las rodillas de sus padres para jugar con ellos y oírles contar historias; se divierte con todo lo que hacen. Toma esta actitud respecto a tu Dios; así te agrada cualquier cosa que Yo haga, cualquier cosa que te envíe.

El pequeño sabe que la palabra de sus padres debe ser obedecida. De igual modo, mi palabra y la de mi Iglesia es ley que debe obedecerse.

Comienzas a comprender ahora por qué he dicho: "Aquél que no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él?".

La posesión personal de mi Reino te pertenece, depende de tu voluntad.

Lo que Yo quiero es el don confiado, libre, total y sincero de tí mismo. Tal es la conducta de un pequeño hacia sus padres. El adolescente, ávido de independencia, quiere hacer su voluntad. Si esto es natural para un niño que crece, no es el ejemplo que Yo quiero verte seguir en la vida espiritual. El pequeño es tu modelo, porque acepta la voluntad de sus padres en todo. No comprende totalmente, pero no pregunta a nadie porque tiene confianza.

Igualmente, Yo estaría más satisfecho si mis niños procuraran comprender menos y preguntaran aun menos.

Así pues, ven a Mí como un niño que se acerca hacia su padre y su madre. Estás hambriento, sediento, turbado, herido? Dímelo como se lo dirías a tu madre o a tu padre si fueras un niño pequeño. Tú me debes esta confianza: este es mi derecho. No tuve yo suficiente confianza en mis creaturas como para hacerme hom-

bre? Acaso no podrías tener en Mí, tu Dios, una confianza suficiente para darte enteramente a Mí ahora y siempre, completamente y sin preguntar? Mi Padre confió su Unigénito Hijo a la humanidad. Entonces, no podrían los padres confiar sus hijos e hijas a Mí y a mi cuidado amoroso?

"Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviare" (Mt 11, 28). Cree en mi amor misericordioso y sin medida. Cuanto mayores sean tus necesidades, profundas tus penas y tus temores, más debes adherirte a Mí y decir: "Señor, que se haga tu voluntad; que se haga tu santa voluntad!".

Cristo ayuda a sus "niños"

"Yo soy tu consolador" (Is. 51, 12).

La gran fuerza de un niño es su debilidad. Porque es débil y dependiente, sus padres le prodigan cuidados y protección. De la misma manera, tu gran fuerza está en la debilidad. Cuanto más desconfíes de tí mismo y confíes en Mí, más seguro estarás de mantenerte firme con mi ayuda. Cuanto más te persuadas de que no eres nada, más recibirás de Mí que lo soy todo. Tus necesidades son la medida de mi asistencia. Jamás te dejes desanimar por tus faltas, sino más bien hazlas servir para lograr una unión más perfecta conmigo.

Hay quienes dicen: "Yo no estoy hecho para ser santo; jamás seré santo". Qué tontos! Puede acaso haber un límite para mi acción y un término para mi misericordia? No conozco acaso tu debilidad? Yo, que he creado la vista, puedo dejar de ver tus necesidades?

Yo, que he creado el oído, puedo dejar de oír tus súplicas?

Tus imperfecciones no me hieren; sin embargo, cuanto más luches para eliminarlas, te hacen querer estar más cerca de Mí. Pero tu falta de fe es lo que me desagrada.

Esfuérzate por hacer mi voluntad, pero con alegría y serenidad. Evita las faltas con todo cuidado, pero nunca estés desanimado. No importa el número o la gravedad de tus caídas; cree en mi amor.

Cuando vienes a Mí con una confianza de niño, no puedo rehusarte nada. Un padre está pronto para perdonar y olvidar el descuido y la negligencia, o la ofensa irreflexiva del niño. Yo te perdono y olvido tus caídas y defectos más prontamente. Levanta tu corazón hacia Mí, dirige a Mí tus ojos, ofrécame un poco de tí mismo y todo irá bien. Confiesa arrepentido tus pecados y tu alma será purificada.

Sé como el niño que, habiendo cometido una falta y una vez perdonado, corre gozoso olvidado completamente del pasado.

Obrar así no es solamente un secreto de avance espiritual, sino también un signo de progreso en la santidad.

No estés replegado sobre tí mismo, hasta el punto de impedir que el pasado muera. No estés irritado contigo mismo por dejarte llevar de la cólera y no te desconsueles si tus faltas prueban que no eres tan bueno como creías. Si a veces Yo me alejo un poco de tí, es para permitirte probar tu propia fuerza y si he permitido que caigas es para mostrarte tu debilidad y lo mucho que tú dependes de Mí. Pedro cayó, negándose tres veces, porque confió en él mismo y no en Mí.

Los buenos padres cuidan de sus hijos; los protegen contra los peligros previstos, allanan el camino para que sus pequeños no tropiecen y se causen daño.

Yo también estoy cerca de tí, atento, con mi mano

extendida para guardarte de las calamidades que te amenazan. Mil veces al día suavizo tu camino y te fortifico con mi gracia. Yo te ilumino para que veas tu camino, como un padre ilumina al niño para guiarlo a lo largo del camino durante la noche.

Yo te conozco tan profundamente que todos tus modales me son familiares.

No puedes pronunciar una palabra que Yo no conozca desde toda la eternidad. Yo te he creado, modelándote en las entrañas de tu madre. Cómo puedes escapar a mi presencia?

Si te volaras en las alas del viento, si establecieses tu morada en el confín de los mares, también allí mi mano te sostendría firmemente.

Si tú dices: "la obscuridad me rodeará y la noche me cubrirá", la misma obscuridad no es negra para Mí, y la noche brilla como el día. Para Mí, las tinieblas son como la luz.

Yo te veo siempre y te amo siempre. Así, pues, ten confianza como un niño. Recibirás tanto cuanto creas y esperes. Nunca tengas miedo de pedirme demasiado. Tal actitud no es humildad, sino falta de confianza. Te digo como a mis Apóstoles: "Por qué sois tan tímidos? Aún no tenéis fe?" (Mc 4, 40).

Santifica cada instante

"El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones" (Sal 144, 17).

El abandono a mi divina voluntad y la práctica de la infancia espiritual son inmensas fuentes de gracia y de vida divina.

Tú sabes que he trazado para ti las circunstancias de toda tu vida, hasta en los menores detalles. Cada momento, cada acontecimiento, cada acción de tu vida (excepto el pecado), es un medio por el cual puedes enriquecer la vida divina de tu alma.

Cada momento es —evidentemente, no como los siete sacramentos, que son signos particulares instituidos por Mí para dar la gracia— un “sacramento”. Sin embargo, todo lo que te sucede, en cada momento de tu vida (exceptuado el pecado), puede ser considerado como un signo que te es dado, o que es permitido por Mí, para darte la vida divina, según la forma de servirte de él. Es un medio por el cual te puedes unir a Mí más íntimamente.

Tienes dolor de cabeza, o un resfriado, o un contra-tiempo? Estás triste, fatigado, tentado? El tiempo es demasiado frío, demasiado caluroso, demasiado húmedo o demasiado seco? Es demasiado pesado tu trabajo? Es molesto, no da resultados? Tienes ansiedad o miedo? Todos estos son medios de la gracia y —en este sentido— son “sacramentos”.

Pero las penas, los dolores y las decepciones de la vida no son los únicos “sacramentos” del momento presente: tus alegrías son igualmente fuente de gracia. Tus carcajadas por un buen chiste, el placer que te produce un cine o un juego, la satisfacción de una buena comida: todas estas cosas son fuente de vida divina. Acéptalas, deséelas como venidas de mis manos, como una parte de mis sapientísimos designios para tu felicidad eterna. Me alegro cuando te deleites con mis dones.

Por tanto, tan a menudo como puedas, haz nacer en tu espíritu pensamientos como éstos: este instante me ha sido dado por el Señor para que Yo pueda mostrarle mi amor, uniendo mi voluntad a la suya. Esta ocasión es la mejor que se me puede dar, para servir a mi Creador de esta forma particular. Esta prueba, esta interrupción, esta reprensión están permitidos por el

Señor para fortalecerme y unirme más íntimamente a El. Este cine, este juego, este programa de T.V. o de radio, son para el descanso de mi espíritu y mi diversión. Todas estas cosas son “sacramentos” del momento presente, dones de la providencia de Dios. Si me sirvo bien de ellos, aumentarán la vida de Dios en mí.

Yo te ayudaré a tener tales pensamientos. Yo te ayudaré a hacerlo todo con alegría, sin inquietud, sin pesar inútil. Te ayudaré a decirme: Señor, no solamente acepto este momento con sus circunstancias precisas, sino lo quiero porque esta es tu voluntad.

Tú sabes que he dicho la verdad y que ésta te hará libre. Esta es la verdad: cada instante es un “sacramento” cuando tu voluntad está con la mía.

La unión a mi voluntad te hace libre; el desacuerdo con mi voluntad te hace esclavo. Une tu voluntad a la mía y no estarás atormentado por nada, bien sea una observación inadvertida que pudo haber ofendido a tu vecino, o bien lo que los demás piensan de tí, o tu situación económica, el éxito o el fracaso en tu trabajo, tu seguridad, tu salud, la forma en que es gobernado el país, o incluso tu mismo progreso en la vida espiritual. No te sentirás obligado a conducir el universo: tú comprenderás que Yo lo controlo en todo, pequeño o grande. No desearás saber lo que el futuro te reserva, sino que estarás dichoso de abandonarlo en mis manos. Solamente estarás ocupado de cumplir y buscar ávida y alegremente mi voluntad, haciéndola tuya en este momento, porque tienes confianza en el Creador de todas las cosas, quien es todopoderoso, todo bondad, todo amor. Tú serás libre porque poseerás la verdad.

No malgastes estos “sacramentos” del momento presente. Organiza tu vida según mi voluntad, como un buen músico conforma y ordena su ejecución a la voluntad del director. Sométete a mi ritmo, a mi compás, a mi dirección; fija tus ojos en Mí, como el músico

pone su vista en el director. De otro modo, cómo conocerías mi voluntad?

Vuélvete a Mí a menudo por el pensamiento, la oración y la reflexión.

Dime:

“En este mismo momento y en todo instante confío en Tí, Señor, porque eres Todopoderoso.

“En este momento y en todo instante confío en Tí, porque eres la misma bondad.

“En este momento y en todo instante confío en Tí, porque Tú vives en mí y yo en Tí.

“En este momento y en todo instante confío en Tí, porque eres mi Hermano y has dado la vida por mí.

“En este momento y en todo instante confío en Tí, porque tu Padre es mi Padre.

“En este momento y en todo instante confío en Tí, porque tu Madre es mi Madre.

“En este momento y en todo instante creo en Tí. Tú te has dado a mí; puedo yo hacer menos por Tí?

“En este momento y en todo instante creo en Tí. Tú me amas. No debo amarte yo también?

“En este momento y en todo instante confío en Tí. Tú quieres darme mucho más de lo que yo ansío recibir.

“En este momento y en todo instante confío en Tí; no te agraviaré nunca por mis titubeos, pues esto significaría que dudo de Tí.

“En este momento y en todo instante creo en Tí, no porque soy bueno, sino porque Tú eres perfecto.

“En este momento y en todo instante creo en Tí, no porque soy fuerte, sino porque Tú eres Omnipotente.

“Oh Dios mío! acepto este instante con todas las circunstancias que lo rodean. Esta es tu voluntad, por lo tanto, la mía. En este momento no quiero nada más de lo que tengo, ni nada menos.

“En tu infinita sabiduría, Tú me has conducido

hasta este instante de mi existencia, en posesión de cuantas fuerzas y de muchas debilidades. Tú me has dado talento en la medida más útil para mí. Me has permitido tener debilidades en la medida conveniente a tu eterno designio sobre mí. Quiero todo esto porque todo es tu voluntad.

“En este momento no deseo ser más fuerte de lo que soy. Mis debilidades Te glorifican. Si por ellas más tarde he de cometer faltas, que ellas me enseñen la humildad. Si soy miserable, déjame ofrecer esta miseria a tu misericordia y permíteme glorificar tu justicia. Si mis delitos me atraen castigos, también ellos serán para tu gloria, puesto que es justo que la maldad sea castigada.

“Sin embargo, Te ruego, oh Dios mío, que me protejas. Oh mi fuerza! Alabo tu voluntad, porque Tú eres mi defensa y mi misericordia, oh Dios mío!”

Capítulo III

SER COMO YO DESEO

Sé como Yo deseo

“Nadie puede atribuírse nada que no le sea dado del cielo” (Jn 3, 27).

Si observas fielmente la primera de mis reglas para la santidad y la felicidad —el abandono completo a mi voluntad —te ayudaré seguramente a perseverar en la segunda: ser como Yo deseo.

Muchos hombres piensan que serían felices si tuvieran únicamente talento, popularidad, dinero o renombre. Tú estás absolutamente seguro de que estos “dones” serían buenos para tí? Estás seguro de saber lo que te aprovecha? Conoces tus necesidades tan bien como Yo las conozco?

Para ser lo que Yo deseo debes —en primer lugar— aprender a aceptar tu estado de vida actual, tu personalidad y todas tus circunstancias, alegremente, en un abandono despreocupado. No es difícil ver mi voluntad en los diez mandamientos, los preceptos de mi Iglesia y aún en las órdenes de quienes están por encima de tí en los asuntos civiles y económicos. Pero a veces te resulta muy difícil ver mi voluntad en los acontecimientos que permito que te sucedan. Sin embargo, sabes que sólo deseo tu dicha. Tengo planeada

tu felicidad. Los dones que te doy son siempre los mejores para tí.

No temas jamás que Yo no sepa lo que hago. El camino de la santidad y de la felicidad no es el mismo para todos. No te deprimas comparando lo que tú haces con lo que hicieron Francisco de Asís, Teresa, Domingo, Camilo, Pedro Claver, Catalina de Sena, el cura de Ars y Juan Bosco.

No te digo que los límites ahora en sus prácticas individuales, en el mismo grado. Quizás más tarde pueda pedirte más; pero solamente a su tiempo. Lo que Yo pido, ahora y siempre, es que los límites en su amor por Mí, que creas en Mí, aceptando gozosamente el estado de vida en que te encuentras y que te conformes con él. Abandona tu voluntad a la mía como lo hicieron ellos y también tú vendrás a ser tan santo como lo fueron ellos.

Los padres de familia, a veces, están de tal forma cogidos por el trabajo social, por las obras de la Iglesia, por el trabajo profesional, que huyen del círculo familiar noche tras noche, dejando de lado el primer deber de estado que les he confiado, para consagrarse a una tarea de interés secundario que ellos han buscado.

Qué ciegos son! Quisieran servirme como los santos lo hicieron, pero olvidan que los santos se santificaron sirviéndome en el trabajo que les confié.

No deseo que seas famoso, rico, de talento o popular actualmente —a menos que lo seas—. No deseo que seas casado ahora, —a menos que lo seas—. No deseo que seas mártir, o que cuides enfermos en los hospitales, que des tus bienes a los pobres, que permanezcas noches enteras en adoración —salvo que estas cosas sean conformes con tu estado de vida—. Estaría contento Yo de verte cuidar enfermos en los hospitales y descuidar los enfermos o los muchachos que he confiado a tus cuidados en tu propia casa? Me agradaría el

verte ayudar a los ancianos fuera de tu hogar, pero con descuido de los que he colocado en tu propia familia?

Juan Bosco recorría las calles y los pasajes para encontrar niños y conducirlos por mis caminos. Pero hoy en día, en cuántos hogares los padres renuncian a la oportunidad de guiar a sus hijos hacia la unión conmigo!

Deseo que los maridos y sus mujeres comiencen, en primer lugar, por amarse y por ser, en lo posible, los mejores esposos y esposas. Deseo que los padres y las madres guíen a sus hijos con amor y paciencia y sean, en cuanto puedan, los mejores padres y madres. Si los pobres no son socorridos y los enfermos no son cuidados, y si el evangelio no es predicado a los fieles, esto no es culpa tuya ni de tu responsabilidad, a menos que estos trabajos estén conformes a tu deber de estado. Pero si los que están bajo tu cuidado ven en tí un ejemplo que es poco cristiano, esto sí es culpa tuya.

Por otra parte, muchos de los que tienen tiempo, posibilidades y habilidad para servirme en su prójimo, se desprecupan de hacerlo. Se entregan a una espiritualidad individualista que excluye al prójimo. Tal espiritualidad egoísta no es la que Yo deseo.

Te he dado tareas y aptitudes que te convienen. Así como los pájaros se hicieron para volar y los peces para vivir en el agua, de la misma manera el hombre está hecho para buscar a Dios y cada hombre debe hacerlo de una manera propia. Uno es padre de familia, otro es sacerdote; uno es albañil y el otro médico; uno Me sirve mejor siendo técnico, el otro, especulativo.

Escucha a mi Apóstol quien predicaba: "Todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada; ya sea la profecía, según la medida de la fe; ya sea el ministerio, para servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, para exhortar; el que da, para

que dé con sencillez... (Rom. 1, 6-9). Cada uno debe realizar bien su propia tarea.

No pierdas tu tiempo en soñar lo que harías si fueras otro o si estuvieras colocado en un estado de vida diferente. Acepta tu situación presente con todas sus circunstancias.

Sin embargo, la aceptación no significa pasividad. Si estás enfermo, acéptalo como mi voluntad del momento presente; Pero ordinariamente no es mi voluntad que no hagas nada para curarte. No te quejes, sino pon los medios razonables para curar tu enfermedad. De igual modo, si tu situación presente no es satisfactoria, acéptala voluntariamente, sin quejas, por el momento; esfuérzate para mejorarla, de manera sensata y con sentido práctico. Esto es lo que Yo deseo. Esto es hacer mi voluntad.

Busca las virtudes de tu profesión u oficio

"Aprende dónde está la prudencia, dónde está la fuerza, dónde está la diligencia..."
(Bar 3, 14).

Tú tienes sólo —en el momento presente— un deber real: servirme, como quiero ser servido, en la situación en que te he colocado. Al lado de este deber primordial, tienes, naturalmente, deberes secundarios para contigo mismo, para con tu familia, tus empleados o tus superiores y para con la misma sociedad. Procura cumplir todos estos deberes, pero no des demasiado de tí mismo a lo que no es menos importante, a expensas de lo que es más importante.

Para un padre o una madre, la familia está antes

que la posición social o la carrera, e incluso antes que las oraciones o devociones personales. Para un niño, la obediencia prima sobre todo. Este es mi designio. Este es el ejemplo que Yo he dado. Cuando tuve doce años, habiendo alcanzado la edad adulta según las costumbres del tiempo, fui al Templo y tomé mi puesto en medio de los que enseñaban allí. Hubiera podido comenzar mi vida pública en este momento, pero viendo el deseo de mi Madre, volví a Nazaret en donde permanecí durante dieciocho años, sometido, como lo exigía mi estado de vida.

Lo que te enseñó es que debes buscar las virtudes que convienen a tu situación presente, más que aquellas que aparecen más atrayentes a tu imaginación.

Hay virtudes especiales para las vocaciones particulares. Los padres tienen mucha necesidad de la paciencia en sus relaciones con los hijos. El marido y la mujer tienen una necesidad de amor para vivir el uno para el otro. El hijo tiene, sobre todo, necesidad de la obediencia. El sacerdote tiene necesidad de tales virtudes, una religiosa de tales otras, un hombre de negocios de otras y un médico de otras distintas.

Hay aplicaciones especiales de la misma virtud según los estados de vida. Es un consejo de perfección, así como de caridad en un grado extraordinario, el dar sus bienes a los pobres. Pero la misma caridad prohíbe a un padre de familia que tiene hijos, vender todo lo que posee para darlo a los pobres: la caridad le manda más bien poner los medios razonables y ordinarios para proveer adecuadamente a las necesidades de su familia.

Yo te mando orar. Pero vería mal el que una esposa y madre viniera a arrodillarse ante Mí en el Santísimo Sacramento, cuando es el tiempo de preparar la comida para la familia.

Crees acaso que te miro con reproche cuando cumples los deberes que te he encomendado? Yo estoy más cerca de tí cuando cumples tus deberes de estado por-

que conoces que ésta es mi voluntad, que cuando pones tu atención en la oración, descuidando voluntariamente los deberes de tu estado.

Tu trabajo, hecho por amor y obediencia a Mí, es, en realidad, una oración. Es orar concretamente; es amar en la acción.

Comprendes ahora lo que te quiero decir cuando afirmo que si quieres ser como Yo deseo debes practicar las virtudes inherentes a tu deber de estado, más bien que las que te son inspiradas por tu imaginación?

El religioso o la religiosa tienen su regla de vida. El esposo, la esposa, el padre, la madre, el soltero, el hijo y cada uno tiene también su regla de vida: los deberes de su estado.

Acepta tu situación presente y lleva sus responsabilidades, como Yo acepté mi situación y mis responsabilidades.

Estás agobiado por la monotonía? Acéptalo! Yo también sufrí esto.

Eres incomprendido? Yo lo fui. Acéptalo.

Estás a veces desanimado por el fracaso de tus proyectos? Acaso no fué desalentador para Mí haber encontrado a mis apóstoles, la víspera de mi muerte, disputando entre ellos acerca de quién ocuparía el primer puesto? No fue desalentador para Mí el haber sido rechazado por aquellos a quienes vine a salvar? Acepta!

Estás a menudo decepcionado por aquellos con quienes tienes que vivir y trabajar? No fué decepcionante para Mí escoger doce discípulos predilectos, para luego ver a uno de ellos volverse un ladrón y un traidor? Acepta!

Tu estado de vida actual te sumerge, a veces, en situaciones en las que la aflicción parece ser superior a tus fuerzas? Compara tu aflicción con mi dolor durante la noche de Getsemaní, cuando el peso de todos los pecados de la humanidad descendía sobre mi co-

razón hasta tal punto que, durante mi agonía, la sangre brotó por los poros de mi piel y cubrió todo mi cuerpo. Acéptala!

Accepta tu situación presente. En este momento, es la mejor para tí. Los hijos que he dado a los padres —y los padres que he dado a los hijos— son los mejores los unos para los otros y estos hijos forman parte de mis designios. Tal patrón o tal superior y tal empleado o tal subalterno son actualmente los mejores los unos para los otros. Mañana esto podría ser diferente. Hoy en día, cada uno tiene como objetivo el servirme en esta situación especial.

Sé como Yo deseo que seas.

Accepta tu puesto en mis designios. Tu camino vendrá a ser una vía de bondad y de fe. Mis ojos están fijos en aquéllos que buscan mi voluntad y Yo los conduciré al gozo.

En tu trabajo cotidiano

“Servid a Dios en verdad y haced su voluntad” (Tob. 14, 8).

Deseo que tus días estén llenos del gozo y de la paz que te he dejado en herencia.

Tu única preocupación debe ser la de hacer mi voluntad, momento por momento, en las tareas y en las situaciones que te corresponden. Haz esto y toda tu vida seguirá mi plan divino para tu felicidad, hoy y en la eternidad.

No te dejes inquietar demasiado por los sucesos de tu vida diaria. No tengas miedo al fracaso. Muchas veces abandonas tus deberes, porque temes que no serás capaz de cumplirlos perfectamente.

Pregúntate: qué es lo que mi Señor desea?

Y entonces haz tu trabajo exactamente. No lo dejes para el otro día. No digo que no debes prepararlo; pero tú mismo conoces la diferencia entre prepararse y dejar las cosas de lado. Agustín, uno de mis santos, dijo: “Dios nos ha prometido el perdón de nuestros errores; pero El no ha prometido un mañana para nuestras dilaciones”.

No desees hacer otro trabajo fuera del que exige tu deber en el momento presente. Dime: “Señor, quiero esta tarea porque ella es la expresión de tu voluntad sobre mí en este momento”.

Emprende las tareas que, sin mi amor, temerías realizar. Yo te daré la gracia de recordar que no es necesario apresurarte o fastidiarte para seguir un horario. Te ayudaré a sonreír y a estar sereno. Trabaja calmada y apaciblemente, haciendo de esta manera lo que puedas.

Habitualmente, Yo no quiero que trabajes tanto y tan fuertemente que llegues a agotarte.

Trabaja con cuidado y diligencia, pero sin intranquilidad y ansiedad. Puedes estar cuidadoso y diligente y al mismo tiempo tranquilo y sereno. Pero no puedes estar en paz, ni trabajar bien, cuando emprendes tus tareas con agitación y de mala gana.

Te acuerdas que reprendí a Marta en su casa de Betania, porque se inquietaba por muchas cosas? No la reprendía porque estuviera ocupada o dedicada a su trabajo, sino porque estaba inquieta. No te dejes inquietar.

Yo quisiera que realizaras tus tareas cotidianas sin prisa febril y con gusto verdadero. Hazlas calmada y apaciblemente, cada una a su tiempo, sin querer hacerlo todo a la vez. He hecho el día de 24 horas, con un tiempo para trabajar y un tiempo para descansar. El día es lo suficientemente largo como para que hagas

lo que espero de tí, con tal que sigas un razonable programa de vida y busques sólo mi voluntad.

Observa estas palabras de uno de mis santos: "Imita a los niños pequeños, los cuales se tienen de su padre con una mano y con la otra recogen fresas y moras a lo largo de los setos. Haz lo mismo: como recoges y manejas con una mano los bienes de este mundo, con la otra debes adherirte fuertemente a la mano de tu Padre que está en los cielos, dirigiéndote hacia El con cierta frecuencia, para ver si tus ocupaciones y tus actos Le agradan... Y en medio de los asuntos ordinarios y de las ocupaciones, que no absorban demasiado tu atención, debes mirar más hacia Dios que a estas cosas. Cuando, por el contrario, estas acciones son de tal importancia que requieren toda tu atención para ejecutarlas bien, incluso en este caso, dirígete a Dios de vez en cuando... Así, Dios trabajará contigo, en tí y para tí, y tu trabajo será seguido de consuelos" (San Fco. de Sales, **Introd. a la vida devota**).

Sin embargo, incluso trabajando diligentemente, no siempre tendrás éxito. Tus mejores esfuerzos no todas las veces encontrarán la aprobación de tus compañeros. No permitas que esto te deprima: ofrézme tu natural decepción. Dime que puesto que esta decepción ocurre con mi permisión, no la cambiarías aunque pudieras; dime que la desees, que la quieres.

Ofreciéndome tu decepción, ésta te hará el efecto de un antiséptico sobre una herida: quema, pero es indispensable para la curación.

Realiza perfectamente tu tarea de cada instante, por el amor de mi Padre, del Espíritu Santo y de Mí. No la hagas a medias, diciéndote mientras tanto que harás la de mañana, o la de después perfectamente. Haz tu acción presente de manera perfecta, tanto cuanto seas capaz, como un acto de amor puro a la Trinidad. La mejor oración que puedes dirigirme cuando conduces un automóvil o das un paseo, preparas una

comida o estudias una lección, etc., es el darte enteramente a hacerlo de una manera perfecta, porque eso es lo que Yo quiero que hagas en ese momento.

Dormir en la noche, aunque prefirieses velar, y hacerlo únicamente porque tal es mi voluntad, vale más que una noche pasada en oración, en la que te fatigarías hasta el punto de no poder cumplir con tus obligaciones al día siguiente.

He aquí cómo podrás ser lo que Yo deseo que tú seas, a través de todas tus ocupaciones diarias. Por la mañana, haz un acto de abandono total, de entera confianza, ya que todos los acontecimientos que en el día te suceden, ocurren con mi beneplácito. Recuerda que cada momento es un "sacramento"; cada incidente es una manifestación de la gracia. Renueva frecuentemente durante el día este acto de abandono; es suficiente una palabra, una mirada hacia Mí.

Toma la resolución de no afanarte en tus ocupaciones. Toma la resolución de hacer todo calmadamente, con perseverancia, sin enervarte o preocuparte demasiado por terminar, pensando en el qué dirán. Y haz todo lo mejor posible, únicamente por Mí.

Obra así y serás lo que Yo deseo.

La pureza de intención

"Hacedlo todo para la gloria de Dios"
(1 Cor. 10, 31).

Los actos realizados son —en sí mismos— muy poca cosa ante mis ojos. Sin amor, no son nada. El amor lo es todo. Mis santos lo han realizado y han dicho que recoger un alfiler por puro amor de Dios,

es una acción más grande que hacer sermones brillantes sin amor. Estimo el valor de una acción, así como el de un sacrificio, según el grado de amor que los inspire.

Los santos han podido ofrecerme dones tan grandes como los que ofrecen los reyes —y aún superiores— debido a que su amor ha sido más puro que el de éstos. Por esta razón, quien me ama puede servirme y alcanzar la cima de la santidad.

Procura no disminuir el valor de tu entrega, mezclando el amor a Dios con el amor al respeto humano, o el amor a las alabanzas, a los honores, a las ventajas. No porque siempre sea malo obrar por tales motivos naturales, sino porque éstos son insuficientes y tu meta es el amor puro. Haz lo que haces, tan bien como puedas, únicamente por el amor de Dios, sin ninguna otra consideración, cualquiera que sea.

Conserva tu pureza de intención. Ante todo, desea servirme en la forma como te acabo de enseñar. Nunca olvides que es para Mí para quien trabajas; no por el éxito, ni por los aplausos humanos, o por las recompensas terrenas. Te lo repito: no te dejes absorber por el trabajo en sí mismo.

Si trabajas por Mí, no tiene importancia que el éxito venga a coronar tus esfuerzos. Déjalo todo en mis manos. Puesto que no tengo necesidad de tu trabajo, el resultado de éste tiene poca monta. Esto es muy importante; por eso te lo repito a menudo. Esfuérzate por comprenderlo; piensa en ello!

Muchos que desean ardentemente hacer mi voluntad, se inquietan por conocerla.

Yo no quiero que te inquietes por esto, ni por ninguna otra cosa. No quiero, por ejemplo, que pierdas momentos preciosos en atormentarte por saber si debes recitar el rosario, o leer la Sagrada Escritura, hacer una lectura o dar un paseo, visitar a los enfermos o a Mí en el Santísimo Sacramento. Muchos amigos míos

gastan más tiempo en decidirse que en la acción misma. Pon en obra las palabras de San Francisco de Sales:

“Debemos prestar atención a la importancia de lo que emprendemos. Debemos caminar en la fe... escoger libremente lo que nos agrada, sin atormentar nuestro espíritu, sin perder nuestro tiempo, o ponernos intranquilos de quedar intranquilos, escrupulosos y supersticiosos”. (**Tratado del amor de Dios**).

Aunque Yo te conduzco siempre, te dejo una gran libertad. Si no puedes decidirte a escoger entre dos acciones, ambas de poca importancia, no lo pienses durante mucho tiempo; escoge una de las dos y sigue adelante.

Incluso en los asuntos más importantes, no te demores demasiado para decidir, hasta perder la paz del espíritu. Tú no puedes forzarme a revelarte mi voluntad. A veces Yo no deseo que veas demasiado claro tu camino: entonces debes escoger en la oscuridad. Pide sencillamente al Espíritu Santo que te ilumine, considera calmadamente el asunto, consulta con aquéllos cuya opinión respetas y tomas tu decisión. Escoge y después no pongas subterfugios, ni discutas tu elección. Habiéndola hecho, realízala apacible y constantemente, obrando siempre con la intención pura de hacer mi voluntad.

No dudes de que estás haciendo mi voluntad, cuando hayas tomado tu resolución santa y razonablemente.

Esto no significa que tu decisión es infaliblemente exacta, pues la sabiduría humana es limitada. Un padre de familia puede tomar una decisión errada, respecto al bienestar de los suyos, y tomarla sin embargo con mi bendición. Puedes tomar una mala decisión y realizarla, a pesar de todo, con mi gracia. Pero estás infaliblemente en lo cierto, desde el punto de vista espiritual, en cuanto concierne al provecho de tu alma, cuando has buscado humilde y seriamente mi voluntad al tomar tu decisión.

Nada importa lo que resulte de ello; tampoco importa si los hombres o las cosas te hacen sufrir. Has obrado bien. No pienses en tus sufrimientos sino en Mí, porque por estos acontecimientos, o por estos hombres, Me esfuerzo por hacerte uno conmigo, de una manera más segura. Dime: "He aquí el siervo del Señor; que se haga en mí según tu palabra".

Une constantemente tu voluntad a la mía en las cosas pequeñas, repitiendo durante todo el día: "Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad". Haz esto en las cosas pequeñas, con espíritu de fe, y te será fácil unir tu voluntad a la mía en las cosas grandes; pues quien es fiel en las cosas pequeñas, lo será igualmente en las grandes.

Así te darás a Mí enteramente y esto es lo que deseo. Me entregarás todo lo tuyo: tu vida, tus oraciones, tus trabajos, tus diversiones, tus lecturas, tus estudios, tus paseos, tus pensamientos, tu alimentación, tu sueño. Todo esto estará basado en la sencilla y recta intención de vivir según mis designios sobre tí.

Pinta el retrato de Cristo

"Revestíos de Jesucristo" (Rom 13, 14).

Tu obra, mi querido amigo, consiste en pintar un retrato.

Tu felicidad actual y eterna depende de esta obra.

De quién es este retrato?

Es el mío.

Cómo realizarlo?

Con toda tu vida.

Mí Padre te ha dado el lienzo, los pinceles, los co-

lores, el lugar para trabajar y el Modelo para reproducir. La tela es tu vida; los pinceles son tus pensamientos, tus palabras y tus acciones; los colores, las inspiraciones, penas y alegrías que encuentras; el estudio de trabajo es tu vocación en la vida y Yo soy el Modelo.

Transforma tu vida de manera que el Padre, viéndote, pueda ver mi imagen.

Déjame ayudarte, estoy impaciente de que "te revistas de Cristo", hasta el punto de que Yo pueda vivir en tí y tú en Mí, que puedas participar más plenamente de mi naturaleza, la cual ha participado ya de la tuya.

Para ayudarte a lograrlo, me he hecho un verdadero hombre, totalmente un hombre, desde el nacimiento hasta la muerte. Te he enseñado cómo quiere Dios que el hombre viva.

Esfuézate por imitar aquellas de mis virtudes que son más necesarias a tu estado de vida. Así es como "te revestirás de Cristo". Así es como Me permitirás vivir en tí más plenamente.

Aprende todo lo que puedas saber a propósito de Mí. Familiarízate con mi vida. Procura "verme" tal como era cuando recorría los caminos y los campos de Palestina, hace 19 siglos. Yo soy verdaderamente hombre y verdaderamente Dios; así, pues, puedo ser verdaderamente tu Modelo.

Mis discípulos Me amaban y Yo les amaba, conmigo se sentían a gusto, "en su casa". Conversábamos amigablemente; a veces, Pedro discutía conmigo y Judas murmuraba en mi presencia. Mis discípulos me contaban sus querellas para solucionarlas.

Algunas veces les probaba para ver cómo actuaban, tal como lo hago contigo. Una vez, atravesando el lago de Galilea, Yo Me dormí en la barca, mientras que una tempestad se desencadenaba sobre nosotros. Vinieron a Mí, Me sacudieron y Me gritaron en un tono

de reproche: "Maestro, perecemos! No te importa?" (Mc 4, 38). Después de haber calmado los vientos y las olas, les dije: "Por qué teméis? acaso no tenéis fe?" (Mc 4, 40; Lc 8, 25). Cuántas veces, cuando dudas o desconfías de Mí, no he tenido la ocasión de preguntarte: "¿dónde está tu fe?" "¿Por qué temes?"

Otra vez, cuando miles de personas Me habían seguido al desierto, y se quedaron hasta que se hizo tarde, mis discípulos Me dijeron: "Este lugar es solitario y ya es tarde... despídete a esta muchedumbre a fin de que puedan ir a las granjas y pueblos a comprarse alguna cosa para comer" (Mc 6, 34-36). Yo les respondí: "No hay necesidad de que se vayan: dadles vosotros de comer" (Mt 14, 16); Felipe respondió con su franqueza habitual: "Doscientos denarios (más o menos 560 pesos) no bastarán para que cada uno de ellos tenga un trocito..." (Jn 6, 7). Dije a mis discípulos que vieran cuánta comida había disponible y Andrés respondió: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿qué es esto para tantos?" (Jn 6, 9). Yo les pedí los panes y los peces y mandé que hicieran sentar a todo el mundo. Repartieron la comida, todos fueron saciados y con los restos se llenaron doce canastos.

Yo puse su fe a prueba, pues sabía muy bien lo que haría. Así también, muchas veces he puesto tu fe a prueba, precisamente sabiendo siempre lo que Yo haría después.

Estudia mi vida. Te revelaré que soy realmente un hombre, un hombre completo. Te probaré que mis discípulos eran hombres normales, que llevaban una vida normal.

Medita acerca de mi vida. Procura representártela.

Mira al pobre hombre que yacía desde hacía treinta y ocho años al lado de la piscina de Betsaida y a quien Yo curé. Tuve compasión de él, como tú la tienes cuando encuentras enfermos. El no tuvo necesidad

de pedirme que le curara; Yo fui quien le pregunté si quería ser curado. Y cuando Me respondió que no tenía a nadie que lo sumergiese en la piscina, le curé.

Mira a la viuda de Naím y a su hijo muerto, que ya Yo le devolví. Tampoco ella tuvo necesidad de pedir; mi corazón se enterneció ante su dolor, como lo habría hecho el tuyo.

Mira a la mujer que desde hacía dieciocho años estaba encorvada y que no podía levantar la cabeza y a quien enderecé y curé.

Contempla a la mujer que sufría hemorragia desde hacía doce años, quien fué curada al tocar mi manto.

Contempla a Marta, a María y a los demás, de pie ante el sepulcro de Lázaro mi amigo, a quien Yo resucité.

Mira al ciego de nacimiento a quien devolví la vista.

Observa a la hija de Jairo, a quien resucité.

Mira al centurión, cuando oraba por su hijo, a quien Yo curé; al hombre de la mano seca, a quien sané; a la suegra de Pedro, cuya fiebre extinguí; al siervo del Sumo Sacerdote, a quien coloqué la oreja que Pedro le cortó en Getsemaní.

Date cuenta de mi misericordia hacia las personas afligidas: la mujer adúltera, el paralítico y María Magdalena.

Observa mi indignación ante la hipocresía y la injusticia.

Mira como me preocupé de las necesidades del cuerpo, alimentando a las muchedumbres y obteniendo el vino en Caná.

Mira cómo me mezclé con todas las clases sociales: participando en banquetes en casa de los ricos fariseos, cenando con los pecadores públicos.

Contempla cómo pedí por mis verdugos cuando ellos Me clavaban en la cruz: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).

Considera lo que prometí al pobre ladrón que estaba crucificado conmigo: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 43).

Mira todo esto y procura imitar mis virtudes; sobre todo las virtudes diarias como la paciencia, la bondad, la mansedumbre, la misericordia, el perdón y el amor.

Siguiendo a Cristo

"Nosotros lo dejamos todo y Te hemos seguido" (Bc 10, 28).

Déjame explicarte claramente lo que debes hacer para ser lo que Yo deseo.

Debes realizar con fe todos tus deberes cotidianos, pequeños y grandes, por amor a Mí. Acuérdate de que estos son los deberes que te he dado. Son los "sacramentos" del momento presente. Así estarás en buenas disposiciones para que Yo viva en tí.

Debes orar para obtener la gracia de imitarme más de cerca, de comprenderme más plenamente, de unir más firmemente tu voluntad a la mía. Pide esta gracia en todo instante. Pídelo todos los días.

Deberás asistir a la Misa y recibir los sacramentos con fe; hazlo tan a menudo como lo permitan tu estado de vida y tus circunstancias personales. Especialmente, cuando Yo vengo a tí en mi sacramento de la Eucaristía, pídemelo que te haga semejante a Mí. No puedo negártelo; lo quiero mucho más que tú. Pide y recibirás en abundancia las gracias que necesitas. Estoy impaciente por hacer pasar de mi alma a tu alma el amor que Yo tengo por el Padre; estoy deseoso de vivir y crecer en tí y hacerte producir frutos para el cielo.

Debes estudiarme. Lee sobre todo el Evangelio, reflexionando cada día en mis atributos, y sobre el poder, la majestad y el amor de Dios. Compara lo mejor que puedas tu débil réplica de bondad, frente a la bondad infinita del Todopoderoso. Considera tus acciones. Por qué motivo las haces? Aún tus mejores acciones, cuán lejos están de mi bondad! Compara lo que haces y cómo lo haces, con lo que Yo hice y la manera como lo hice.

Reflexiona en mi bondad y en mi amor como hombre y como Dios. Si como hombre he enseñado, he curado y he muerto por mis hermanos, cuán grande debe ser mi bondad y mi amor como Dios! Si como hombre he dado hasta lo último, no se sigue de ahí que, como Dios, hago lo mismo? Y quién puede limitar a Dios?

Hay alguna cosa que Yo, como hombre, hubiera hecho, que no la haya hecho por tí? Entonces, hay alguna cosa que no haga como Dios? Medita mi vida y verás lo que he dado por tí, en esta tierra, hasta mi muerte en la cruz; sin embargo, no puedes imaginarte sino débilmente lo que Yo hago por tí en el cielo.

En tus esfuerzos por imitarme tendrás éxitos y fracasos. No te enorgullezcas de tus éxitos; pero es asimismo importante que no te desanimes por tus fracasos. Eres humano y, por consiguiente, débil. Porque era hombre, sentí profundamente el peso de mi cruz, en el camino del Calvario. Acepté mi debilidad humana porque era la voluntad de mi Padre. No estaba obligado a aceptarla; no tenía necesidad de caer; pero habiéndome hecho hombre, me sometí a las limitaciones de mi humanidad.

Comprende que no era la cantidad de sufrimientos, ni incluso la misma muerte por sí misma, lo que podía rescatarte. El amor es el que te ha rescatado; el amor que Yo tenía a mi Padre.

Deseo que aceptes tu humanidad con sus debilidades y sus limitaciones. Qué importa el número y la gravedad de tus imperfecciones? Carecen de importan-

cia, siempre y cuando sean involuntarias. Deseo que te glorifiques en tus imperfecciones, sabiendo que Me agradas sobremanera al aceptarlas con humildad. Une tus caídas a las mías bajo el peso de la cruz. Ofreceme-las con todas sus humillaciones. Ofreceme tus debilidades; las recibiré como un verdadero don.

Cómo puedes imitarme y ser lo que Yo deseo? Ora, estudia e imita las virtudes que encuentras en Mí. Sé humilde, bondadoso, puro, paciente. Sé lleno de amor a Dios y a tu prójimo. Por encima de todo, une tu voluntad a la mía, como Yo uní la mía con la de mi Padre. No tengo otra voluntad que la suya. No debes tener otra que la mía. Esta es la esencia misma del amor.

Así pues, realiza tus tareas cotidianas con amor. Yo no miro tanto lo que haces, como el amor con que lo haces. Además de amarme y de querer hacer mi voluntad, sé bondadoso con tus prójimos, obediente a tus superiores, generoso para con tus inferiores o los más débiles que tú. Sé paciente, calmado y alegre. Haz tu deber con un semblante risueño y un corazón libre.

Practica mis virtudes en todas las cosas, pero sobre todo la unión de nuestras voluntades. Es así como eres lo que Yo deseo, y como participas de mi naturaleza.

Es así como estás pintando mi retrato.

Capítulo IV

CRISTO EN NOSOTROS

El Cuerpo Místico de Cristo

“Yo soy la vid y vosotros los sarmientos” (Jn 15, 5).

Ahora, estimado amigo, te voy a decir abiertamente algunas verdades asombrosas.

Yo formo con mi Iglesia un Cuerpo Místico que es, en palabras de San Agustín, el Cristo total.

Tú no puedes comprender este misterio, ni las palabras humanas pueden expresarlo. Solamente puedes aproximarte por analogías a su significado.

Tu cuerpo está formado de miembros y con todo es uno. Tienes una cabeza, una boca, una nariz, ojos y orejas, brazos y piernas, manos y pies. Todos estos miembros realizan funciones diferentes, aunque forman un solo cuerpo animado por una sola alma. Si tu ojo está adolorido, todo tu cuerpo sufre. Si tu apetito está satisfecho, todo tu cuerpo siente el placer de ello.

En cierta manera, así como tu cuerpo es un todo formado de varios miembros, mi Cuerpo Místico está formado de varios miembros que tienen cada uno su función y, con todo, es uno. Yo soy la cabeza de este cuerpo; el Espíritu Santo es su alma y los fieles de mi Iglesia son sus miembros vivos.

Como la rama de un árbol contiene la vida del mismo, así tú contienes mi vida. Así como muchos granos, reunidos todos juntos, forman un solo pan y muchas gotas de agua forman el mar, así los individuos en mi Iglesia están incorporados en un solo Cuerpo Místico que soy Yo mismo.

Por esto es por lo que Pablo ha podido escribir: "... Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios" (Gál 2, 20). Y además: "Todos vosotros, en efecto, bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo... Todos no formáis más que uno en Cristo Jesús..." (Gál 3, 27-28). Por esto Yo le dije cuando perseguía a los miembros de mi Iglesia: "Saulo, Saulo, por qué Me persigues?" (Act 9, 4).

Como miembro de mi Cuerpo Místico eres uno conmigo. Vives en Mí y Yo en tí. Moras en el Padre y El en tí; habitas en el Espíritu Santo y El en tí. Habitas en la Trinidad y la Trinidad en tí.

Yo soy Yo y tú eres tú —personas distintas y separadas—; sin embargo, nosotros somos uno. Tal es tu dignidad, oh cristiano!

Cómo puede ser esto y qué significa?

No significa que tú eres Dios. Ni tú, ni ningún miembro de mi Iglesia podéis pasar del estado de creatura al de causa de esta unión. Esto no significa que estás unido a mi cuerpo humano, como si fuera creada una nueva persona física. Mi Cuerpo Místico no es un cuerpo físico. Esto no significa que tú pierdes tu propia personalidad, tu voluntad libre, la responsabilidad de tus pensamientos, palabras y obras.

Aunque no sea físico, mi Cuerpo Místico es, sin embargo, real. No es ni una imaginación ni una alegoría.

Hay modos de unión más elevados que la unión física. El principio de unidad que une a todos los miembros de mi Iglesia conmigo y entre sí, es incomparable-

mente superior al lazo que une a los miembros de un cuerpo físico. No hay palabra para describir adecuadamente el carácter único de esta unidad. Como miembro de mi Cuerpo Místico, tú estás más íntimamente unido a Mí que lo estabas a tu madre cuando ella te llevaba en sus entrañas. Y Yo estoy más íntimamente unido a tí que a mi Madre, en el orden natural, cuando ella Me llevaba en su seno.

Debes comprender que esta unidad es de orden sobrenatural. Posees una vida doble: natural y sobrenatural; la vida de un animal racional y la vida divina de Dios.

Puesto que mi Cuerpo Místico está en el orden sobrenatural, no está limitado al espacio ni al tiempo. Y este hecho hace posibles las maravillosas realidades que han cambiado totalmente tu destino: porque mi Cuerpo Místico no está limitado al tiempo, he podido morir por tus pecados antes de que tú los cometieras; en cierto sentido, he podido vivir tu vida antes de que tú hubieras sido concebido. Mi Cuerpo Místico, al no estar limitado al espacio, puede incluir en él a todos los cristianos simultáneamente.

Como hombre, he gozado de la visión beatífica desde el instante en que mi Madre Me concibió. A través de esta visión tuve continuamente y siempre presentes ante Mí a todos los miembros de mi Cuerpo Místico. Jamás he cesado de amarles. En el templo del cuerpo de mi Madre, en el taller de Nazaret, en los caminos de Palestina, en la Cruz, en la Gloria eterna de mi Padre, te ví. Estabas presente en mi espíritu así como todos los miembros de mi Iglesia, y esto con una claridad y un amor inmensamente superiores al conocimiento y al amor de una madre por su hijo —superiores incluso al conocimiento y al amor de mi Madre por Mí—.

Puedes ahora empezar a comprender, aunque incipientemente, la sublime verdad de mi Cuerpo Místico?

Porque te he conservado a toda hora bajo mi mirada y en mi amor, cada momento de mi vida está ligado a cada momento de la tuya. La totalidad de mi vida está —en cierto sentido— a tu disposición, en cada instante de la tuya. A cada instante estoy presto a enderezar lo que se encuentra torcido. Tú sólo tienes que unir tu voluntad a la mía y esto une tu vida a la mía. Cada segundo te da una nueva oportunidad de enriquecer tu pobreza en mi superabundancia.

Todo esto es lo que significa el pertenecer a mi Cuerpo Místico. Aunque nuestra unión no es de orden físico, estamos seguramente más unidos que tu mano o tu pie, tu brazo o tu pierna a tu cuerpo. Constituimos un organismo verdadero, un verdadero Cuerpo Místico y este Cuerpo soy Yo.

La dignidad del cristiano

“...Yo en ellos y Tú en Mí...” (Jn 17-23).

La unión mística de la humanidad conmigo empezó a existir desde el momento en el que Me ofrecí al Padre, en mi pasión y muerte. En este momento, nació mi Cuerpo Místico. En este momento, aún, tu unión conmigo empezó a existir en potencia, aunque no ibas a nacer sino muchos siglos más tarde.

Tu unión conmigo se hizo actual en el momento en el que recibiste la fe y fuiste bautizado. En el momento mismo en el que el agua purificadora se derramaba sobre tu cabeza y las palabras vivificantes eran pronunciadas, mi vida penetraba en tu persona. Poseyendo mi vida, has vivido en Mí y Yo en tí. Instantáneamente, Mi Padre te ha aceptado como su hijo adoptivo, haciéndote conmigo coheredero del Reino de los Cie-

los. Desde este momento te has identificado conmigo; mi crucifixión llegó a ser la tuya; mi muerte en la cruz, la tuya; mi derecho al cielo, el tuyo.

En el momento de tu bautismo y de tu fe en Mí te hiciste participante de mi reparación, exactamente como si tú mismo hubieras muerto en reparación. Esto, porque la gracia que Me ha sido dada no lo ha sido como a un individuo, sino como a la Cabeza de la Iglesia, para que esta gracia fluya de Mí a todos mis miembros.

Mis acciones tienen una relación conmigo y con mis miembros igual a la relación existente entre los actos de un hombre en estado de gracia y este mismo hombre. Todo lo que he hecho es tuyo, como si lo hubieses hecho tú mismo.

Debido a que gozas de esta unidad conmigo he podido reparar, mediante mi muerte, por el pecado original y también por todos tus pecados personales. Y continúo reparando por todos tus pecados en la Misa, por la renovación de mi muerte en la cruz. Tú también puedes reparar por tus pecados y por los de los demás ofreciéndote conmigo, no solamente en la Misa, sino en todos tus pensamientos y acciones. Puedes ser conmigo corrededor de la raza humana. Al ofrecerte tú mismo eres —en cierto sentido— toda la humanidad que se ofrece en sacrificio y hace reparación.

Déjame expresarte de nuevo esta realidad vital. Cuando Me ofrecí en la cruz, no era solamente Jesús el Hijo de Dios y el hijo de María quien se ofrecía en reparación; Yo era la humanidad reparadora que se ofrecía en sacrificio.

Y de nuevo, en la Misa, Yo soy tú al expiar, dar gloria, alabanza y acción de gracias al Padre. Te santifico en Mí, porque estás íntimamente unido a Mí. Tú eres miembro de mi Cuerpo Místico.

Date cuenta de tu dignidad. He participado de tu naturaleza humana y tú tomas parte en mi naturaleza

divina. Eres humano y sin embargo Dios habita en tí. Eres mortal y tienes la vida eterna. Tú eres tú y Yo soy Yo y, con todo, nosotros somos místicamente uno.

Comprende también cuáles son tus responsabilidades. Tu naturaleza ha sido transformada, elevada a un plano superior. Tu vida no puede ser durante más tiempo meramente natural; vives ahora en un nivel sobrenatural, como miembro de mi Cuerpo Místico. Hacer mi voluntad, que es la de mi Padre, es el principio fundamental de la unión a mi Cuerpo Místico. Todo acto de conformidad con mi voluntad es un acto de unión conmigo, un acto de "comunidad". Todo acto de rebelión contra mi voluntad es un acto hostil a la unión conmigo, un acto de desunión. Si este acto de desunión es grave y realizado consciente y voluntariamente, destruyes por él tu vida sobrenatural. No te separas del Cuerpo Místico en la medida en que conserves tu fe en Mí. Pero si te separas de Mí, estás muerto; eres un miembro sin vida en el Cuerpo Místico, como la rama caída de un árbol y la célula cancerosa en el cuerpo humano.

No permitas jamás que esto suceda. Es una tragedia indescriptible.

Comprendes ahora por qué la unidad de la vida divina es mucho más íntima que la unidad de la vida humana? Ves cómo tú estás sobrenaturalmente en más íntima comunión conmigo, que mi propia Madre en el plano humano? Te das cuenta de que todos los hombres que poseen la vida divina están más unidos los unos a los otros, cualquiera que sea su color o su raza, más unidos que lo que están por su naturaleza humana, así sea con sus propios padres?

Sabes lo que quise dar a entender cuando dije con ocasión de nuestra primera charla: "Aquél que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana, mi madre?"

Todo esto se encuentra implícito en la oración que dirigí a mi Padre por tí, la víspera de mi muerte:

"No ruego solamente por ellos (mis Apóstoles), sino también por aquellos que, gracias a su palabra, creerán en Mí. Que todos sean uno. Como Tú, Padre estás en Mí y Yo en Tí, así también ellos que sean uno en nosotros, a fin de que el mundo crea que Tú Me has enviado. Les he dado la gloria que Tú Me diste para que sean uno como nosotros somos uno; Yo en ellos y Tú en Mí para que así la unidad sea perfecta y el mundo sepa que Tú Me has enviado y que los has amado como Tú Me has amado... Que el amor con que Tú Me has amado esté en ellos y Yo en ellos" (Jn 17, 20-26).

Quiero que todos los hombres sean uno. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo somos tres Personas y, con todo, somos uno en la comunión de vida divina: he aquí la dignidad a la cual te he elevado.

Cristiano, reconoce tu dignidad!!

Cristo nos manda amar



"Seguid el camino del amor, a ejemplo de Cristo que os ha amado y se ha entregado por vosotros" (Ef 5, 2).

El nuevo y elevado conocimiento que tienes respecto a los hombres con quienes formas mi Cuerpo Místico, te inspira un nuevo amor hacia el prójimo?

Así debería ser. Este conocimiento debería darte una nueva óptica, una nueva comprensión, un amor nuevo. Te he dado un mandamiento nuevo: ama a tu prójimo no sólo como a tí mismo, sino como Yo te he amado; vé en tu prójimo no solamente a alguien como tú, sino a Mí mismo. La forma de probarme que Me amas será el amor que tengas a los hombres con quienes convives.

Te digo como dije a mis primeros discípulos: "Si

Me amáis guardaréis mis mandamientos... He aquí mi mandamiento: amaos los unos a los otros como Yo os he amado... Lo que Yo os mando es que os améis los unos a los otros" ((Jn 14, 15; 15, 12-17).

Encuentras difícil soportar las debilidades de los demás, incluso de tu propia familia? —La noche que precedió a mis sufrimientos y a mi muerte, mis más queridos amigos se peleaban y disputaban, ansiosos cada uno de ser el primero entre ellos. Acaso los reprendí con palabras amargas y los herí con el fuego de mi indignación? No; Me levanté de mi puesto, Me quité los vestidos y tomé una toalla, eché agua en una jarra y les lavé los pies.

—Cuando acabé, volví a mi puesto y les pregunté: Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros Me llamáis Maestro y Señor y decís bien, pues lo soy. Si pues Yo os he lavado los pies —Yo el Maestro y Señor— vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros" (Jn 13, 13-14).

Sigue mi ejemplo!

Te resulta penoso buscar el bien de los demás, incluso el de tus amigos más queridos, antes que el tuyo? Son tus primeros pensamientos acerca de tí y para tí mismo? —Una noche, el horror al pecado y la aversión natural hacia el dolor y la muerte pesaron tan fuertemente sobre Mí, que la sangre brotó a través de los poros de mi piel. Y mis mejores amigos dormían, a pesar de que les había pedido velar conmigo. Sin embargo, dije a los guardias que venían armados trayendo antorchas y linternas para prenderme: "Si pues es a Mí a quien buscáis, dejad ir a éstos" (Jn 18, 8).

Sigue mi ejemplo!

Das generosamente tu tiempo a los demás? O, por el contrario, cierras la puerta a los desgraciados y tu oído a sus súplicas? —Cuántas veces, de día o de noche, los habitantes de las ciudades Me llevaban a todos los

que estaban afligidos, de suerte que la ciudad entera estaba en pie. Y curaba a los que sufrían de diversas enfermedades.

Sigue mi ejemplo!

Amas a los que te injurian o los rechazas con cólera? —La escena siguiente se desarrolló en Nazaret, en cuya sinagoga Yo había predicado. Mis conciudadanos se reían de Mí. Rehusaban creer. Se mofaban de Mí diciéndome que hiciera milagros. Yo les hacía reflexión, recordándoles el proverbio que dice: "nadie es profeta en su tierra" y les mostraba que estaban dando cumplimiento a este proverbio. Les reprendía por su obstinación orgullosa. Llenos de rabia Me cogieron, Me llevaron a la cima de un monte y estuvieron a punto de arrojarme al precipicio.

Yo hubiera podido reducirles a la nada, matarlos con el fuego de un rayo, hacer que la tierra se abriera y se los tragara.

Pero eran creaturas de mi Padre y los amaba. Había venido a salvar y no a destruir. Salí de en medio de ellos para que este pecado no fuera cometido en su puerta.

Yo te he dado ejemplo!

Eres misericordioso? Puedes ser amable y paciente cuando padeces una fuerte jaqueca? Ven al Calvario. Escucha los golpes del martillo que hunde los clavos en mis muñecas y en mis pies. Vé la sangre y las contracciones de mis miembros torturados.

"Padre, perdónales; no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).

Escucha los sarcasmos de los espectadores, las burlas de los transeúntes, las blasfemias del ladrón que está a mi izquierda.

Y ahora oye el acto de fe y de contrición del buen ladrón: "Jesús, acuérdate de mí..." (Lc 23, 42-43).

Después, escucha mi respuesta gozosa: "Yo te lo

digo: hoy mismo estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 42-43).

Te he dado ejemplo!

Medita las parábolas. Hay cien ovejas y una de ellas se ha perdido. El pastor se va a buscarla y cuando la ha encontrado la carga sobre sus hombros y la lleva lleno de gozo.

Una mujer tiene diez monedas y pierde una de ellas. Busca por toda la casa y, cuando la ha encontrado, anuncia la noticia a sus vecinas para que se regocijen con ella.

Un hombre tenía dos hijos. Mientras que uno de los dos se quedaba en casa con su padre, el otro reclamó su parte de herencia y se fue lejos de su país, a malgastar sus bienes llevando una vida disoluta. Pero mucho tiempo después, cuando volvió arruinado a la casa de su padre, éste le recibió lleno de gozo, le vistió con los vestidos más hermosos, le puso su propio anillo en el dedo y le hizo matar el toro cebado.

Cuántos crímenes que claman al cielo se cometen cada día! Cuántas ovejas perdidas! Sin embargo, mi Padre las busca y perdona a los pecadores, esperándoles como a un hijo pródigo. Y tú, perdonas igualmente a aquéllos que te ofenden? Recibes con gozo a los que te buscan para renovar una amistad deshecha?

Ama a tus semejantes como Yo te he amado. Muéstrame que Me amas amándolos a ellos. Te recuerdo lo dicho anteriormente: ama y perdona, procura servir a los demás y servirme en ellos.

Cristo en los otros

"Somos un solo cuerpo en Cristo" (Rom 12, 5).

Cuál es tu actitud hacia los que son descorteses contigo, que violan tus derechos, que te dejan de lado, que se aprovechan de tí, que te engañan y te ponen en ridículo?

Sigues el ejemplo que te he dado?

Ama a tus enemigos. Haz el bien a los que te odian, ora por los que te persiguen y te insultan. Como mi Padre que está en el Cielo hace brillar su sol sobre los buenos y los malos, caer su lluvia sobre el justo y el injusto, así tú debes sonreír a todos con un verdadero amor y no solamente a tus amigos que te hacen el bien, sino a los que te insultan, te odian y te injurian. Búscalos. Sé benigno con ellos.

No te entregues a la crítica, mirando los defectos de los demás antes de fijarte en sus cualidades. Toma la resolución de pasar este día sin criticar a nadie, excepto si lo exige tu deber.

Cuando estés tentado de sucumbir en la tentación de impaciencia o de rencor, piensa en esto: estar irritado con los demás es, en cierto sentido, estarlo conmigo. Yo estoy en todos los miembros de mi Cuerpo Místico. Y les amo a todos y a cada uno. Si una sola persona hubiese estado privada de la unión divina por el pecado de Adán, Yo hubiera venido a la tierra para lograr esta unión. Si amo tanto a los hombres, tú también debes amar a cada uno de ellos. De la misma manera como Yo estuve presto a vivir y morir por cada uno, también tú —si quieres seguirme de manera perfecta— debes estar listo a vivir, o morir si es necesario por los demás.

Lo que haces por otro, lo haces por Mí.

A veces es tu deber reprender a los demás. El niño que se ha portado mal debe ser castigado, pero siempre con un espíritu de amor. Corrige a tu hijo o a tu subalterno como mi Madre Me corregía (cfr.: Lc 2, 48). Considera al que tiene necesidad de consejo como a un Cristo fatigado que necesita ayuda; como a Cristo sediento en el pozo de la Samaria, o a Cristo que sufre colgado de la cruz. Como Verónica enjugó mi cara con amor y bondad, así tú debes ayudar a reparar las faltas de los que están bajo tu responsabilidad.

Te he amado de tal modo que Me he abandonado en tus manos. Te dejo libre en ser injusto con los demás, áspero con tu familia, impaciente con tu prójimo. Pero lo que haces a ellos es a Mí a quien lo haces. Qué cuidadoso te debería hacer esto respecto a tus actitudes y a tus relaciones con los demás!

Puesto que los miembros de mi Cuerpo Místico están sobrenaturalmente identificados conmigo, debes verme en cada uno de tus semejantes, no con los ojos de la carne sino con los ojos de la fe.

Mírame en la cara de los niños pequeños, en las manos encallecidas de los obreros y de las empleadas domésticas, en los cuerpos encorvados de los ancianos, en el hombre de negocios lleno de vida y en el mendigo harapiento. Más aún: adórame en tus semejantes, incluso en los que te injurian, adorando no la creatura sino a Mí en ella. Cómo podrías adorarme verdadera y totalmente si no Me adoras en los miembros de mi Cuerpo Místico, donde también estoy presente?

Cuando veas a un vendedor ambulante que ofrece esferógrafos en una esquina de la calle, pregúntate: “veo en él a Cristo que sufre?”.

Cuando donas sangre para un enfermo, piensas que es a Mí a quien la das? Mientras la aguja penetra en tu piel, piensas que ésta es semejante a los clavos que pasaron mis manos? Cuando la sangre fluye de

tu brazo, la ves como la sangre que brotó de mi cuerpo en aquel viernes santo?

Puesto que habito en los miembros de mi Cuerpo Místico, te ofrezco oportunidades maravillosas de servirme en todos los hombres.

Cuando alimentas a un bebé o le sostienes amorosamente en tus brazos, es a Mí a quien alimentas y a quien sostienes con amor, como lo hacía mi Madre. Así te doy la posibilidad de devolverme algo de lo que he hecho por tí. De esta manera hago nuestro —tuyo y mío— el amor y el servicio.

Cualquier obra de misericordia realizada sin amor a Mí no vale nada. Y las obras de misericordia superan ampliamente la ayuda a los necesitados.

Invitar a un amigo a almorzar; repartir un pastel o unas galletas; preparar un refresco para tu familia en un día de calor; prestar un abrigo o un vestido; recibir a los visitantes o turistas; informar y aconsejar a los que te preguntan; indicar el camino a un extranjero; hacer una oración por el conductor del autobús; pedir interiormente los favores del cielo para aquéllos con quienes te cruzas en la calle; pedir a Dios cuando oyes la sirena de una ambulancia, de los bomberos o de la policía: todas estas acciones, realizadas por amor a Mí, son obras de misericordia de gran valor.

Querías amarme en tus semejantes? Entonces dime y dí conmigo esta oración:

Señor, haz que me acuerde siempre que todo lo que hago por ellos es por Tí también por quien lo hago.

“Que no olvide jamás tu mandamiento: ‘amaos los unos a los otros como Yo os he amado’.

“Que mis pensamientos sobre los demás no sean ya los míos sino los tuyos.

“Que mi amor por los demás no sea el mío, sino el tuyo.

“En mis conversaciones, que mis palabras no sean las mías sino las tuyas.

“Que sirva a los demás como Tú has servido a todos los hombres.

“Que busque no recibir, sino dar.

“Que en adelante no sea a los demás a quienes vea, sino a Tí en ellos.

“Que tus pensamientos habiten en mi mente, tu amor en mi corazón y tus palabras en mis labios, a fin de que aprenda a amar a todos los hombres como Tú, Señor, me amas”.

Cristo en mí

“Permaneced en Mí como Yo permanezco en vosotros” (Jn 15, 4).

Si tratas de imitarme sería e insistentemente, Yo te prometo que evanzarás maravillosamente en la vida sobrenatural. Igual que el marido y la mujer adquieren a veces los mismos modales y las mismas expresiones a fuerza de vivir juntos, deseo que vivas tan íntimamente conmigo como para adquirir mis características, mis virtudes, mi forma de vivir. Vive así y te prometo que no sólo se identificarán nuestras voluntades, sino también nuestros pensamientos y sentimientos interiores. Viviré en tí de una forma especial. Podrás alabar al Padre con mi amor, mirarle con mis ojos y hablarle con mis palabras.

Qué glorioso privilegio el de poder rendir homenaje a Dios con el propio amor de Dios, a la manera propia de Dios!

Tu vida ya no será solamente una imitación de la mía: se identificará con ésta. Entonces tú podrás decir con el Apóstol Pablo: “No soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20).

Medita bien estas verdades, elegido mío. Te proporcionarán un gran gozo. Verdaderamente te llamo a una vida de identificación conmigo. Yo, el Verbo de Dios hecho hombre, deseo alabar al Padre y amarle a través de todos los signos de la creación.

Le alabo y Le amo no solamente por mi divinidad, sino también por mi humanidad.

Sin embargo, los treinta años de mi vida terrena no bastaron al amor de mi naturaleza humana por mi Padre. Deseo continuarlo en tí: continuar mi vida en la tuya, amar a mi Padre en tí y por tí, en y por todos los hombres, durante toda la eternidad.

Por esto es por lo que Me he unido a tí, de una forma real, aunque mística: la unión de mi Cuerpo Místico. Por esto es por lo que te he invitado no sólo a imitarme, sino también a vivir tú en Mí y Yo en tí, de tal manera que estemos identificados el uno con el otro.

Aunque en primer lugar Me mueve el amor hacia mi Padre, estoy asimismo impulsado por mi amor hacia tí. Quiero que goces del maravilloso privilegio de amar al Padre a través de Mí y de dejarme amarle a través de tí.

Desde toda la eternidad escogí este privilegio para tí. Y te he dado en el Calvario la vida divina, haciéndote partícipe de mi naturaleza divina. Desde entonces te habilité para glorificar al Padre en Mí; desde entonces te he unido a Mí en el Cuerpo Místico; desde entonces te he hecho partícipe de mi filiación respecto del Padre. No pienses ya en El “como si” fuera tu Padre; date cuenta ahora de que El es tu Padre.

Comprendes algo acerca de lo dicho? Te digo que tienes a Dios por Padre, no sólo porque te ha creado y te conserva, sino porque su propia vida divina está en tí. Al amor que te tenía como a una de sus creaturas, ha añadido el amor que un Dios Padre tiene a su propio hijo.

Además te he dicho que tengo necesidad de tí.

Quiero tu cuerpo, tus sentimientos, tus pensamientos, tus palabras, tus acciones.

Dame tu corazón para que juntos amemos ardentemente al Padre. Dame tus labios para que juntos cantemos sus alabanzas. Dame tu mente, tus ojos, tus manos, todo tu ser. Deseo vivir en tí y por tí una como segunda vida plena de amor, que será el complemento y la continuación de mi vida terrena en Palestina. Date enteramente a Mí, para que a través de tí pueda dársele todo al Padre. Ofreceremos juntos el don perfecto: daremos Dios a Dios.

Vive mi vida. Sé puro; así Yo puedo ser puro en tí. Sé generoso; así puedo ser generoso en tí. Sé diligente, activo, sobrio. Inflámate en amor, a fin de que Yo pueda estar inflamado en tí.

Qué maravilloso destino el tuyo, mi otro Yo! Qué desprendimiento de tí mismo, que te conducirá a ser absorbido por Mí. A cuántas personas salvarás por tu amor! A cuántos pecadores harás volver al Padre por tus reparaciones! A cuántos incrédulos instruirás y convertirás por tus oraciones!

Qué deseos debes conservar en lo más profundo de tu corazón! Con qué ardor debes desear estar conmigo y ver a Dios cara a cara!

Identificate conmigo! Vive mi vida en todo lo que hagas y en todo lo que desees.

Sé uno conmigo! Vive mi vida en la enfermedad o en el bienestar, en la prosperidad o en la depresión, en la paz o en la guerra.

Sé uno conmigo! Vive mi vida en la consolación o en la aridez, en la tentación y en la duda, en la contemplación o en la alabanza.

Vive mi vida en todas las cosas. Dime: "Señor, sólo deseo lo que desees. No tengo otra voluntad que la tuya".

Vive mi vida! Si Me amas verdaderamente no Me

negarás tu trabajo, ni el tiempo, ni las actividades que te pida.

Vive mi vida! Si me amas verdaderamente no rehusarás el sufrimiento, pues esto sería rehusar el amor. No sólo aceptes el sufrimiento: trata más bien de amarlo, como una forma de mostrar tu amor.

Vive mi vida! Jamás, te lo prometo, te probaré con demasiada dureza. Si el ingeniero sabe qué peso puede soportar un puente, no conoceré Yo mil veces mejor la carga que puedes soportar?

Vive mi vida! Te conduciré y te guiaré; te instruiré y te dirigiré a lo largo del camino; te aconsejaré y mantendré puestos mis ojos en tí.

Vive mi vida! Te regocijarás en el Señor; vivirás gozoso, cual conviene a los anhelos más ardientes de tu corazón.

Sé uno conmigo! Sé mi otro Yo! Vive mi vida!

segunda parte

El desprendimiento

EL DESPRENDIMIENTO

Dominio de sí mismo. Conquista de sí

“Qué aprovecha al hombre?...” (Mc 8, 36).

Te he elegido. Toma conciencia de tu increíble buena fortuna. Te he invitado, en realidad, no sólo a ser otro Cristo, sino a ser mi otro Yo.

Quieres ser mi otro Yo pero quisieras al mismo tiempo mimar tus pasiones y tus apetitos carnales. No puedes hacer ambas cosas. No puedes ser mi otro Yo, en tanto que no renuncias a tí mismo.

Mi amor es compatible con otros amores cuando no le son contrarios, pero mi amor debe sobrepasarlos a todos. Realmente, os he mandado amaros los unos a los otros como Yo os he amado. Pero no debes permitir que un amor distinto, bien sea a personas o a cosas, suplante tu amor a Mí. Debes controlar y vencer todo deseo que te lleve lejos de Mí.

No es posible que seas vanidoso, que ames los halagos y desees estar por encima de los demás y que, no obstante, seas mi otro Yo.

No es posible que seas susceptible, vengativo, signo de contradicción en todo, apegado sólo a tus propias opiniones, y que seas al mismo tiempo mi otro Yo.

No puedes ser avaro, lujurioso, glotón, envidioso y ser mi otro Yo.

Todas estas son formas de egoísmo. Renuncia a todas estas tendencias, arrójalas de tí y no aceptes las medias tintas.

Yo he dicho: "Si tu ojo derecho te lleva al pecado, arráncalo y arrójalo lejos de tí" (Mt 5, 29). Esfuérzate para que nada dificulte tu devoción y tu adhesión a Mí, tu identificación conmigo.

Para estar plenamente unido a la Sma. Trinidad y gozar de la visión beatífica, debes ser perfecto. La esencia de la perfección es la unión de tu voluntad a la mía. Pero, cómo podrías unir tu voluntad a la mía, sin vencer primero tu propia voluntad? Es por esto por lo que debes extirpar tus malas pasiones, destruir tu apego a las cosas materiales, suprimir el deseo de alabanza y de popularidad, vencer tu orgullo en tus ideas y talentos, o en tu progreso espiritual.

Ningún alma impura puede ver a Dios. Ser puro es darte enteramente a mi voluntad sin mirar atrás. Ser puro de ojos y de corazón es estar exento del deseo de todo bien terreno que sea contrario a mi voluntad.

Si no procuras purificarte completamente en esta vida, sólo lo podrás hacer en el purgatorio. Allí serás purificado de todo amor propio por el método de privación. Estarás privado de lo que desees más ardentemente: verme cara a cara. El purgatorio purifica porque aunque está muy cerca de Mí, sin embargo estoy fuera del alcance de los que allí se encuentran.

Cuánto mejor es, entonces, desprender de tí aquí y ahora todo deseo que no te conduzca a la unión conmigo; no solamente los deseos que son pecado mortal, sino igualmente aquéllos que son pecado venial o solamente imperfecciones. Todos estos deseos voluntarios sirven sólo para agotarte y atormentarte, para cegarte y entibiarte. Purifícate de estos deseos voluntarios rechazando las cosas y los placeres que los alimentan.

Por mi amor, busca lo difícil antes que lo fácil.

Por mi amor, busca lo desagradable antes que lo agradable.

Por mi amor, busca lo pequeño antes que lo grande.

Por mi amor, procura no desear sino lo que Yo te envío y no rehusar nada de lo que permito que te suceda.

Son demasiado severas estas palabras? Significan que debes en adelante renunciar a todo placer?

De ninguna manera! Yo te guiaré en el grado de renuncia que más te convenga. Lo que conviene al uno, no es lo que necesita el otro.

Si te esfuerzas en hacer por amor todo lo que te pido, encontrarás gozo en el sacrificio.

Mortifícate; pero has de saber que la mayor mortificación es la práctica de la verdadera humildad. Te es mucho más saludable aceptar humildemente las mortificaciones que te envío, que acumular sobre tí las mortificaciones que escoges.

Sé fiel en observar los ayunos y las penitencias ordenadas por mi Iglesia. Pero acuérdate que ordinariamente no Me agradan las personas que se imponen mortificaciones voluntarias que las hagan descontentas o irritables. Que tus penitencias voluntarias se reduzcan a cosas que no te quiten la paz interior. Es posible llegar a ser esclavo de la mortificación.

De vez en cuanto, te envío el sufrimiento. Quiero hacerte más plenamente mío, privándote de las ligaduras terrenas que te separan de Mí. Acepta los sufrimientos que te envío y tu carga se hará ligera, pues mi yugo es dulce para quienes Me aman.

El deseo de sufrir por mi amor es santo. Pero aún mejor es la virtud de indiferencia. Procura hacer mi voluntad en el gozo y en la pena, con una santa indiferencia, diciéndote en el fondo que tú no escoges ni el placer ni el dolor y que tú desees únicamente conformar tu voluntad a la mía. Procura amarme igualmente en todas las cosas; en la enfermedad o la salud, en la vida o la muerte, la riqueza o la pobreza, el placer o el dolor, las consolaciones o arideces.

No te apegues excesivamente a la perfección. Ya

que no puedes desde ahora servirme con perfección, ofrécame tu descontento con tu ofrecimiento personal. No desees nada más, por ahora, que servirme lo mejor que puedas. Que tu único fin sea el de agradarme en la situación en que Yo te coloco.

En resumen, que no llegue a ser esclavo de ningún bien terreno, sobre todo del placer. Yo sé muy bien que el cuerpo y el espíritu humano tienen necesidad de descanso. Lo que te haces a tí, lo haces conmigo. Cuando te deleites en un placer sano, Yo participo en tu expansión pues estoy contigo y en tí. Pero no busques ningún placer en el que Yo no pueda participar contigo. Búscalo en el tiempo en que Yo pueda probarlo. Búscalo en la medida en que Yo lo desearía. En medio de tus regocijos, pregúntate de vez en cuando: "Podría dejar esto de una vez, si me diera cuenta de que no es la voluntad de Dios?"

Para ser mi otro Yo, debes ser totalmente mío, deseando hacer sólo mi voluntad. Cuanto más puro seas y tu corazón esté más limpio, Yo habitaré más plenamente en tí.

El secreto: la identificación total

"...Revestíos del hombre nuevo..." (Ef 4, 24).

Ahora te enseñaré un gran principio: esfuérzate menos por desprenderte que por unírte... Concentra tus esfuerzos no tanto en vaciarte de tí mismo, cuanto en llenarte de Mí. Déjame penetrar dentro de tí y extirpar lo que Me es extraño. Déjame llenarte de gracia purificándote de lo mundano. Tal es el camino apaci-

ble para llegar a la pureza de corazón, el camino tranquilo, confiado y fácil, el camino de un niño.

Tienes muchas tendencias naturales para vencer. Una de ellas, sin embargo, predomina siempre.Cuál es tu gusto o tu pasión dominante? No la conoces? Pídemelo y te ayudaré a descubrirla.

Qué es lo que más te trastorna? Qué te inquieta?Cuál es el amor o el deseo que más te cuesta someter a mi voluntad? Es la impureza? Son los malos amigos? El orgullo desordenado? El amor al dinero? El deseo de prestigio? Es la charlatanería o la impaciencia?

Puedes decirme los deseos a los cuales estás más apegado, así como las cosas que más te irritan. Si te enfadas frecuentemente cuando eres molestado mientras lees el periódico, estás apegado a tu tranquilidad o al diario. Si te encolerizas cuando se te contradice, estás acostumbrado a tener siempre la razón. Si te sientes envidioso cuando los demás progresan, estás apegado al deseo de prestigio, de promoción, de dinero. Si te sientes contrariado cuando los demás reciben un trozo de carne mejor o un postre más grande que el tuyo, estás apegado a los deleites de la comida.

Examínate seriamente y pide mi ayuda. Te revelaré el defecto clave que te retarda en el camino de tu identificación conmigo.

Cuando lo hayas descubierto, replázalo por la virtud contraria.

Estudia en Mí la virtud que está directamente opuesta a tu defecto dominante. Lee la Sagrada Escritura para saber cómo la he practicado; observa las circunstancias tal como las describe el Evangelio.

Eres orgulloso? Profundiza en mi humildad e imprégname de ella.

Eres avaro? Reflexiona en mi generosidad y obra como Yo.

Eres envidioso? Medita en mi benevolencia y practícala.

Eres intemperante en la comida y la bebida? Observa mi temperancia y hazla tuya.

Te dejas llevar por la cólera? Contempla mi paciencia y sé paciente como Yo.

Eres sensual? Considera mi pureza y empápate de ella.

Eres perezoso? Pasas demasiado tiempo recreándote, viendo T. V. y conversando? Considera mi diligencia y obra así.

Toma la resolución de practicar la virtud que más necesitas. Prevé las circunstancias en las cuales, probablemente, te encontrarás. Habla conmigo acerca de tus proyectos. Recuerda tu resolución algunas veces durante el día.

Cuando seas tentado e incluso cuando caigas no te desanimes. Piensa más bien en los medios que emplearás para practicar esta virtud cuando se presenten las mismas circunstancias. Dirígete a Mí. Acuérdate cómo he practicado esta virtud y dirige una oración: "Señor, ayúdame; Jesús, enséñame; Maestro, fortifícame".

Busca mi ayuda en todas las cosas. Pide a mi Madre su ayuda y Ella no te la rehusará jamás.

Y ahora dime esta oración de ofrenda: "Señor, te ofrezco toda mi vida y acepto voluntariamente las alegrías y las penas que ésta conlleva. Te ofrezco mis bienes temporales; si tu voluntad es que yo pierda lo que poseo, ésta es también mi voluntad.

Te ofrezco mi familia y mis amigos aceptando desde ahora el momento y las circunstancias en los cuales deba separarme de ellos.

Te ofrezco mi muerte con todas las penas que la acompañen. No deseo abreviar ni prolongar mi vida por un solo momento.

Te ofrezco los sufrimientos de aquéllos que amo, sufrimientos que me son a menudo más penosos de soportar que los míos propios. Te ofrezco todas las de-

cepciones, las injusticias y disgustos que afecten a quienes amo, en unión con María, ofreciendo tus sufrimientos al pie de la cruz.

Ayúdame, Cristo amado, a desprenderme de mí mismo. Lléname de tus virtudes. Haz que tu voluntad sea la mía.

Tú me pides el don más grande que Te pueda dar: yo mismo. Pero Tú me das el don más grande que Dios puede dar: Tú mismo.

Ayúdame, Maestro amado, a ser generoso, desinteresado y perseverante.

Trasfórmame en Tí. Como a las palabras del sacerdote Tú conviertes el pan y el vino en tu cuerpo y sangre, cámbiame en Tí totalmente; hazme otro Cristo, tu otro Yo.

El espíritu de pobreza

"Bienaventurados los pobres de espíritu..."
(Mt 5, 3).

Elegido mío, quisiera que tu corazón fuera libre del deseo de los bienes temporales.

Lo más importante es que tengas pobreza de espíritu, no que realmente carezcas de bienes.

La raíz del mal no está en el dinero, sino en el amor a éste. No son los bienes en sí los que dañan al hombre, sino el deseo insaciable de ellos. Los bienes están fuera de tí; tus deseos dentro de tí. Y es del corazón del hombre de donde viene el mal. Debes, pues, tener cuidado para que la posesión de las riquezas no haga nacer la avaricia en tu corazón.

Donde está tu tesoro, allí está tu corazón. Así, pues,

no procures amontonar tesoros en la tierra, sino deja reposar apaciblemente tu corazón en Mí.

Solamente si haces esto, puedes vivir en paz y serenidad. No hay paz en la búsqueda ansiosa de las cosas materiales.

No estés demasiado preocupado acerca de tu vida, de saber cómo encontrarás el alimento, la bebida y el vestido. La misma vida es un don más grande que el alimento y el vestido. Tu Padre del Cielo te ha dado la vida y El proveerá por ella. El alimenta a los pájaros del cielo que no siembran ni cosechan. No te ama más a tí que a ellos?

Esta preocupación se explica en los paganos, quienes se obsequian a sí mismos con cosas materiales. Tú tienes un Padre en los Cielos, que conoce tus necesidades. Busca primero el Reino de Dios y su voluntad, y todo lo que necesitas te será dado como añadidura

No es mi voluntad que todos sean realmente pobres, sino que todos sean pobres en espíritu. Es posible ser materialmente pobre pero avaro en espíritu. Por otra parte, puedes poseer las riquezas de un Rey, pero ser verdaderamente pobre de espíritu. O tú puedes ser ni pobre ni rico y practicar la pobreza de espíritu.

Te he mostrado con mi ejemplo cómo practicar la pobreza cristiana, cualesquiera que sean tus condiciones de vida.

Yo, el Hijo de Dios, he venido a la tierra no poseyendo nada; ni vivienda, ni cuna. Una ruda gruta, una pesebrera y pañales: tal fue mi sala cuna. Siendo un niño de pecho, tuve que huír con María, mi Madre, y con José a Egipto, pues Herodes buscaba matarme.

Dejé el mundo sobre una cruz, no poseyendo nada. Mis vestidos me fueron quitados y los soldados echaron mi túnica a suertes. La misma cruz que Me servía de lecho de muerte, no Me pertenecía, ni los clavos que sujetaban mis pies y mis manos.

Me ofrecieron un calmante: vino mezclado con hiel, pero rehusé poseer aún esto.

Para cumplir las profecías, fui contado entre los malvados. Yo no morí en medio de las lágrimas y de la tristeza de mi pueblo, sino en medio de sus mofas. Se Me difamó. Me tentaban diciendo: "Sálvate a Tí mismo y descende de la cruz... veamos si el Mesías, el Rey de los judíos, descende de la cruz" (Mc 15, 30-32). Abandonado por casi todos mis más queridos amigos, mi mayor dolor fué la presencia de mi Madre, testigo de mis afrentosos tormentos.

Si eres pobre, recuerda que Yo he sido mil veces más pobre que tú.

Sigue mi ejemplo. Acepta tu pobreza actual como venida del Padre, así como Yo acepté la mía. No te quejes, pero no dudes encontrar al Padre para que te ayude a llevar tu cruz y tus sufrimientos.

Si eres verdaderamente pobre, considera esto como una gran bendición. Yo no habría permitido situación semejante, si esto no fuera lo mejor para tí y no permitiré que permanezcas en este estado, sin darte la gracia de hacerlo servir para tu felicidad eterna. Acepta tu pobreza actual con una sencilla y pura resignación. La pobreza que te viene por mi voluntad es una mayor ocasión de amar, que si la hubieras escogido voluntariamente.

Es mucho más difícil, por supuesto, aceptar la humillación de la pobreza efectiva que estar contento con la pobreza voluntaria, la cual es a menudo salvaguardada por la admiración y el respeto de tus semejantes.

No te sustraigas a esta cruz, a este privilegio de la pobreza. Tú puedes trabajar o mejorar tu situación. Pero ante todo únela a mi voluntad. Ofrécela al Padre. No seas demasiado orgulloso para aceptar limosna, ni para mendigar si es necesario. Da a los demás la ocasión de servirme a través de tí, recordando que lo que hacen por tí, pobrecito mío, es a Mí a quien lo hacen.

Dame, por tu humildad, el privilegio de ser servido por ellos, como lo deseo tan ardientemente. Tu pobreza puede ser el medio de su salvación eterna.

El buen uso de la riqueza

“... haceos amigos con las riquezas injustas...” (Lc 19, 6).

Si eres rico, Yo lo soy mil veces más que tú. No es mío el mundo y todo lo que contiene?

Qué hombre ha gozado de las bellezas de la creación como Yo? Cuál es el rey que puede mandar al viento y al mar, multiplicar los panes y los peces, curar los enfermos, devolver la vista a los ciegos y resucitar a los muertos?

Cuáles son las riquezas y los poderes de los que Yo no Me hubiera podido servir? Incluso desde la cruz, pude abrir el paraíso al buen ladrón.

Hay en este mundo verdaderas alegrías y conocimientos que Yo no hubiera poseído? Desde el instante de mi concepción en el seno de mi Madre gocé de la visión beatífica. Mi Madre era la más bella de las creaturas, la reina del cielo y de la tierra.

Tú que eres rico, aprende de Mí. Que tus bienes sean tus servidores; no los dejes jamás hacerse tus dueños. Permanece alerta para que no te apegues demasiado a las riquezas. Estás orgulloso de tus bienes? Te inquietas por ellos y en ellos piensas constantemente? Si es así, ten cuidado. Estás terriblemente preocupado cuando pierdes alguno de tus bienes? Examina bien tu corazón para saber hacia dónde se dirigen tus afectos.

Yo no atesoré riquezas. Las usé generosamente

para la salud, la felicidad y el bienestar de mis semejantes. Así también tú deberías dar a menudo de tus bienes a los realmente pobres. Despójate. Haz sacrificios. Así serás dueño de tus bienes y libre de todo apego a ellos.

Haz aún más. Ama a los pobres. Búscalos. Invítalos a tu casa. Visítalos en sus casas. Y si quieres practicar perfectamente el espíritu de pobreza, no dudes en hacerte servidor de los pobres. Luis de Francia servía a los pobres en su propia mesa. Con sus propias manos les hacía curaciones. He aquí un rey que era verdaderamente pobre de espíritu. Isabel, princesa de Hungría, practicaba igualmente la pobreza espiritual visitando a los pobres.

Obrando así Me imitaban, pues Yo Me rodeé de pobres y de desafortunados. Cuando los discípulos de Juan Bautista vinieron a interrogarme, no les expliqué acaso que el Evangelio era predicado a los pobres?

Aunque seas rico, debes practicar la pobreza como te lo acabo de indicar. Sobre todo, debes practicar a menudo una especie de pobreza actual, porque lo que frecuentemente sucede es que careces de esto o de aquello cuando más lo deseas. Estás dando una comida y el servicio es defectuoso: quedas mal ante tus invitados. Acepta con calma esta forma de pobreza. Vas manejando por la carretera y tu carro se daña; acepta apaciblemente este inconveniente. Estás inmovilizado por el mal tiempo en un lugar alejado de tu domicilio o del sitio a donde ibas: conserva la serenidad. Cometes una ofensa involuntaria contra el buen gusto: acepta tu humillación. Esta también es pobreza y debe ser aceptada como tal.

Quizás no seas ni rico ni pobre y entonces no eres capaz de practicar la pobreza del rey, ni la del mendigo. Tú debes, sin embargo, ser pobre en espíritu y Yo te he mostrado de qué manera. Sírvete de los bienes

terrenos que posees y de los cuales tienes necesidad, pero no dejes que tu corazón se apegue a ellos.

Recuerdas cómo usé Yo las barcas de mis apóstoles cuando tuve necesidad de ellas? Recuerdas cómo aproveché la hospitalidad de Pedro en Cafarnaúm, la de mis amigos María, Marta y Lázaro en Betania y la de Zaqueo, el jefe publicano, en Jericó? Pero cuando estos bienes eran inútiles o inaccesibles, cuando no tenía dónde reposar mi cabeza, lo aceptaba de igual manera.

Ayuné durante cuarenta días y, sin embargo, estuve en un banquete con Mateo y sus amigos y con Simón el Leproso. Asistí a las bodas de Caná y comí con Simón, el Fariseo. Los fariseos Me tachaban de glotón, porque comía con aquéllos a quienes vine a salvar.

Sabes lo que quiero enseñarte? Sé indiferente respecto a los bienes de la tierra. Con todo, utilízalos sabiamente. No dejes que tu corazón se deje dominar por el afecto hacia los bienes que posees.

Cuida de tus bienes razonablemente, sabiendo que todo Me pertenece y que tú eres mi mayordomo. Con un espíritu sereno y apacible no busques solamente preservar tus bienes; esfuérzate por aumentarlos tanto como puedas hacerlo según la justicia y las necesidades de tu estado de vida. Guárdate, sin embargo, de un amor excesivo hacia los bienes de la tierra, lo cual en realidad es amor propio. Y no dudes en separarte de tus riquezas cuando se trata del bien de tu prójimo.

Da según tus medios, cualquiera que sea tu estado de vida. Cuando tienes pocos bienes para dar, me agrada más verte ofrecer de lo que posees. No recuerdas la respuesta de Pedro al cojo que mendigaba: "Oro ni plata no tengo; pero te doy lo que tengo..." (Ac 3, 6); y cómo en mi nombre le devolvió el uso de las piernas?

Si das de lo que tienes a tu prójimo, es a Mí a quien

lo das. Da tus oraciones, tus buenas disposiciones, tu sonrisa, tu bondad, tus consolaciones, tu simpatía. Da un "Dios se lo pague", una palmada amistosa en el hombro, un alegre "buenos días". No te reserves nada. Da generosamente de todo lo que posees según tus posibilidades.

Así practicarás la verdadera pobreza cristiana y un día podré decirte con amor infinito: "Ven, mi otro Yo; bienaventurado tú que eres pobre de espíritu; el Reino de los cielos es tuyo".

La ofrenda de la viuda

"Ella ha echado todo lo que poseía; todo lo que tenía para vivir" (Mc 12, 44).

Un día, cuando mis discípulos y Yo observábamos a los ricos dar limosna para el tesoro del Templo, vimos a una pobre viuda que vino a depositar dos pequeñas moneditas. Yo dije entonces: "Esta viuda, siendo una mujer indigente, ha puesto más que todos los que han depositado dinero en el tesoro, pues todos han dado de su superfluo, mientras que ella, en extrema necesidad, ha dado todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir" (Mc 12, 43-44).

Cuál es la enseñanza de este incidente? Esto nos muestra que el don es mucho menos importante que el espíritu de entrega.

Si tú me das amorosamente todo lo que posees, por pequeño que sea, vale más a mis ojos que el don más considerable de quienes poseen más y se reservan una parte de ello. Tu "ofrenda de la viuda", mi otro Yo, no es solamente dinero, sino que son todos los bienes

materiales, espirituales, intelectuales y sociales que posees.

Dámelos todos. Permanece dispuesto a ofrecermelo todo lo que tienes, incluso a aquellos que amas, y tu tranquilidad de espíritu, si tal fuese mi voluntad.

Un espíritu tal de pobreza de espíritu es posible con el auxilio de mi gracia. Ante la orden divina, Abraham estaba dispuesto a sacrificar a Isaac su hijo único. Job sufrió la pérdida de sus bienes, de su salud, de sus hijos; sin embargo no se apartó de su Creador. Mi Madre, en el colmo del dolor, me vió morir en la cruz, pero ni una queja salió de sus labios.

Así como ellos no permitieron que ningún acontecimiento les separara de la voluntad divina, si tú quieres ser enteramente mi otro Yo, debes despojarte de todas las ataduras que nos separen.

Si estás convencido de que es verdad que nada te pertenece, te darás cuenta que este desprendimiento es fácil.

Incluso tus buenos pensamientos no te pertenecen; te vienen del Espíritu Santo.

Nada es tuyo: ningún bien sobrenatural, ni el consuelo, ni los santos deseos, ni la oración. Estos son dones míos. Si Yo escojo darte consuelos para atraerte a Mí, sé agradecido, pero no los busques ni te apegues a ellos. Si me place darte la desolación y arrancarte de los deseos terrenos y de los afectos, conduciéndote por la negra noche de los sentidos, para una unión más íntima conmigo, sé aún agradecido. Las noches oscuras son una bendición mucho mayor que la consolación porque ellas son el camino más seguro para aquellos a quienes he llamado a una mayor unión conmigo.

No te alarmes, ni te desanimas; date a Mí enteramente; dime que haces mi voluntad, no porque esto te produce alegría, sino únicamente porque me amas.

Si nada es tuyo, tú tampoco te perteneces; aunque sabes que perteneces a tu Creador, a menudo obras

como si fueses el único autor de tus talentos y de tus capacidades. Obras como si fueses tu dueño.

Medita esta verdad: eres mi creatura. Si lo haces, de repente tendrás el consuelo abrigador de saber que perteneces a Dios que es todo bondad, todo poder, todo amor. Y puesto que Me perteneces, Yo tendré cuidado de tí con una insuperable ternura. Cuán maravilloso y tranquilizador es el pertenecer a Dios! Te podrías imaginar algo mejor?

No te apegues más que a Mí. No atesores nada, ni siquiera cuides por tu buen nombre. Dichoso tú cuando los hombres te insulten, te persigan y te calumnien por mi causa. Regocíjate de ser despojado de tus bienes.

Estás contento, mi otro Yo, cuando eres injuriado y perseguido por mi causa? No estás más bien indignado e irritado? Esto está bien para defender la verdad y oponerse a quienes quieren impedir la venida del reino de Dios, pero asegúrate que tu celo sea verdaderamente por mi Reino.

Aprende a amar mi voluntad.

No solamente aceptes todo lo que te envíe, sino que ama a la voluntad que te lo envía.

Cuando ames a mi voluntad, serás casi totalmente indiferente a todo lo que te suceda, lo mismo que respecto al tiempo en que ocurra según mis planes. Algunos de mis santos llegaron al estado de una indiferencia casi completa, no deseando nada, no rehusando nada, no pidiendo nada, fuera de la gracia de conocer y de hacer mi voluntad.

Teresa, en su acto de oblación, pidió llegar al lugar que Yo la destinaba en el cielo, preocupándose poco de que fuera más o menos bajo o elevado. Mi voluntad era su único deseo porque ella la amaba.

Mucho deseo verte imitar este desprendimiento, mi otro Yo. Verte aceptar con un mismo amor la sequedad o el consuelo, la lluvia o el buen tiempo, la

pobreza o la riqueza. Entonces mirarás calmadamente el porvenir. Desde lo más profundo de tu corazón pensarás y orarás: "Que se haga tu voluntad", cualquiera que sea, y que no busque indebidamente conocerla.

Haz esto y poseerás mi paz.

Cristo quiere todo nuestro ser

... "El ha llevado nuestras faltas en su Cuerpo" (I Pe 2, 24).

No seas demasiado curioso acerca de tus progresos en la vida espiritual. Todo el tiempo que tú seas fiel a mi gracia, te haré crecer según tus capacidades. Confíame el progreso de tu vida espiritual. Dime: "En vuestras manos, Señor, pongo mi pasado, mi vida presente y mi porvenir".

Qué duro es el progreso que te exijo! sin embargo, qué tiernamente te conduzco! Tienes que aprender mucho y olvidar bastantes deseos terrenos.

Debes aprender a castigarte con el ayuno y la mortificación en las cosas sensibles. Debes aprender a aceptar apaciblemente las mortificaciones que te son impuestas, sobre todo las que se desprenden de tu estado de vida.

Debes aprender a practicar la mortificación interior: rechazando todo deseo de ostentar, de gloriarte en tus éxitos, de enorgullecerte por tus talentos naturales.

Debes aprender a estimar las mortificaciones espirituales que te lleguen: desolación y aridez, acusaciones injustas, incomprensión de tus motivos y de tus buenas intenciones.

Debes aprender a apreciar las injusticias y las privaciones que sufren quienes amas, sobre todo tu familia. Qué difícil es para un padre y una madre soportar las injusticias y las injurias que afectan a sus hijos que son indefensos!

Pero, mi otro Yo, tú no eres el primero en sufrir semejante tormento. Acaso fue fácil para mi Madre traerme al mundo en una gruta que servía de establo? Fue fácil para ella huir conmigo de la ira sanguinaria de Herodes? Le fue fácil encontrarme en el camino de la Cruz y permanecer al pie del patíbulo, viendo agotarse mi vida por mi sangre que goteaba sobre la tierra sedienta, tener mi cuerpo sin vida en sus brazos cuando finalmente la cruz me liberó, y colocarme en el sepulcro?

Crees que podía aceptar más fácilmente los acontecimientos de su vida porque ella sabía lo que había de suceder? No, ella no sabía los peligros que íbamos a correr en Egipto, ni el momento de la muerte de José, ni cómo iba Yo a ser recibido por aquellos que venía a salvar. Ella no sabía cuánto debería sufrir Yo. Únicamente sabía que el Padre lo ve todo y que Ella había unido su voluntad a la suya.

María aceptó mis dolores porque amaba la voluntad de Dios. Yo acepté sus sufrimientos porque tal era la voluntad de mi Padre y Yo amo esta voluntad.

Tú también debes empuñar con manos fervorosas las mortificaciones que te vienen a causa de quienes más amas. Los padres deben proteger a sus hijos contra todo mal; sin embargo deben también enseñarles a aceptar las afrentas, a afrontar las humillaciones, a valorar el dolor, y deben guardar en lo más íntimo de su ser la pena que los sufrimientos de los hijos infligen a su corazón paternal, como María guardaba sus dolores en su alma. No hay ninguna lección más difícil de aprender y practicar que ésta.

Cuanto más avances en mi amor tus ofrendas se-

rán cada vez más generosas. Me ofrecerás la aceptación de tu situación presente y de todo lo que el futuro pueda brindarte. Me ofrecerás tu propia muerte, tu aceptación del purgatorio y del lugar, cualquiera que sea, que te he reservado en el cielo.

Te volverás tan desprendido que llegarás a orar para que el mundo entero me ame, incluso más de lo que tú me amas y que me sirva mejor.

Tú sabes bien que me amas; y en esta oración te harás "el más pequeño" en mi reino. Tal será tu deseo: ser el más pequeño de todos los hombres, tener un sitio, así sea el último, en el cielo, si así se puede hablar con tal que sea amado realmente por todas mis creaturas.

Entonces, no pensarás en tí sino solamente en Mí; ni en tu propia generosidad sino en la generosidad que todos deberían tener hacia Mí; ni en cuanto haces, sino en todo lo que deberías haber hecho para mi servicio.

Y esto me agradará como no lo puedes calcular.

Recuerda que debes darme todo, incluso tus pecados, mi otro Yo. Si rehusas dárme los, cómo podría sentirme libre para enviarte las pruebas que necesitas para aprender a amar verdaderamente mi voluntad?

Dame tus pecados y me sentiré libre para enviarte los sufrimientos que necesitas. Pero si te guardas tus pecados y me dices: "No Señor esto es injusto; no puedo ofrecerte esto" entonces tengo que sentir tu falta de confianza en Mí, estaré a disgusto para enviarte las penas que seguramente necesitas, pues podrías decirme también: "Señor esto es injusto".

Te repito ahora lo que dije a Pedro cuando rehusó que le lavara los pies: "A menos que Yo haga esto, no podrás ser mi amigo".

En tanto que no me dejes asumir tus faltas y tus pecados no podrás ser mi otro Yo.

No me dirás: "Señor, toma mis pecados, como lo deseas y asume mis pruebas y sufrimientos? Acepta

mis impurezas, mis querellas, mi desobediencia, mi pereza, mi maldad, mi impaciencia, mis faltas de respeto, mis robos, mis mentiras, mis rencores, mi intemperancia, mi avaricia, mi horrible orgullo: toma todos estos pecados y estas imperfecciones y purifícame con una sola gota de tu preciosa Sangre y enséñame a amar tu voluntad.

Yo soy tuyo, Señor, y no pertenezco sino a Tí; te amo más que a mi propio ser, más que a mí mismo. No me pertenezco, soy totalmente tuyo, tu otro Yo.

Entonces serás pobre de espíritu, pero incomparablemente en Mí; estarás desprendido de los bienes terrenos pero inseparablemente unido a Mí; no tendrás nada, pero lo poseerás todo.



Capítulo VI

LA VIRTUD

La humildad

“Tened en vosotros los sentimientos de Cristo Jesús” (Fil 2, 5).

Si hubieses asistido a la última cena, mi otro Yo, habrías aprendido dos lecciones. En primer lugar habrías aprendido a amar. “Un mandamiento nuevo os doy: amaos los unos a los otros como Yo os he amado; sí, como Yo os he amado amaos los unos a los otros” (Jn 13, 34).

Y habrías aprendido la humildad; te hubiera lavado los pies.

La humildad no consiste en actos exteriores, sin embargo están motivados por ella. La humildad está dentro. Es una disposición interior para conocer la verdad acerca de sí mismo; aceptar esta verdad y vivir de acuerdo con ella, es la base sólida sobre la cual debes edificar tu vida espiritual.

La humildad de mis santos jamás ha dejado de hacerles queridos a la Trinidad. Aprende la humildad de María. Ella la Madre del Altísimo, la más favorecida de las creaturas, jamás se hinchó de orgullo. Recon-

ció, aceptó y vivió la verdad acerca de sí misma, cumpliendo perfectamente la tarea que se le confiaba.

Aunque supo que era bendita entre todas las mujeres de la tierra, María no se retiró a la soledad en espera de que el mundo reconociese su preeminencia y viniera a servirla. Al saber que su prima Isabel estaba en su sexto mes, emprende camino hacia su casa y permanece allí durante tres meses. Entonces, con una consideración admirable, regresó a su casa; Isabel gozaría con el hijo de su ancianidad y sería la reina de su hogar. Nada debe impedirselo. Habiendo prestado el servicio a su prima, María desaparece calladamente.

Humildad:

Mi madre Virgen, sobrepasó en mucho a José en dignidad y en gracia, se somete a él en todo lo concerniente a la dirección de la familia, como lo exigía su situación en la vida humana. Fue a José a quien el ángel se apareció cuando se hizo necesario huír a Egipto. Fue a José a quien el ángel anunció la muerte de Herodes y la posibilidad de entrar sin peligro en Palestina. Y María obedeció a José sin replicar, aunque su dignidad sobrepasaba incluso a la de todos los ángeles.

Aprende también la humildad de Juan Bautista que fue el mayor de los profetas entre los hijos de los hombres. Constata su desaparición; no deja el Jordán para buscarlo y no va tras de Mí cuando me encuentra. “Nadie puede atribuirse nada que no le sea dado del cielo” (Jn 3, 27). Así Juan permaneció en el Jordán y cumplió su misión hasta el momento en el que Herodes le hizo arrojar en la prisión por haber proclamado la verdad de Dios.

Aprende la humildad del Hijo del Hombre que en calidad de hijo, obedece a sus propias creaturas; que dice a Juan con ocasión de su bautismo: “Deja obrar por ahora; así es como nos conviene que cumplamos toda justicia” (Mt 3, 15). Paga el tributo al Templo

para no escandalizar a nadie y su boca pronuncia muchas veces palabras de obediencia: Para que se cumplan las Escrituras.

Escogí hacerme un ser humano, un servidor, una creatura, no reclamando ningún otro trato que el de la humanidad; escogí vivir en la tierra en medio de las penas y de los castigos traídos al mundo por el pecado. Habiendo hecho esta elección y sabiendo a qué me comprometía, no murmuré jamás y menos aún me indigné contra los males, las injusticias y los tormentos que me sobrevenían.

Me sometí en todo a mis creaturas. Me insultaron, me trataron de loco, me desdijeron como al más vil de los seres, como a un demonio. Me detuvieron, me encarcelaron, me pegaron, se burlaron de Mí y me escupieron.

Cómo habrías reaccionado tú ante tales ultrajes de parte de tus propias creaturas, cuya vida tuvieras en la palma de tus manos, creaturas que no podrían existir ni moverse sin tu voluntad?

Me pusieron clavos en mis muñecas y en mis pies. Me colgaron de dos maderos, muriendo lentamente, mientras que mi Madre permanecía a mis pies. Estarías tú sometido a todas estas abominaciones cometidas por tus propias creaturas?

Era la voluntad de mi Padre que Yo sufriera y por tanto ésta era mi voluntad.

Adán y Eva solo tuvieron que obedecer; a pesar de todas las ventajas que ellos poseían, no aceptaron la supremacía de su Creador.

Yo repararé su pecado obedeciendo enteramente en todas las cosas aunque el demonio arrojara todo su furor contra Mí. Abatido en el huerto por pensamientos de agonía a la vista del día de juicio que venía, aplastado por la carga en mis espaldas de todos los pecados de la humanidad, habiendo permitido la tremenda tentación de rehusar sufrir estos horribles tormen-

tos, me sometí completamente. "Que se haga Tu voluntad y no la mía" (Lc 22, 42). Esta es humildad, mi otro Yo. Aprende de Mí!

Cristo: nuestro modelo

"Aprended me Mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29).

Posiblemente crees que Yo no puedo ser verdaderamente tu modelo de humildad porque siendo Dios soy todopoderoso. Qué equivocado estás si así piensas.

Aproveché mi divinidad en Belén para procurar abrigo y confortar la Sagrada Familia? Cuando Herodes quiso mi vida, me escapé por mi omnipotencia? José y María huyeron conmigo, realizando un largo y penoso viaje, exactamente como lo hubieran hecho los padres de otro niño.

Hice mi juventud agradable haciendo milagros? Ninguno de mis contemporáneos vió en Mí a otro que al hijo de José y María. Mis primos, al escuchar mi predicación pública creyeron que me había vuelto loco.

Cuando tuve hambre, después de haber ayunado cuarenta días y que Satán me tentó pidiéndome cambiar las piedras en panes, usé mi omnipotencia a mi servicio?

Cuando tuve sed, no pedía agua en el pozo de Jacob como lo habría hecho cualquier otro hombre?

Y cuando multipliqué los panes y los peces, no fue para alimentar a los demás y no a Mí?

Cuando estaba fatigado, dormía; cuando Lázaro murió, lloré; y cuando fuí ultrajado e incomprendido estuve triste como lo has estado tú.

Estudia mis milagros y podrás ver que fueron realizados para ayudar a los necesitados y probar mi divinidad a los hombres a fin de que creyesen en Mí y fuesen salvados.

Jamás utilicé mi poder sobrenatural para mi servicio; fue siempre para cumplir los eternos designos de mi Padre.

Cuando mis enemigos me buscaban, permanecí alejado de Jerusalén, utilizando los medios de seguridad al alcance de todo hombre. Y cuando finalmente, llegó mi hora, me entregué voluntariamente en sus manos. Aunque habría podido liberarme por un solo pensamiento, permití a una de mis creaturas que me condenara a muerte. Aunque me habría podido favorecer con una mirada, permití a mis enemigos flagelarme y coronarme de espinas.

Yo llevé mi cruz, cayendo bajo su peso y levantándome de nuevo, aceptando la ayuda de Simón de Cirene y los cuidados compasivos de la Verónica, pero no haciendo nada por mí mismo para aliviar mi agonía.

Rehusé el calmante que se me ofrecía, para que no fuese disminuído ninguno de mis dolores en la cruz, perdoné al ladrón en otra manifestación de mi divinidad; pero no quise descender de mi lecho de suplicio.

Sí, mi otro Yo, Yo puedo ser tu modelo. Yo SOY tu modelo.

Ahora apliquemos esto a tu vida. Para tí como para Mí, el Padre ha pronunciado su palabra eterna: una "Palabra" que contiene todo lo que tu vida debería ser. Tu deber como el mío, en cuanto concierne a mi humanidad, es el de vivir conforme lo ordena la Palabra del Padre, no deseando nada más, no rehusando ninguna pena o gozo que ella encierra entregándose amorosamente a su realización. Esta palabra es el designio de mi Padre para cada detalle de tu vida; para tu lugar en la eternidad. Eres una pieza del maravilloso "rompecabezas" del plan eterno.

Del mismo modo que Yo uní mi voluntad a la palabra pronunciada por mi Padre para mi vida terrena, así debes unir tu voluntad a su palabra para tu vida. Puesto que el mundo está lleno de pecados y de pecadores, tu vida estará igualmente llena de monotonía, fatigas, injusticias, insultos, ofensas a tu persona y posiblemente de persecución y de muerte.

Acéptala totalmente. Dí a mi Padre: "Señor, he aquí a tu servidor; que se haga según tu palabra". No te rebelas contra tu Creador que no quiere estas cosas, sino que las permite, únicamente porque ha dado la libertad; libertad para amar y libertad para odiar; libertad para obedecer y libertad para pecar.

Rebelarte es rehusar reconocer que tú eres un pecador y que el mundo está lleno de pecados. Es estar resentido por la libertad de tus semejantes. Es rehusar reconocer que eres mi creatura. Es renunciar a la humildad y admitir el orgullo.

No te digo que seas insensible ante el mal. Tu deber es el de remediar este estado de cosas tanto como razonablemente puedas. Pero mientras buscas los medios, no te quejes, y mucho menos te subleves contra mi Divina Providencia.

Para ser humilde debes conocerte y aceptarte tal cual eres realmente: creado de la nada, conservado en la existencia únicamente por mi voluntad, dependiendo enteramente de Mí e incapaz de un acto sobrenatural bueno sin mi ayuda.

Y esto no es todo. Aunque eres pecador, has sido redimido por Mí. Eres un heredero de la gloria eterna, un hijo de Dios, otro Cristo, amado de mi Padre tanto como Yo lo soy. Qué alegría debe ser el saber que mi Padre te ama como a Mí!

Esta es la verdad. Y porque soy "la Verdad", no ves cuánto amo la humildad y cuánto detesto el orgullo?

El orgullo es una mentira y un robo; usurpa mis

derechos divinos. Intenta subordinar a tu Dios a una de sus creaturas. Yo no puedo cesar de ser Dios, cederte mis divinas prerrogativas y substituir tu plan de la creación por el mío.

Cuánto detesto el orgullo, el vicio principal, el pecado de Lucifer, el pecado de Adán y Eva que ha traído la discordia y el sufrimiento al mundo!

El orgullo es el que siembra la semilla de la ruptura entre Dios y el hombre, el que cierra la puerta a mi divina gracia; el que, en cierto sentido, hace nulas e ineficaces mi dolorosa Pasión y mi Muerte cruel.

Porque soy Dios, debo resistir al orgulloso y exaltar al humilde.

Progreso en la humildad

"Me complazco en mis flaquezas llevadas por Cristo" (2 Cor 12, 10).

Eres humilde?

Veamos.

Te complaces hablando de tí en bien o en mal?

En las conversaciones, eres tú siempre el que habla?

Estás siempre en discusión, te irritas fácilmente, eres sarcástico, con tendencias a ridiculizar?

Te preocupas demasiado de tus humillaciones y rehusas aceptar las reprensiones excusándote y censurando a los demás cuando las cosas van mal?

Te quejas de la forma como eres tratado por las personas que te rodean, te pones de mal humor cuando pierdes en el juego y eres inclinado a despreciar a los demás cuando son más favorecidos que tú?

Encuentras penoso el obedecer a tus superiores? Rehusas obedecer a tus iguales o a tus subalternos?

Si tienes algunos de estos defectos, no significa que necesariamente eres orgulloso. Pueden derivar del deseo infantil de ser como los demás o de complejos de inferioridad. Pero son signos de peligro.

Examínate. Reconoce tus defectos. Después pide mi ayuda; te haré participar en el tesoro infinito de mis virtudes.

Tienes necesidad de mi ayuda; pídelo! Mi deseo es el de dar y dar sin medida, hasta que colme la medida y rebose.

Pide las virtudes que necesitas: pureza, fe, veracidad, amor, santidad, fe, esperanza, caridad. Harás más progreso en un instante de oración ferviente para pedir la participación en mis virtudes que en toda una vida de esfuerzos personales.

Pide la humildad y Yo te encaminaré según tu palabra. Comenzarás a sentirte incomprendido, dejado de lado, rechazado, y posiblemente ridiculizado. Cuando esto suceda, no olvides agradecerme el ofrecerte estas ocasiones preciosas para practicar la mansedumbre, de guardar palabras duras y ofensivas, de refrenarte en expresar sin necesidad tus opiniones personales o de menospreciar las opiniones de los demás.

Estas lecciones serán bastante duras y algunas veces muy dolorosas. Te será difícil ser humilde con ocasión de ciertas tentaciones fuertes y ciertos encuentros con los demás. Sin embargo Yo estoy siempre pronto a ayudarte, a elevarte hasta Mí para que me digas que quieres estas lecciones, que no renunciarás a ellas, y las quieres porque sabes que hacen parte de mi enseñanza y que mi enseñanza es perfecta.

Entonces, súbitamente, sin razón aparente, la tensión disminuirá. Al poco tiempo, encontrarás que es más fácil de lo que pensabas hablar poco de tí mismo,

evitar la curiosidad, aceptar las reprensiones y no exhibir tus talentos.

Aceptarás ser reprendido por faltas de las que no eres culpable; sonreirás ante el menosprecio; permanecerás sereno ante tus torpezas y ligerezas. Estarás feliz de ser ridiculizado y te regocijarás de tu bajeza.

Tendrás, por supuesto, períodos alternados de éxito y de derrota. Sentirás a menudo que estás descuidando estas lecciones de humildad. Debes refrenar tu lengua, vencer tu apresuramiento en rehusar algunas tareas serviles, tratar de desalojar de tu mente el pensamiento de que no eres apreciado, dejar el lugar en el que estás antes que dejarte llevar por la irritación. Pero todo el rato tendrás la impresión de no progresar en la humildad; te estás conteniendo, pero no eres humilde.

Si recaes, lo que es inevitable, tu disgusto será muy penoso. Pero si perseveras y continuamente te levantas, aprenderás finalmente una verdad profunda: que aceptarías esta decepción de nuevo; te dirías y me dirías: "Quiero esta decepción; la quiero porque la merezco y me es saludable. No me gusta porque me hiere pero la quiero".

Una vez que hagas esto, será como un enigma que súbitamente se resuelve por sí solo. Verás claramente que la humildad no consiste en gustar las humillaciones, sino únicamente en quererlas, en escogerlas, posiblemente en buscarlas, pero de ninguna manera en que le gusten a uno.

A los mártires no les agradaba el dolor. A Juan Bautista no le gustaba permanecer en el Jordán cuando hubiera podido seguirme. A José y a María no les gustaba huir a Egipto. A María no le gustaba estar en el Calvario. A Mí no me gustaba morir en la cruz. Pero, cuanto más nuestros sentidos decían no, nuestra voluntad más decía sí.

No, mi otro Yo, tú no tienes necesidad, y no lo

quieres, de amar las humillaciones. Pero cuanto más las detestes, más podrás servirme y rescatar a los demás queriéndolas.

Recuerda que cualquier cosa que te suceda, el castigo no es demasiado severo en comparación con tus errores pasados. Con Francisco de Asís, inclina la cabeza cuando seas colmado de insultos e injurias, reconociendo siempre que has merecido estas injusticias por no haberte dirigido más pronto hacia tu Dios, por no haberle servido mejor; por no haberle agradecido sus dones; por no haber comprendido los numerosos peligros de los que El te ha preservado; por no haber respondido a su diluvio de gracias.

No es una dicha, en cierto sentido, el poder unir tus sufrimientos a los míos? Dí con San Pablo: "De todo corazón, pues, me gloriaré, sobre todo en mis flaquezas, en los ultrajes, en las dificultades, en las persecuciones, en las angustias soportadas por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (II Cor 12, 9-10).

Entonces, no pienses como antes, "yo seré un loco para nadie". Más bien dí: "Gustosamente seré un loco por Cristo; me regocijaré siendo su loco, siendo humillado por El, ridiculizado, menospreciado, perseguido... de la misma manera que El fue un loco por mí, hace 19 siglos.

La clave de la paz del alma

"Humillaos ante Dios y El os levantará"
(Sant. 4, 10).

Mientras progreses en la humildad, cuídate de las insidiosas incursiones del orgullo. El demonio te inspirará que te compares con los demás y tú puedes ser

orgullosa incluso de tu humildad. Cuidado! Todo lo bueno que tienes no viene de tí sino de Mí. Yo soy quien te inspiró el bien, quien alimenta tu pensamiento, quien suaviza el camino, quien te fortifica contra tu debilidad, quien te conduce a través de los obstáculos, quien te llama cuando te extravías y quien vela por tí con amor mucho más de lo que puedes comprender. Da a Dios toda la gloria.

Probaré tu humildad, no solo por tus humillaciones sino también por las de aquellos que estimas. Esta será para tí una gran ocasión de practicar esta virtud.

En estas aflicciones reflexiona así: "Si estas pequeñas humillaciones que afligen a los que amo me son tan penosas, cuánto más debió sufrir María por la deshonra de Jesús. Mas ella jamás profirió una queja; nunca pidió ser tratada con indulgencia. Ella fue víctima también del amor de Dios".

Otra ruda prueba será la buena voluntad para aceptar con ecuanimidad tanto el olvido como el renombre. Aquellos cuyos talentos están ocultos por cualquier defecto y que ven a personas menos capaces suplantarlas, deberían ofrecerme su olvido. Un sacrificio tal es a veces más difícil que el de los religiosos o religiosas que abandonan su puesto en el mundo para ocultarse en un monasterio o en un convento.

Una vida involuntariamente oculta, aceptada deliberadamente por un acto de tu voluntad, se convierte en un sacrificio auténtico, en un gran acto de amor.

Une tu vida oculta a la de María y José. Ellos vivieron tan ocultos que la Escritura no nos revela de ella ni siquiera cuando murieron. Así pues no eludas el olvido y la humillación. Pero no olvides que la humillación en sí misma no es humildad. Esta virtud, como te he dicho, consiste en reconocer tu lugar en mi plan y en la aceptación sincera de él.

No pongas la humillación por encima de tu deber, esto sería humildad negativa. Tienes el deber de cari-

dad de proteger tu reputación, de la misma manera que tienes el deber de hacer los esfuerzos razonables para corregir un error.

Si eres injustamente acusado, en un asunto de poca importancia, está bien el negar calmadamente tu culpabilidad. Si la acusación persiste después de haber hecho lo posible por defenderte, entonces será bueno no añadir nada y abandonar tu reputación a mi protección.

Otro ejercicio bueno de humildad consiste en no contradecir jamás a los demás en cosas sin importancia; pero es injusto callarse cuando nuestra fe o la reputación de los ausentes están en peligro y cuando aquellos que escuchan corren peligro de ser escandalizados.

La humildad será la llave de tu paz personal. Ya que Yo mismo te doy la calma cuando llevas mi yugo humilde y apaciblemente, te será fácil vivir en medio de las afrentas y de la pobreza, sufriendo con calma los asuntos de cada día.

Siendo humilde, no serás ni ambicioso ni arrogante ni autosuficiente. Solo tendrás un deseo: hacer la voluntad de mi Padre. En el trabajo estarás consciente, no de realizar tal o cual tarea, sino en primer lugar y siempre, de hacer la voluntad de Dios.

Por consiguiente no te decepcionarás por los fracasos en tu trabajo. Siendo humilde lo harás todo como mejor puedas con humildad, en la paz y en la calma, esforzándote por agradar a Dios; pero no estarás inquieto, si después de haber hecho todo lo razonablemente posible, tus superiores no están satisfechos o si tu trabajo no ha tenido éxito.

Dí ahora esta oración: "Oh Señor, manso y humilde de corazón, ayúdame a aprender y a amar la humildad. Guarda mis palabras cuando quiera hablar de mí mismo. Cálzame cuando sea susceptible, pendenciero y esté insatisfecho de mi suerte.

Ayúdame a pensar lo menos posible en mí mismo, y lo más posible en la Santísima Trinidad y en mis semejantes en quienes te debo ver a tí.

Oh Jesús manso y humilde de corazón, ten piedad de mí.

Del deseo de ser estimado, líbrame Jesús;

Del deseo de ser amado, líbrame Jesús;

Del deseo de ser honrado, líbrame Jesús;

Del deseo de ser alabado y preferido a los demás, líbrame Jesús;

Del deseo de ser consultado, líbrame Jesús;

Del deseo de ser aprobado, líbrame Jesús;

Del temor de ser humillado, líbrame Jesús;

Del temor de ser rechazado, líbrame Jesús;

Del temor de ser reprendido, líbrame Jesús;

Del temor de ser difamado, líbrame Jesús;

Del temor de ser olvidado, líbrame Jesús;

Del temor de ser ridiculizado, líbrame Jesús;

Del temor de ser tratado injustamente, líbrame Jesús;

Del temor de ser persona sospechosa, líbrame Jesús;

Que los demás sean más amados que yo; Oh Jesús dame la gracia de este santo deseo.

Que los demás crezcan en la estima del mundo y que yo disminuya; Oh Jesús dame la gracia de este santo deseo.

Que los demás sean alabados y yo olvidado; Oh Jesús dame la gracia de este santo deseo.

Que los demás sean alabados y yo olvidado; Oh Jesús dame la gracia de este santo deseo.

Que los demás me sean preferidos en todo; Oh Jesús, dame la gracia de este santo deseo.

Que los demás se hagan más santos que yo, con tal que yo me haga tan santo como pueda; Oh Jesús, dame la gracia de este santo deseo. (Letanías por la humildad: Cardenal Merry del Val).

La paciencia

“Sed pacientes en la tribulación”... (Rom 12, 12).

Tú sabes bien, mi otro Yo, que no puedes hacer grandes cosas; pero todos los días puedes realizar magníficamente cosas pequeñas.

Puede ser que nunca tengas la ocasión de practicar la fuerza en la persecución, de dar todos tus bienes a los pobres, de poner en peligro tu vida por salvar la de otro, de entregarte al martirio. Pero cada día tienes cien oportunidades de ser amable para con tu prójimo, de obedecer al instante a tus superiores, de ser generoso para con tus inferiores, alegre en el trabajo, servicial para con tu familia y tus compañeros, manso en tus imperfecciones, sumiso en las fluctuaciones del tiempo, resignado cuando tus proyectos andan mal, soportando los desprecios y perdonando los engaños.

Amo a la práctica de las virtudes en las cosas pequeñas. Por eso dije en mi sermón de la montaña: “Bienaventurados los mansos pues ellos poseerán la tierra” (Mt 5, 4).

Pocas virtudes son puestas a prueba tan a menudo como esta. Cuántas veces al día tienes la ocasión de ser paciente con los demás o con las circunstancias que te desagradan. Estás de prisa y la gente se atraviesa en tu camino. Deseas el descanso y la paz y los demás te molestan. Tu superior está descontento, tu inferior es insolente, tus compañeros te desprecian. Tus hijos derraman la comida o dañan los muebles con las manos sucias, o rayan las paredes con lápiz, o despedazan el jardín con sus juegos.

Qué haces? apartas a quienes están en tu camino, despidas a los que te molestan, insultas a quienes te critican?

Qué resultado obtienes? Tensión, irritación, fastidio y cólera ignominiosa contra tí?

Cuánto mejor si fueses paciente, sereno y apacible. Te ayudaré a aprender la paciencia.

Lo primero que has de hacer es orar. Te lo repito: en esto como en toda actividad espiritual harás más progresos en un instante de oración humilde que durante una vida de esfuerzos personales sin ayuda.

Ora, para obtener la gracia de verme en los demás por los ojos de la fe. Ora para obtener la luz de entender que cuando estás irritado con tus semejantes, lo estás conmigo.

Si Yo lavé los pies de mis discípulos, tú puedes con paciencia recoger un huevo que tu hijo ha roto, soportar pacientemente una crítica y guardar tu lengua ante una muestra de descortesía.

Piensa en mi paciencia ante tus faltas, olvidos y negligencias. En el "Padre nuestro" pides ser perdonado como tú perdonas. Aplica a tu vida la parábola del amo misericordioso y del siervo cruel. De la misma manera que Yo te perdono lo que debes y que no puedes pagar o que no pagas, debes olvidar lo que los demás te deben y que no pueden o no quieren pagar.

Olvidate de tí mismo, revístete de Mí y serás paciente. No te dejes apegar demasiado a lo que haces o a lo que deseas. El apego demasiado grande te hace mucho más interesado en la obediencia, en la deferencia, en la calma o en la privación, por tu propia satisfacción que por mi amor. Este es el fruto de las acciones realizadas por motivos encontrados y no por el puro amor de Dios.

Ten en cuenta los defectos de aquellos a quienes tienes el derecho de corregir. Pero sé siempre indulgente, mi otro Yo, indulgente. Corrige a los demás por amor a Mí y no para procurarte una ocasión de desahogar tu cólera o tu orgullo herido. Corrige en un

espíritu de servicialidad y no de venganza; sé firme pero sin enojarte.

Sé paciente en todo lo que Yo permito que te suceda. Es más fácil ser manso en las circunstancias en las cuales el mundo te alaba, o te compadece que en las que te critica, o te desprecia. La verdadera paciencia se extiende a todas las circunstancias que conllevan los asuntos que requieren la paciencia. Si padeces en tu reputación, sé paciente por el daño que se te hace a tí mismo e igualmente por el que alcanza a los que amas.

Ser verdaderamente paciente en la enfermedad, por ejemplo, es aceptar la enfermedad particular que permito que tengas con todas sus molestias y sus sufrimientos.

No digas: "Podría soportar pacientemente esta enfermedad si no me impidiera hacer mi trabajo, o si no durase mucho; si no me debilitase tanto; si no diera tantos inconvenientes a los demás". No; acéptala totalmente, completamente, con cada uno de sus inconvenientes.

Esto no quiere decir que debes ocultar o descuidar tu enfermedad. Procura curarla empleando los medios razonables para ello. No es quejarse explicar los síntomas detalladamente al médico sin exagerarlos ni minimizarlos; esto tampoco es impaciencia, pues la verdadera humildad aconseja tomar los medicamentos y los calmantes que prescribe.

Así debe ser en todos los acontecimientos de tu vida: pobreza, desempleo, obstáculos, desprecio, fracaso, trastorno de tus proyectos.

Ofréceme todas tus penas y sufrimientos, uniéndolos a las penas y a los sufrimientos que soporté por tí. He aquí el comienzo de la paciencia.

Paciencia consigo mismo

"Pon en Dios tu confianza y El te ayudará"
(Ecco 2, 6).

Si es difícil ser paciente hacia los demás y en todos los demás y en todos los acontecimientos, es mucho más difícil ser paciente consigo mismo. Te parece esto ilógico? Crees que nada es tan fácil como ser paciente con tus propias faltas? Es extremadamente difícil ser verdaderamente paciente contigo mismo. Esto significa ser lo suficientemente humilde como para aceptar tus límites; estar decidido a servirme día tras día, a pesar de tus faltas; ser resignado en las molestias tanto cuanto duren.

Esto significa alabarte, con San Pablo, de tu debilidad. Esto significa reconocer, con Felipe Neri, que cuanto con más fuerza barres, más polvo levantas. Esto significa comprender tu propia nada con Francisco de Asís.

La Paciencia contigo mismo consiste en no pensar demasiado en tus propias miserias, sino en corregirte con suavidad, como tú me corregirías en tu prójimo.

Reconoce tus faltas. Más que esto: reconoce tu nada; pero no te irrites contra tí mismo. Sé suavemente firme y firmemente suave, en cuanto resuelvas, contando con mi ayuda, ser mejor en el futuro.

Si tus imperfecciones toman momentáneamente la delantera, haces bien de lamentar tus faltas; pero hacer mejor diciéndome que estás dichoso en conocer tu debilidad. Puesto que tienes tantas imperfecciones debes esperar ser culpado muchas veces. Cuando te dejes llevar del desánimo ante tus faltas involuntarias, es que te crees mejor de lo que eres realmente. Si te dejas trastornar por tus imperfecciones, te expones a palabras acerbas y al mal humor en todo lo que hagas.

Cuándo aprenderás al fin que por tí mismo nada puedes hacer? Me da mucha mayor gloria corregir tus faltas en mi hora que el enojarte por ellas. No sabes que Yo considero tus imperfecciones espirituales de la misma manera que tus defectos físicos? Cuando caes enfermo, sin que haya negligencia de tu parte, Yo no te culpo. Cuando estás fatigado o hambriento, no te miro con desaprobación. Cuando te quemas y lanzas un grito de dolor, sé que esto es natural. Lo mismo cuando estás mental o emocionalmente "quemado" y que te exclamas bajo la forma de una imperfección, sé que esto también es natural. Cuando tú cometes una falta involuntaria en las pruebas que te llegan, Yo no lo tengo más en cuenta que cuando caes enfermo, estás fatigado o hambriento. Acepta estas imperfecciones involuntarias y espontáneas de la misma manera que aceptas la enfermedad, sabiendo que la enfermedad no es una falta sino una debilidad de tu naturaleza y de la circunstancia de tu vida.

Quiero tu amor y tu confianza. Lo demás que sea necesario, Yo lo haré. Que el conocimiento de tus imperfecciones te conduzca a arrojarte en mi misericordia y en mi amor. No hay medio mejor de progresar que éste.

Acéptate tal cual eres para la hora actual, con tus faltas y tu debilidad, resolviéndote con toda tu voluntad a servirme lo mejor que puedas. Este será un signo cierto de que tu amor propio disminuye y que tú progresas espiritualmente.

Acepta la verdad de que Yo tengo designios diferentes para cada una de mis creaturas, y determínate a realizar con fe, en todos sus detalles, mi designio sobre tí.

He aquí la paciencia; he aquí la humildad; he aquí la santidad.

Aún hay una forma más elevada de paciencia por más extraña que pueda parecer: es la paciencia con-

migo. Cuántos de mis amigos quieren forzarme, empujarme a ir más aprisa que la gracia. No lo hagas tú, mi otro Yo, no lo hagas!

La paciencia conmigo consiste sencillamente en la confianza en Mí. Creer totalmente en Mí es la cima de la paciencia. Saber que Yo te amo más de lo que tú mismo te amas; comprender que Yo conozco todas tus necesidades y que he preparado todo para satisfacerlas plenamente; dejarme configurar tu vida, tu progreso, tus oraciones; tales son la mansedumbre y la paciencia que Yo deseo de tí.

La paciencia conmigo es el amor a mi voluntad y el don de tí mismo, siendo indiferente respecto a aquello que Yo te envíe o permita que te suceda en tanto que no me ofendas.

La paciencia conmigo consiste en el rechazo a desanimarte a causa de las arideces o de un progreso espiritual que parece demasiado lento.

La paciencia conmigo, consiste en esperar en Mí, buscando en Mí, confiándome tu vida con todos sus detalles.

Dame esta paciencia, sabiendo que te amo más allá de toda ternura, más allá del poder de conocerlo o describirlo, aún por mi propia Madre.

Apóyate en Mí, mi otro Yo, y haré brillar tu bondad como la luz.

Dos axiomas de la paciencia

“Por vuestra constancia salvaréis vuestras vidas” (Lc 21, 19).

Si quieres practicar la paciencia, esfuérzate en comportarte en el orden emocional y racional como quien sufre de una enfermedad del corazón en el orden

físico... Se mueve con precaución, camina despacio, trabaja metódicamente. Refrena sus ansiedades y emociones, jamás es violento. Si los hombres aceptan una disciplina tal por su salud física, tú lo harás ciertamente por tu salud espiritual.

He aquí dos axiomas para adquirir la paciencia: no te apresures; no levantes la voz. El apresuramiento engendra la tensión, los errores, la irritación. Elevar la voz tiende a destruir la paz y la serenidad.

He aquí lo que debes hacer.

Por la mañana haz un acto de abandono, dándote totalmente a Mí y aceptando indiferentemente todo aquello que Yo permito que te suceda durante este día que comienza. Esto ayudará mucho a tranquilizar tu mente y tu espíritu.

Sin embargo, acuérdate que eres una creatura compuesta de un cuerpo y de un alma y que las agitaciones de tu cuerpo afectan a tu alma. Debes mantener tu cuerpo igualmente en paz. Levántate bastante pronto para poder vestirme sin precipitación. Vas a misa? sal lo suficientemente temprano para llegar con serenidad. Cuando comas hazlo calmada y lentamente. Cuando te levantes de la mesa para ir a trabajar, parte de una forma pausada y tranquila.

Durante toda la jornada, guarda esta tranquilidad, sin prisa, con sosiego. Si la pierdes, hazla volver serenamente sin esfuerzo y agitación. Camina lentamente, habla amablemente, obra calmadamente. Haz una sola cosa a la vez. Procura conservar siempre la serenidad y tu libertad especialmente en la monotonía cotidiana: cuando te levantes o te sientes, cuando descansas y cuando comas; cuando camines, conduzcas un carro o respondas al teléfono. Modera tus acciones. Baja el tono de tu voz; habla pausada y suavemente.

Adopta esta actitud en el trabajo y verás pronto que no sólo realizas más trabajo, sino que éste será mejor. Tu mente trabajará con más lógica, controlarás

más fácilmente tus emociones y tu salud, espiritual y física, se perfeccionará mucho más.

Descubrirás que es más fácil retener los primeros movimientos de cólera que se levanten. Y acuérdate que es mucho más fácil controlar la cólera en sus comienzos que “enfadarse y no pecar”. Pon en práctica la enseñanza de Santiago: “Que cada uno esté pronto a escuchar, lento en el hablar, lento en la cólera, pues la cólera del hombre no cumple la justicia de Dios” (Sant 1, 19-20).

Escucha también al salmista: “Refrena el enojo y deja la cólera. No te excites, ésto no es sino mal. Porque los malvados serán exterminados, quien espera en Dios poseerá la tierra” (Ps 37, 8-9).

Siendo paciente progresarás igualmente en las demás virtudes. El orden en la vida espiritual es muy semejante al del universo material: de causa a efecto, un detalle arrastra a otro y todo depende y conduce finalmente a tu Dios, tu Creador y sustentador. Toda la vida espiritual tiende siempre a la sencillez, hacia el sencillo anhelo de cumplir la tarea que te he confiado.

Ahora dí conmigo, mi otro Yo, esta oración para obtener la paciencia:

“Oh divino Maestro, ayúdame a aprender y a amar la paciencia. Cuando esté preocupado por los negocios de este mundo, detén mis pasos y tranquiliza mis pensamientos. Cuando esté tentado a enfadarme por la real o imaginaria violación de mis derechos, recuérdame que vivo apaciblemente en unión contigo. Inspírame el saludable pensamiento que, como tu otro Yo, debo consultarte antes de obrar. Ayúdame a ser bondadoso, manso y humilde ante los insultos, las privaciones y las injurias. Oh Divino Maestro, enséñame la paciencia, enséñame la paciencia, enséñame la serenidad, enséñame la paz”.

Capítulo VII

LA ORACION

La necesidad de la oración

“Cuando me invoques y vengas a dirigirme tus plegarias, Yo te escucharé” (Jer 29, 12).

Podrías conservar tu vida corporal sin alimento? Tampoco podrás conservar tu vida espiritual sin orar.

La Oración es uno de los principales medios por los cuales tú puedes obtener la ayuda divina que necesitas para llegar a ser totalmente mi otro Yo. Sin mi gracia, no puedes realizar el acto sobrenatural más pequeño. Sin la gracia, no puedes incluso hacer ni el primer movimiento que te conduzca al cielo. Y la gracia no puede ser ganada, comprada. Esta es deparada a tí por puro don mío.

Aunque, doy a cada hombre la gracia que necesita, he querido que obtengas mayor gracia por tres medios principales: La Misa, los Sacramentos y la Oración. La obtención de la gracia depende en gran parte de tus esfuerzos y de tus súplicas. Si cesas de orar, es casi seguro que eventualmente, abandonarás la Misa y también los Sacramentos. Perderás la vida de la gracia. La oración te es absolutamente necesaria; sin ella jamás verás a tu Dios.

Tus progresos en la vida espiritual se basarán en

la Oración. No puedes esperar conocerme y servirme, creer en Mí y amarme sin orar, sin pensar en Mí, sin hablar conmigo, sin mirarme, sin escucharme.

Mis propias acciones no estuvieron enraizadas en la Oración? Antes de comenzar la vida pública, oré y ayuné en el desierto. Antes de escoger a los doce, pasé una noche en oración. Antes de emprender la obra de tu redención, me arrodillé en el huerto de Getsemaní.

Has leído, alguna vez, que mi madre haya predicado una cruzada, obrado un milagro, o fundado una orden religiosa? Sin embargo, todo le es concedido a la humanidad por Ella. La Oración de intercesión de María cuenta mucho más en la balanza divina que todas las cruzadas, los milagros y las órdenes religiosas juntas.

No ves, mi otro Yo, que la oración no es un sustituto de la acción sino su base? Un apóstol que no ora es algo impensable. Lo que alguien parece realizar no lo hace por sus propios esfuerzos sino mediante las oraciones de los demás.

Yo exijo la acción, pero acciones firmemente apoyadas en la oración. Cuanto mejor laves una vida de oración, tu trabajo llegará a ser inevitablemente más fructuoso. La oración y la acción se parecen a un témpano de hielo; la novena parte de la masa visible sobre el agua es la acción y las ocho novenas partes ocultas bajo el agua son la oración.

Así pues, sí mi apóstol, primeramente por la oración, y en segundo lugar por la acción. Trabaja con ardor, pero ora con más ahinco aún.

Que jamás pase un día sin oración mental y vocal. Háblame dándote cuenta que dentro de tí estoy siempre, que te veo, te oigo, te conozco y te comprendo. Háblame como a tu amigo más íntimo; mejor aún como a tu otro Yo.

No omitas nunca tus oraciones cotidianas ni tus

comuniones diarias. Acórtalas conmigo, si es necesario, pero jamás las omitas.

Cuanto más tengas que trabajar, más necesidad tendrás de trabajar calmada y serenamente y la oración es la llave de la paz.

Mi deseo es que seas lo bastante perfecto como para que puedas tener la visión beatífica en el momento de tu muerte. Una tal perfección la adquieres por una cooperación absoluta con la gracia y sobre todo con la llamada de la gracia a orar, asistir a la Misa, a recibir los sacramentos y a mortificarse. Debes vencer tus pasiones, romper tus ligaduras a las creaturas y arrancar la mala hierba que impide tu crecimiento en Mí. Debes privar a tu cuerpo y a tu espíritu de todo lo que te separe de Mí. Así como el atleta ejercita sus piernas y se lleva la victoria por ejercicios perseverantes, tú debes también ejercitarte en estas privaciones; y como el atleta prolonga sus esfuerzos hasta cansarse y su cuerpo pide el reposo, así debes perseverar tú. Haz esto y resistirás más fácilmente a tus deseos terrenos; y posiblemente desaparezcan completamente.

Todo esto se realizará particularmente por la oración, la Misa y los sacramentos. Con estos medios alcanzarás el deseo y la capacidad de no querer más que Mi voluntad. Por increíble que esto pueda parecer, después de que hayas orado, inclusive aparentemente sin éxito, sencillamente uniendo tu voluntad a la mía y esforzándote para ser indiferente a los demás sentimientos, encontrarás que es más fácil querer y hacer Mi voluntad.

Así como un niño, por una obediencia perfecta, un amor más grande y fervientes súplicas obtiene favores especiales de sus padres, así tú tendrás conmigo la gracia por una sumisión más perfecta, un amor más grande y una oración ferviente y desinteresada. Sin embargo, no olvides jamás, esta distinción: el niño no cuenta con sus padres para la tendencia a obedecer, a amar

o a pedir; tú por el contrario, dependes enteramente de Mí, pues es la gracia la que primeramente te inspira el deseo de agradarme y, luego, te da los medios para lograrlo actualmente. Te repito, mi otro Yo: Ora, ora bastante.

Cómo orar

“Vosotros, pues, debéis orar así.” (Mt 6, 9).

Como lo hicieron mis discípulos, me pides: Señor enséñanos a orar?

Yo te enseñaré a orar en todo lo que dices, piensas o haces. No te preocupes por los métodos. Abandona tu oración en mis manos. Te daré la forma de orar que más te convenga, cambiándola según tus progresos, la forma que una más firmemente tu voluntad a la mía.

Cuando ores, ten la voluntad de darme totalmente toda tu persona: toda tu atención, toda tu memoria, todo tu amor. Ten la voluntad de no tener ninguna segunda intención. Que logres o no darme toda tu atención y tu memoria, no es importante; la voluntad de llegar a ello es lo fundamental de una auténtica oración.

Ahora déjame decirte cómo debes recitar algunas de las oraciones particularmente queridas de mi corazón.

Cuando recites el rosario o cualquier otra oración ritual no te apresures. Ora calmadamente, meditando, manteniéndote en la paz y serenidad. Muchos de mis amigos despachan el rosario como si fuese en una lengua extranjera, lleno de palabras desusadas y de frases

extraños. No hay palabras como “**tuientes Jesús**”, mi otro Yo.

Cuando dices en el Ave María: “**ruega por nosotros, pecadores**”, no solo pides a mi Madre orar por tí sino en tu lugar. Le pides hacer suya tu oración. Comprende bien: mi Madre ora contigo y por tí, añadiendo lo que falta a tu oración y uniéndola a la suya.

Cuando recitas el rosario, únete a mis misterios. Recuerda que participas en todo lo que te he hecho como si lo hubieras hecho tú mismo. Asóciate a Mí en mi agonía; que se convierta en tu agonía. Que mi flagelación sea la tuya; mi coronación de espinas, la tuya; mi camino cargado con la cruz, el tuyo; mi crucifixión, la tuya. Asóciate a Mí en todos estos misterios identificando tus sufrimientos, mortificaciones, penas y dolores, a los míos, a fin de que nuestro sacrificio sea uno; un solo acto de amor que agrade a la Trinidad.

Unete a Mí igualmente en mi resurrección y ascensión. Así como Yo he glorificado a la Trinidad por estos misterios, tú das igualmente gloria a Dios Trino participando en ellos, haciéndolos tuyos como si los hubieses vivido.

Unete a los Apóstoles recibiendo al Espíritu Santo. Asóciate con mi Madre en la aceptación de los designios de Dios y a su voluntad eterna. Dí con ella: “**He aquí la esclava del Señor; que se haga en Mí según tu voluntad**”. Que su “**fiat**” sea el tuyo. Unete a Ella cuando visita a Isabel por caridad, y su visita se convertirá en la tuya. Unete a María en su coronación y ascensión. Así como Ella ha glorificado a la Trinidad por estos misterios, tú también rendirás gloria a Dios participando en ellos como si los hubieses vivido.

No hagas esto únicamente por tí, sino por todos los hombres. Repara por ellos como Yo reparé por tí. Yo quiero que ayudes a todos los hombres, los vivos y las almas del purgatorio: hazlas participar en tu reparación como si ellas mismas repararan.

Haz todo esto serenamente. Ora sin esfuerzo, calmadamente, no tratando de forzarte para "sentir" lo que sea, sino permaneciendo en el deseo sencillo y apacible de orar con la oración que te permitiré que hagas en ese momento.

Si estás involuntariamente distraído, no te agites, ora más lentamente si así lo deseas. Un solo "Padre nuestro" recitado lentamente y con abandono, es mucho mejor que muchos dichos rápidamente y sin atención. Yo no calculo el número de tus oraciones.

Concéntrate en una palabra o en una frase. Por ejemplo, toma el "Padre nuestro" y medita todo lo que pueda inspirarte la palabra "Padre", la palabra "nuestro" o la palabra "cielo". Igualmente puedes tomar una frase: "Hágase tu voluntad" y penetrar su sentido profundo y oculto.

Si la distracción persiste, une simplemente tu voluntad a la mía en el abandono, la sumisión, la humildad y ofrécame tus distracciones. Dí que prefieres estar distraído, si tal parece ser mi voluntad en ese momento, antes que encontrar regocijo y el más alto grado de concentración y consuelo en la oración.

Une tu abandono y tu oración distraída a mi abandono a la voluntad de mi Padre, al fiat de María, al abandono de los santos y a la de todas las personas santas pasadas, presentes y futuras.

Une tu sumisión a mi sumisión al hacerme hombre y al obedecer con fe a quienes el Padre colocó cerca de Mí en el orden natural.

Une tu humildad a la mía cuando acepté la sentencia de muerte de Pilatos; a mi humildad, cuando llevé la cruz y caí bajo el peso de ella, siendo golpeado, recibiendo patadas, y siendo maldito; a mi humildad cuando fuí conducido a través de las calles de Jerusalén como animal, bajo la mirada de mi Madre; a mi humildad cuando acepté la ayuda de Simón y no oculté mi faz torturada, sino que recibí con agradeci-

miento el socorro de Verónica; a mi humildad cuando fuí desnudado y crucificado.

Cuando ores, sea cualquiera la oración, únete a Mí como una víctima perfectamente obediente y sumisa a la voluntad de mi Padre, perfectamente humilde siendo la persona que El desea que seas, persona con un amor perfecto.



Oración incesante

"Permaneced siempre alegres, Orad sin cesar"
(I Tes 5, 16-17).

Si continúas orando con fe, tu oración se hará más sencilla, confiada, abandonada.

Entenderás más claramente el sentido de mis palabras: "Todo lo que pidáis en Mi nombre, os lo concederé" (Jn 14, 14).

Aprenderás con una viva satisfacción que esto constituye un cheque en blanco sobre el tesoro divino. Presentarás tus peticiones con la confianza amorosa que serán escuchadas ciertamente de la mejor forma y en el mejor momento. Serás perseverante en tu oración, pero jamás testarudo, voluntarioso u obstinado. Me recordarás tus peticiones diciendo: "Señor acuérdate", pero serás importuno.

Podré decir como mi santa Madre cuando ella me encontró en el Templo de Jerusalem: "Hijo mío por qué nos has hecho esto? tu Padre y yo angustiados te buscábamos" (Lc 2, 48). Era una pregunta aceptable para una Madre que no comprendía lo que pasaba.

Tú también, cuando estés desconcertado, puedes decir: "Señor, mi otro Yo, por qué has hecho esto?"

La oración de mi Madre en Caná fue una simple

declaración: "no tienen vino" (Jn 2, 3). Tu oración revestirá igualmente esta forma, a medida que te hagas más y más mi otro Yo: "Señor, no tienen vino", "Señor, te necesitamos". Y entonces, mucho más rápida que el mismo pensamiento será mi respuesta!

Marta y María oraron así: "Señor, tu amigo está enfermo" (Jn 11, 3). Ellas sabían cuánto amaba a Lázaro. Cuando vino a Betania después de la muerte de Lázaro, cuando hacía cuatro días que estaba en el sepulcro, ellas dijeron: "Señor, si hubieses estado aquí, nuestro hermano no habría muerto" (Jn 11, 21).

He aquí la oración de quienes se han convertido en mi otro Yo: una súplica casi sin palabras; la relación de un hecho, llena de amorosa confianza, de humildad y de paciencia, apoyada en la certeza que Yo haré aquello que en realidad mejor convenga.

Te he prometido que te enseñaría cómo orar incansablemente. Esto significa orientar todo lo que piensas, lo que dices y lo que haces. Es unir todos tus pensamientos, palabras y acciones a mi voluntad.

Cómo harás esto?

Comienza tu jornada con oración y ofrécame todo lo que suceda en el día. Toma parte conmigo, si te es posible, en el Santo Sacrificio de la Misa y únete sacramentalmente a Mí en la Santa Comunión.

Resérvate algunos momentos para la meditación cotidiana. En nuestra próxima entrevista, te diré cómo meditar.

Recita el rosario o una parte de él, si te es posible. Y si tienes tiempo, según tu deber de estado, recita una parte del oficio divino.

Haz una lectura espiritual todos los días, sobre todo lee el Evangelio, u otra parte de la Sagrada Escritura.

Pido demasiado? Piensa en todo el tiempo que pierdes en ociosidad, en castillos en el aire, en conversaciones inútiles, en leer los diarios y novelas y en

mirar la televisión. No hay algunos momentos en tus jornadas que podrías emplear mejor en orar?

No podrías recitar una decena del rosario mientras caminas por la calle, conduces el automóvil o realizas ciertas faenas de casa? No puedes pensar en Mí cuando subes o bajas las escaleras, vas de un lugar a otro, cuando vas a contestar al teléfono?

Yo haré tu corazón lo suficientemente libre como para pasar de la oración al trabajo y del trabajo a la oración, como si esto no constituyese más que una sola oración. Ofrécame tu trabajo así como me ofresces tu oración. No me dejes de lado cuando pasas de la oración a las tareas diarias que te he confiado. Yo estoy contigo; estoy dentro de tí, Yo te proporciono continuamente la energía y la inspiración para realizar bien tu trabajo.

Cuando trabajes no olvides de lanzar continuamente una mirada hacia Mí: de pensar serenamente: "hago esto por tí: mi otro Yo". Incluso cuando te mezcles con los demás, puedes aún invocar a menudo mi presencia en tí e intercambiar conmigo una mirada, un pensamiento, una palabra.

Poco importa lo ocupado que estés; toma el tiempo para orar, así no sea más que para una mirada de amor. Este es el mejor empleo que puedes dar a tu tiempo. Los pocos segundos que gastas para elevar tu mente hacia Mí, se ganan rápidamente por una paz más profunda y un rendimiento intelectual más agudo.

Un recogimiento tal te ayudará a preservarte de la precipitación y de la sobreexcitación. Te impedirá estar absorto por los negocios del momento; esto te ayudará a recordar de que Yo no me intereso tanto en el número de tus trabajos cuanto en la forma que los hagas por Mí. Yo no pido otra cosa que verte vivir para Mí, momento a momento, obrando lo mejor posible en una serenidad apacible.

Entonces, pasarás tus días en unión conmigo, oran-

do siempre, glorificando siempre, siendo mi otro Yo en todo lo que pienses, digas o hagas.

Te lo repito: ora, ora intensamente! No me digas que estás demasiado ocupado para elevar tus pensamientos hacia Mí.

Dame parte de tu tiempo y Yo haré más de la mitad de tu trabajo. Dame tus pensamientos e iluminaré tu mente.

Dame tu voluntad y te daré mi paz.

Dame tu amor y llenaré tus días de dicha.

Dame tus oraciones y te abriré los inextinguibles tesoros del cielo.

La Meditación

“Meditaré en todas tus obras” (Sal 76, 13).

Si quieres progresar en la oración, mi otro Yo, es necesario que medites. Meditar es sencillamente tener un pensamiento dirigido a Dios y a las cosas de Dios.

He aquí un medio muy sencillo.

Recuerda que la Trinidad habita en tí y que tú eres mi verdadero otro Yo. Al principio para llegar a ello tendrás necesidad de algunos momentos de reflexión deliberada. Sin embargo, cuanto más se simplifique tu oración, el recuerdo de la presencia de Dios te vendrá más fácilmente a tu mente. Finalmente será habitual. No tendrás más que elevar tu mente por encima de tu ocupación del momento y tu atención se fijará en mí. Te daré la gracia de estar unido conmigo, incluso en medio de tus trabajos.

Al principio de la meditación te puede ayudar hacer cortos actos de adoración, dolor de los pecados

y de petición de mi ayuda. Después de estar colocado de esta manera en mi presencia, lee piadosamente un pasaje del N. T., recuerda una de nuestras entrevistas o lee un autor espiritual que te interese o lee poco. Enseguida habla conmigo de tu lectura: Qué has leído? Cómo se aplica esto a tí? Qué influencia podría tener en tu vida?

Más tarde, posiblemente te des cuenta que te es mejor meditar sin un libro o que puedes hacer tu lectura espiritual como preparación a tu meditación y no como parte de ésta. Sin embargo, al menos al principio, raramente serás capaz de meditar sin tomar un libro o estar preparado de antemano. De otro modo, perderías mucho tiempo en decidir cuál podría ser el tema de tu meditación.

Hay varios métodos que pueden ayudarte a entrar en conversación conmigo. Puedes reflexionar en el “Padre nuestro”, en el “Credo”, en una palabra o una frase, como te decía en nuestra última charla. Puedes hacer llegar a tu mente un acontecimiento de mi vida, haciendo como si asistieses a él, lo vieses y lo oyese. Puedes colocarte en el Calvario, al pie de la Cruz; en el cenáculo, en la última cena; en Belén en mi nacimiento. Puedes imaginarte el cielo. Puedes sumergirte en imaginación en el infierno. Puedes verte en el juicio final, imaginando tu gozo, si puedes mirarme con confianza, o tu desesperación si te condenas tú mismo a la muerte eterna.

Cuando consideres mi pasión y muerte no intentes entristecerte. Los sentimientos forzados no tienen lugar en la oración. Es suficiente si sacas de tus reflexiones y conversaciones conmigo buenas resoluciones y una calma y un amoroso conocimiento de mi amor por tí.

Tus resoluciones deben ser cortas y precisas: hoy seré bondadoso con tal persona cuando la encuentre. Obedeceré alegremente si se me confía tal tarea que detesto particularmente. Sonreiré y diré una palabra

amable a este vecino que me cae mal y cuya presencia rehuyo. Realizaré tal tarea particular que he esquivado y me entregaré a ella conienzuda y calmadamente.

Termina tu meditación pidiéndome que derrame mi gracia sobre tí, que te ayude a crecer en la humildad y en tu unión conmigo y te lleve al abandono total, que te ayude a ser tal como Yo deseo y a verme en los demás, que te transforme plena y totalmente en mi otro Yo.

Finalmente, dime una palabra de agradecimiento por mi ayuda y dirige una oración a mi Madre para que ella te guarde fiel a tus resoluciones.

La meditación te ayudará a permanecer en el recogimiento durante todo el resto del día. Para completar este recogimiento escoge algunos pensamientos densos que puedas recordar frecuentemente. Escoge el que te conviene más:

El abandono a la voluntad de mi Padre.

Ser la persona que Yo deseo.

La Trinidad que habita en tí.

La comprensión de que tú eres mi otro Yo.

La intención de hacer todo por Mí y únicamente por Mí.

La aceptación total del momento presente.

Haz de este pensamiento la nota dominante de tu día; empléalo para llenar los momentos libres entre tus ocupaciones.

Si después de semanas, probablemente de días, un pensamiento se hace rutinario, no dudes en escoger otro. Tú no estás encadenado; puedes libremente variar el combustible de la oración. Sin embargo, Yo no quiero que vagues de un método a otro, ensayando tanto éste como aquel con una angustia febril como si buscaras nuevas emociones y consolaciones; mas tampoco quiero que permanezcas sujeto a un método como a un clavo, temiendo dejarlo en algún caso como si Yo me contrariara por ello. Conserva tu serenidad, tu

libertad de espíritu y tu corazón libre. Después de un rato, podrás volver a tu pensamiento anterior con mayor recogimiento.

Otro medio esencial de preservar tu recogimiento y por lo mismo de orar sin cesar, es la costumbre de la oración jaculatoria. Cien veces al día, o incluso más a menudo, eleva tu espíritu y tu corazón uniéndolos al Padre, al Espíritu Santo y a Mí. Contempla a la Trinidad que habita en tí.

Prostérnate en espíritu al pie de la cruz. Ofrece tus sacrificios y tus gozos al Padre como un Hijo ofrece un ramillete de flores.

Si las circunstancias lo exigen estas pequeñas ofrendas podrán remplazar a varias otras formas de oración. Sin ellas, una vida de recogimiento es casi imposible.

No te desanimes si tus meditaciones son infructuosas y áridas. No intentes dirigir tu atención sobre algún pensamiento particular. Lee un poco, reflexiona calmadamente y habla conmigo. Después lee más y háblame más hasta que se termine el tiempo de la meditación. Sé paciente y perseverante; no te inquietes ni te agites.

En otras ocasiones, mientras lees y meditas, te sentirás movido a hacer actos de amor, de adoración, de agradecimiento, de reparación y de petición.

De este modo debería ser. Esto es lo que Yo deseo. Tu lectura, la meditación, las imaginaciones no son sino medios; el amor es la meta. Deja tu corazón producir estos actos de amor, cuando tú seas movido por él. Con seguridad que no meditas para conocer más solamente, sino para amar más. Sé fiel y Yo te ayudaré para que crezca en tí un amor sin límites.

La Oración mental progresiva

“...El se retiraba en la soledad y oraba”
(Lc 5, 16).

Si perseveras, llegará un tiempo en el que la meditación no te bastará. Experimentarás dificultades. Te sentirás incapaz de reflexionar y razonar orando. Y esto te hará habitual y no simplemente ocasional. Tu mente se fatigará al meditar. Razonar no solo se te hará aburridor sino casi imposible. Te dejarás llevar por simples pensamientos que te inspirarán actos de amor y alabanza. Si intentarás tomar tu antiguo método de meditación o tus conversaciones ordinarias conmigo a propósito de algún misterio de mi vida estarías insatisfecho, tu mente estaría distraída y tu voluntad se vería obligada a regresar a tus actos de amor.

Esto significa que estás presto a progresar en la oración.

Cuando esto se produzca, recuerda que te he dicho cómo proceder. Si no puedes meditar y conversar como has acostumbrado y si te das cuenta de que esto no depende de la fatiga o de la indiferencia, no te fuerces. Abandona tu inteligencia, tu memoria y tu voluntad a mis manos. Quizás puedas llenar el tiempo de tu meditación haciendo actos de amor, de confianza, de acción de gracias y de alabanza. Otras veces, los actos ya no pueden tener interés y solo podían servirte para aquietar la imaginación y refrenar tus distracciones.

Una vez más, en lugar de hacer diferentes actos, puedes sentirte inclinado a repetir sin cesar la misma aspiración: “Dios mío te amo”, “mi Dios y mi todo”, “que se haga tu voluntad”.

Más tarde aún la repetición de estas aspiraciones, puede reducirse. Tú no querrás hablar ya demasiado,

sino únicamente mirar a tu Dios, descansar en Mí, no haciendo ningún otro acto sino solamente permanecer respirando y viviendo esta realidad. Esta sencillez no será adquirida de un día para otro. La rapidez de su crecimiento dependerá de la generosidad de tu abandono. A veces, fácilmente serás capaz de meditar según tu método antiguo, otras veces, no podrás absolutamente nada. Cuando puedas meditar sin fatigarte ni esforzarte, hazlo. Si no puedes deja que tu oración se convierta en simples aspiraciones o un descanso en Mí.

Fuera de la oración podrás reflexionar, razonar y meditar como antes, pero no cuando estés en oración. Cuando tu oración haya pasado al estado de la meditación, serás capaz de hablar de temas de espiritualidad y de estudiar las verdades de la fe como hablas y estudias las matemáticas y las ciencias, pero fuera y no durante la oración. Cuando ores no serás capaz de meditar; y cuando medites, te parecerá no una oración sino un estudio.

Te estás preparando para una oración en la cual no tendrás otra actitud que la de esperar en una dulce pasividad, una profunda quietud, sin hacer esfuerzo para razonar, para imaginar, para comprender, sino amando simplemente a tu Dios con una voluntad apacible.

Te estás preparando para la oración contemplativa. La contemplación, mi otro Yo, no es necesaria para la santidad. Algunos de mis grandes santos jamás han sido contemplativos. Pero la oración contemplativa no está reservada sólo a los religiosos. Concedo este don más a menudo a los religiosos porque ellos más a menudo me entregan más totalmente su inteligencia, su memoria y su imaginación. Mas deseo dar igualmente el don de la contemplación a quienes están en la vida activa de los laicos si únicamente quieren cesar de poner obstáculos a mi acción.

El silencio es una de las disposiciones necesarias para la contemplación; no solamente el silencio exterior sino también la tranquilidad interior que proviene del desprendimiento de las pasiones y de los deseos orgullosos. La persona silenciosa está muerta a los gritos penetrantes del egoísmo.

Aunque este silencio es más fácil de alcanzar en el claustro, es conseguido igualmente por numerosas personas en la vida activa cuando le buscan sinceramente en una vida de oración.

Así pues, si quieres progresar en la oración, disminuye las conversaciones inútiles, las lecturas ligeras, los castillos en el aire, las diversiones mundanas; refrena la preocupación demasiado grande por los negocios, la seguridad y los asuntos de este mundo. De vez en cuando retírate a la soledad.

Esto no significa que debes llevar una vida anormal. Si tu deber te obliga a actividades en la vida de los negocios, haz lo que corresponde a tu deber. No debes convertirte en un excéntrico retirándote de los contactos sociales que son razonables y necesarios.

Importa poco el grado de actividad de tu vida exterior; puedes conservar el "silencio interior" siguiendo las instrucciones que te doy y sirviéndote de la ayuda que te ofrezco.

Te he dicho cómo debes esforzarte para no hacer sino una sola cosa a la vez y ejecutarlas todas por Mí y no por respeto o provecho humano; cómo debes llenar la tarea del momento perfectamente; cómo debes trabajar calmadamente y sin inquietud; cómo debes servirte de oraciones jaculatorias para dirigir tu mente hacia Mí, con una mirada rápida muchas veces al día; cómo debes llenar los momentos libres de tu vida con la oración; cómo debes reservar períodos regulares a la oración y a la lectura espiritual. Durante este tiempo, busca un sitio en el que estés solo conmigo. Busca

la soledad en presencia del Stmo. Sacramento, en tu habitación, en el campo o en la obscuridad.

No te das cuenta de que tu progreso en la oración y tu progreso en la vida espiritual se rigen por los mismos principios? En primer lugar, el deseo ardiente de hacer mi voluntad. Luego, la confianza firme de que Yo velo por tí, te protejo, te guío y vivo en tí. Y en fin, el don de tí mismo sin reserva, sin guardar nada para sí.

He aquí por qué repito tan a menudo que debes buscar, desear, querer únicamente la oración que te inspire en el momento presente. Cualquiera que sea la oración que quiero para tí, debe ser también la que tú quieras.

Ten confianza en Mí, aunque tu oración parezca totalmente vacía, una pérdida de tiempo, e incluso una causa de aburrimiento para tí.

Entrégame tu ser entero en la oración: todos tus pensamientos, todos tus recuerdos, toda tu imaginación y lo más importante, toda tu voluntad.

Ora humildemente reconociendo que por tí mismo no podrías orar absolutamente nada.

Date generosamente, ofreciendo todas tus facultades y capacidades personales.

Ven con confianza, sabiendo que todo lo que hago es perfecto.

Ven amorosamente diciéndome que quieres mi voluntad y únicamente ella.

Ora así y tu oración del momento será perfecta. Ningún Santo sabría orar mejor.

La aridez en la oración

“Mi aliento desfallece, mi corazón dentro de Mí está yerto” (Sal 142, 4).

Hay una cierta similitud, mi otro Yo, entre el crecimiento del amor de dos esposos y el del amor a Mí. Cuando dos amantes se casan experimentan una necesidad irresistible de estar juntos. Quieren olvidar al resto del mundo, mientras repiten una y otra vez sus sentimientos de afecto. Parece, entonces, que ningún sacrificio sea demasiado penoso de aceptar. En un gesto espontáneo e impulsivo, cada uno quisiera dar todo por el otro.

Pero este amor, en gran parte, está en la satisfacción personal de estar en amor con el amor. Cuando se ha realizado un matrimonio bien y con éxito, se desprende de él otro amor que es mucho más profundo y más verdadero. Buscando menos su propia satisfacción que la dicha del cónyuge, el amor se expresa diariamente por mil formas prácticas de sacrificio. Mientras que antes el esposo debía asegurar a su amada que soportaría cualquier sacrificio por ella (y asegurándola se aseguraba a sí mismo), ahora él sabe que realizará verdaderamente lo que antes posiblemente prometía.

Tu amor a Mí se desarrolla de una manera semejante. Cuando te concedo gracias especiales y consolaciones para llamarte más cerca de Mí, puedes estar así desbordado de dicha y apasionado por servirme. Nada te parece demasiado difícil de experimentar: ni la penitencia, ni el ayuno, ni un régimen de oración. Pero llega el momento de probar tu amor. Retiro gradualmente mis consolaciones. Cualquier cosa que hagas, la aridez, la esterilidad y la sequedad en la oración llegan a ser más frecuentes. Es a Mí a quien amas o a

mis consolaciones? Continuarás en la oración cuando los placeres de la oración hayan desaparecido?

En esta aridez, quieres continuar orando como antes, pero te falta la paz y la dicha de los días pasados. Quieres fijar tu atención en Mí, pero no puedes. Entonces, te parece que no oras, que no haces nada, que pierdes tu tiempo. Por ello comienzas a querer hacer otras cosas: hacer “actos de oración forzados” y cuando esto tampoco lleve fruto sensible, quieres volver a la lectura, al estudio o a hablar con alguien. Experimentas así como una viva repugnancia al solo pensamiento de la oración.

No debes permitir que esta sequedad te haga volver a la meditación y a una oración más complicada. Aunque te parezca más fácil leer que esperar, si leyendo te das cuenta de que no “oras”, entonces, no leas. Aunque te parezca posible pensar en mi humanidad y en mi pasión, en tanto que no puedas pensar en ellas orando —no como lo haces simplemente cuando organizas tus pensamientos, que estudias o que preparas en un discurso— no lo hagas. Permanece en tu oración de espera árida. Ofrécemela, dime que la aceptas porque Yo te la envío y que no deseas nada más.

Te estoy probando, mi otro Yo. Quiero ver si oras porque tal es mi voluntad o porque en la oración te sientes “a gusto”, “piadoso” y en “paz”.

Cuando te pruebo así, qué penosa, árida e insípida se convierte tu oración. Cómo te afanas, vacilas y te fatigas porque tienes hambre y sed de Mí!

Quieres contemplar una verdad; quieres cantar mis alabanzas, dar tu acción de gracias, expresar tu amor. Y porque quieres amarme, de tal manera, viendo todo lo que te amo, tu dolor es como el de una herida abierta. Confía en Mí. Es mejor para tí, no cantar ahora, que cantar. Yo formo tu oración. Ten confianza en Mí.

Este es el momento crítico, persevera. Cuando no

tengas otra cosa que tu voluntad árida para ofrecerme y si la ofreces con toda tu dolorosa generosidad, me eres en ese momento inmensamente más querido. Entonces, verdaderamente te ayudo, velando ansiosamente lleno de compasión tu dolor, esperando el momento de recompensarte pronto para aliviar tu sufrimiento cuando parezca demasiado agudo.

Entonces es cuando tienes necesidad de ser paciente en la oración, de contentarte con lo que te doy. Si no puedes pensar, no intentes hacerlo. Si no puedes hablar, no trates de hablar. Puedes descansar constantemente y la oración de quietud en este momento, es exactamente lo que espero de tí.

Estarás tentado de escrutar en tu oración para ver qué y cómo es lo que estás haciendo. Resiste a esta tentación. Renuncia a tí mismo. Mortifica tu inteligencia y tu memoria. Entrégamelas para utilizarlas según mi deseo. Acepta la oración que te doy. No desees nada más. Dime que no desees ni pensamientos ni recuerdos, excepto aquellos que escojo para dártelos.

Si te apercibes de que estás distraído y curioso por saber si oras bien, vuelve con toda sencillez tu atención con dulzura y tranquilidad hacia mi presencia dentro de tí. Qué bien comprendía Francisco mi pensamiento cuando decía: permaneced en la oración y cuando las distracciones te importunen, apártalas dulcemente si puedes; si no, pon la mejor cara que puedas y deja a las moscas que te importunen cuanto quieran mientras vos charlais con tu Dios. El no tiene cuenta de esto. Puedes apartarlas con un gesto calmado y dulce y no con una inquietud y una impaciencia que te trastornen” (Carta de S. Frco. de Sales a Sta. Juana de Chantal).

Y de nuevo: alguien puede permanecer en la presencia de Dios no solamente escuchándole, viéndole, o hablándole sino también esperando para ver si a El le place mirarnos, hablarnos o inspirarnos que le ha-

blemos; o también no haciendo nada de todo esto y permaneciendo sencillamente donde a El le gusta, que estemos, porque a El le place vernos ahí” (tratado del amor de Dios).

Entre las mortificaciones más grandes que puedas ofrecerme se encuentra la pérdida del gozo sensible en presencia de tu Dios, después de haberlo experimentado. Pero esto no es más que la sombra de la mortificación que Yo ofrecí en Getsemaní; allí la incomprendible dicha de la visión beatífica no me impidió el dolor moral ni la agonía de mi naturaleza humana.

Mi otro Yo, tú puedes imitarme ofreciendo a tu Dios la desolación que padeces en la aridez. Puedes igualmente ofrecer la buena voluntad de no gustar de nuevo en esta vida los gozos de mi presencia consoladora, si tal es mi voluntad para contigo.

Un goce anticipado del cielo

“...que vuestra caridad crezca más y más...”
(Fil 1, 9).

En la oración a veces hago contigo, lo que hice con mis Apóstoles que pescaban en Galilea después de mi Resurrección. Pedro y los demás habían pescado toda la noche sin coger nada. Cuando se hizo de día, me vieron en la orilla, pero no me reconocieron. Les pregunté si habían cogido alguna cosa y cuando me respondieron negativamente les dije: “Echad vuestra red a la derecha de la barca” (Jn 21, 6). Obedecieron y la pesca fue enorme, 153 grandes peces. Esto mismo es lo que hago por tí cuando oras. A veces, pruebas orar mucho tiempo “sin coger nada”. Estás desolado. La tristeza, las distracciones y las impaciencias te rodean

por todas partes. Ofréceme, entonces, este sufrimiento diciéndome que no quieres cambiarla o ser liberado de él, mas pídemme que te ayude a aceptarlo. Yo te diré, entonces, cuando estés cansado y distraído: “permanece un poco más todavía. Echa tu red de nuevo”. Y de repente harás una gran cogida.

Esto te sucederá posiblemente ante el Stmo. Sacramento, en la Misa, en tu habitación o en cualquier parte. De repente te das cuenta y dices: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, tú eres también mi hermano. No puedo verte ni sentir tu presencia, pero no la pido; estoy dichoso de vivir únicamente por la fe”.

Con un conocimiento más cierto que si puedes verme, debes saber que estoy en tí, que he establecido mi morada en tí, que vivo dentro de tí.

Llegas a estar como María de Betania, escuchando a mis pies, silencioso, tranquilo, apacible, en reposo; o como Juan reposando sobre mi pecho en la última cena. En ciertos momentos este apacible reposo será tan profundo que tu alma parecerá dormir en la satisfacción y la delicia de la presencia de tu Dios.

Si te llamo a este estado de oración, permanece tranquilo. No obres, no hables, no busques ningún pensamiento.

Durante este sueño de tu alma, tu inteligencia será colmada de luz y de inspiración, de tal manera, que apereibirás verdades que no habías comprendido antes. Puede ser esto una viva comprensión de la bondad de tu Dios, tan penetrante, que sabrás con un profundo conocimiento y convicción de que fuera de Él, todas las cosas y todas las glorias son nada.

Puede ser esto un nuevo conocimiento del amor que debes tenerme. No solo como Dios sino también como hombre.

Puede ser un darse cuenta de repente del apresuramiento con el cual respondo a tus llamadas. Sabes que cuando estás en este estado de oración, todo lo

que me pides te será concedido. De una manera calmada y apacible, no perturbando de ninguna manera tu reposo, puedes posiblemente comenzar a exponerme peticiones no formuladas: que ninguna alma se pierda hoy; que los pecadores se conviertan; que los incrédulos sean iluminados; que sean liberadas las almas del purgatorio; que tu familia sea bendecida especialmente; que los que sufren sean fortificados.

Si te sorprendes con demasiado apresuramiento presentando todas tus peticiones antes que pase este momento de gracia especial, un instante después te puedes dar cuenta de que me río tiernamente de tí y de que te digo: “No te apresures. Yo no te deajo. Vivo en tí. Escucharé siempre tus plegarias como lo estoy haciendo ahora”. Entonces, guiado por una gracia especial, puedes pedirme quizás, también sin palabras, que puedas amarme siempre con todo tu ser y que, con la pequeña flor, quieres ser la víctima de mi amor misericordioso; que el amor con que se inflama mi corazón y que está encerrado allí pueda ser penetrado por la flecha de tus deseos de sufrir por Mí, y que una corriente de amor pueda unir mi corazón divino con tu pobre corazón. Y sobre todo puedes pedirme que en todo aquello que digas, hagas o pienses quieras hacer mi voluntad. Todo esto lo harás intuitivamente; no necesitarás palabras ni pensar demasiado, ni esforzarte. Yo “tocaré”, y tu conocimiento y tu amor crecerán de pronto sin medida.

Sí, mi otro Yo, las gracias místicas transforman poco a poco tu vida, más y más rápidamente hasta el momento en el que te eleve a la gloriosa cima de la unión transformante. Esto no se hará en un instante y sobre todo, no será el fruto de tus propios esfuerzos. En el dominio de la contemplación, Yo hago todo, o casi todo. Tú no haces nada más que entregarme tu voluntad. Se pueden dar éxtasis en los cuales no ves ni conoces nada fuera de Mí.

Cómo seguramente avanzarás, si aceptas y quieres únicamente la oración que Yo te inspire.

Si te concedo este don inapreciable de la oración contemplativa, Yo te lo ruego, no te enorgullezcas. Acuérdate que aquel a quien he dado mucho, se le pedirá mucho. Sé agradecido pero no te apegues a este favor ni a ningún otro favor divino. Permanece siempre dispuesto a poseerlos o a perderlos según mi beneplácito, así sean espirituales o materiales, excepto el don de mi vida de gracia.

No ves cuán importante es que te eleve a esta forma de oración? Este estado en su plenitud te puede conducir aun en medio de tus deberes cotidianos, de manera que mientras te dedicas atentamente a ellos puedes estar habitualmente recogido y atento a tu Dios en lo más profundo de tu alma. Sabrás, que estás haciendo mi voluntad cuando trabajas, y dirigirás todo a Mí, teniendo plena conciencia de que vivo en tí.

No ves en esto, mi otro Yo, una cierta semejanza, aunque infinitamente lejana, de mi perfecta contemplación de la visión beatífica durante mi vida terrena en Palestina?

En todo tiempo contemplaba a la Trinidad, cara a cara, sin dejar de cumplir mi deber. Consciente del hambre, del sufrimiento, el gozo, del dolor, de las necesidades de los demás, enseñando y escuchando, aunque mi alma humana se mantenía continuamente delante de la Trinidad.

Piensa en esto, mi otro Yo, y date cuenta de que si perseveras en la oración y la meditación puedo darte, a mi hora esta gran bendición de avanzar en la oración mística, e incluso la oración de unión, prenda de la visión beatífica que te tengo reservada para toda la eternidad.

Capítulo VIII

LA HUIDA DEL PECADO

Qué es el pecado?

...“Buscad el bien y no el mal”... (Amós 5, 14).

—Sabes lo que es el pecado, mi otro Yo?

—El pecado es el mal y la fuente del mal. Es el mal uso de la vida. El pecado mortal es la expulsión de Dios de tu alma.

He venido a habitar en tí. Para dejarte cómo he ocultado mi majestad tomando un disfraz tan humilde que a menudo olvidas completamente mi grandeza y frecuentemente no te das cuenta de que estoy presente.

Te doy las riquezas más preciosas; te abro posibilidades de gracia infinitas y lo hago tan discretamente que a veces no te das cuenta incluso ni de lo que estás recibiendo. Morando en tí, te ayudo durante toda tu vida en la tierra a prepararte para la gloria eterna.

Estoy siempre presto a hablar contigo. Cuando estás en necesidad, estoy siempre presente, allanando tus senderos, alejando el mal. Y cuando permito que el mal te alcance, te doy, por otra parte, la ayuda necesaria para combatirlo y aún más. No pido ni siquiera una palabra para volar a tu lado; una mirada, una señal de pensamiento basta.

Todo lo que te pido es que me aceptes como tu Rey, no para tener temor servil sino para ser amado.

La casa de tu alma es una choza de arcilla, oscura, sin confort, débil, amenazada siempre de caer hecha añicos. No obstante, Yo viviré allí. Repararé la casa de tu alma. La iluminaré, la amueblaré y la haré gloriosa. Todo lo que pido es tu reconocimiento voluntario de que Yo soy tu Rey. Este reconocimiento es la santidad. Rehúsar conocerme como Rey es el pecado.

El pecado es entonces, el rechazo de tu Rey para ir a una criatura viva e inanimada. No me revelaré en toda mi gloria, aquí en tu casa. Si lo hiciera, no podriás desviarte, pero las criaturas son libres de revelarse en su esplendor seductor y excitante.

Cuando te enamoras de los bienes creados y estás tentado de negarme colocándolos antes que a Mí, te llamo a través de la conciencia: "Mírame; fija tus ojos en Mí y no los quites nunca".

Si la cosa es sin grave consecuencia y tú me dices: "Eres mi Rey, lo reconozco, pero quiero también esta criatura prohibida", es un pecado venial. Me lastimas y pones obstáculos a mi amor por tí, pero no me fuerzas a dejarte.

Pero si dices: "Tú no eres ya mi Rey; escojo ser esclavo de esta criatura"; entonces debo partir. Yo no habitaré allí donde no soy bienvenido. Y entonces tu morada será instantáneamente sumergida en una obscuridad medrosa y el demonio vendrá a instalarse allí.

Tal es el pecado: ordena a tu Dios que salga de tí. Esta es la peor de las tragedias.

Todos los males que afligen al mundo provienen del abuso de la voluntad libre. Nada de lo que he hecho es malo en sí mismo. Yo no puedo crear el mal; lo permito solamente para sacar el bien de él. Rehúsando una voluntad libre a los ángeles y a los hombres hubiera podido impedir que el mal viniera al mundo. Pero el don de una voluntad libre a personas que pue-

den obedecer o desobedecer, es un don más grande que un mundo lleno de criaturas desprovistas de libertad.

Todas las inmundicias provienen de los pecados de los ángeles y de los hombres. El adulterio, el homicidio, el robo, el odio, la malicia, el fraude: todo esto hace a un hombre impuro. Un hombre orgulloso es impuro; de la misma manera un blasfemo o un envidioso son impuros. Ellos han apartado su voluntad del servicio de su Dios. La pureza no solo está relacionada con la piedad sino que es la piedad; pues aquel que es puro ha unido su voluntad a la mía. Indiferente a los deseos terrenos, es puro en su anhelo de que se cumpla mi voluntad. Así pues: "Bienaventurados aquellos que tienen el corazón puro porque ellos verán a Dios".

El pecado ha traído el dolor y la muerte al mundo. El pecado es el campo plantado de pobreza; es la semilla del sufrimiento, de los asesinatos, de la guerra.

Comprendes más claramente ahora lo que es el pecado? Ves que es vandalismo, como la destrucción de una obra maestra, como la destrucción desenfrenada de una pintura célebre, de una estatua única, de un edificio imponente? El pecado introduce microbios de muerte y plantas enfermas en un jardín maravilloso. Siembra la cizaña entre el buen grano destruyendo la cosecha. Intenta manchar con el ácido de la desobediencia, el plan de felicidad diseñado por el Divino Arquitecto.

Jamás piensas en el pecado como un seductor. El pecado es la agonía; es la muerte; el pecado es la causa del infierno.



La fuente de todo mal

...“Aquel que comete el pecado ese es del diablo” (I Jn 3, 8).

Aunque todo el mal sea el resultado del pecado, nade de lo que sucede, bueno o malo, se realiza sin mi licencia. El bien ocurre con mi sonrisa y el mal con mi sufrimiento.

El mal no es ilimitado. Los demonios pregonan su rabia al realizar muchas cosas con malévola ansiedad, pero Yo los retengo. Así como Satán deseó tener a Simón para cribarle como trigo, desea igualmente poseerte. Pero Yo no le dejo ningún poder que supere a tu voluntad.

La libertad de tu voluntad es tan sagrada, mi otro Yo, que ni siquiera Yo la puedo traspasar. Te presiono, te ayudo e influyo en tí por los impulsos que te doy, los ejemplos que te muestro y las personas con las cuales te pongo en contacto. Sin embargo, la decisión final de hacer el bien o el mal debe ser tomada siempre por tí. Eres tú quien escoges entre la obediencia o la desobediencia.

El mal que se me hizo en el Calvario fue permitido por mi Padre. El no obstruiría la libertad de los hombres aunque se trate de un deicidio.

Crees que el sacrificio de la Cruz ha sido exigido por mi Padre en expiación por el pecado? No, pues hubiera sido más que suficiente para Mí haber nacido. No era necesario. que Yo muriese. Sin embargo en la Eterna Sabiduría de mi Padre, era preferible que ofreciese esta gran prueba de amor.

Qué extraña es esta libertad de la voluntad humana!

Como hombre Yo era libre de rehusar la Cruz. Prostrado en el Huerto de los Olivos no estaba obligado a

aceptar el cáliz. María era libre de aceptar o rehusar ser mi Madre. Mi Padre envió su ángel y María aceptó.

Mis enemigos eran libres de pecar o no. No estaban obligados a crucificarme.

Te da todo esto una nueva concepción del gran don de la libertad y del horror del pecado? Los hombres degradados por el pecado me condenan; un hombre debilitado por el pecado permite que Yo muera; envilecidos por el pecado los hombres me flagelaron, me coronaron de espinas y crucificaron.

Mi Pasión y Muerte demostraron lo que sería el mundo si el demonio tuviera dominio. Qué poseían aquellos romanos para entregarse a tan afrentosas crueldades? Qué poseía Pilatos para ser tan cobarde cuando todo lo que había de bueno en él, reclamaba mi liberación?

Por quién estaba poseído Pedro para negarme?

Por quién estaban poseídos mis discípulos para huír de terror y dejarme solo en la noche?

Por quién estaba poseído Judas para venderme por una bolsa de monedas?

He aquí lo que el pecado hace del hombre, hace de él un cobarde y aún un demonio. He aquí cómo el pecado destruye el plan de mi Padre para la felicidad humana.

Consideras al dolor, la muerte, el infierno, como cosas que tu Dios ha inventado para mostrar su autoridad suprema, a la manera que un padre demuestra su autoridad castigando la desobediencia de su hijo?

Lejos de ser simples castigos, son los efectos del pecado, las consecuencias necesarias del pecado en la omnisciencia de tu Dios.

De la misma manera que el fuego te quema si pones la mano en las llamas, así también el pecado trae inevitablemente el dolor y el sufrimiento. Puesto que, únicamente quien es puro puede estar unido a la Trinidad en la gloria eterna; el infierno y el purgatorio se

han hecho necesarios para los impuros: el purgatorio para purificar el alma y hacerla capaz de unirse a Dios; el infierno para aquellos que libremente escogen estar lejos de Mí.

En cierto sentido, el pecado de Adán y Eva ha hecho necesarios el sufrimiento y la muerte, según el plan divino, en la Sabiduría del Padre, son la consecuencia de su caída.

Así como su pecado trajo el sufrimiento y la muerte al mundo, los tuyos atraen el sufrimiento y la muerte no solo a tí sino sobre todos los hombres. Cada pecado es una semilla de miseria, no solo para el pecador, sino también para sus semejantes. Cada pecado quita un poco de dicha en el mundo.

Si el hombre no va solo al cielo, tampoco va solo al infierno.

Así como el cuerpo humano entero sufre cuando un miembro está herido, también todo el Cuerpo Místico, mi Cuerpo, sufre cuando uno de sus miembros peca.

Como el cuerpo humano entero goza cuando todos sus miembros están sanos y gozan de buena salud, así sucede en mi Cuerpo Místico cuando sus miembros hacen el bien y son estimados por mi Padre.

La suerte del mundo, mi otro Yo, depende en parte de tí. La dicha eterna de muchas almas está en parte en tus manos. Está en tu poder, mediante tu libre voluntad, encauzar el mundo hacia un ser mejor o peor.

Tu vida puede contribuir a que este mundo se convierta para muchos en la antesala del cielo o en el vestíbulo del infierno.

Getsemaní

“Entonces comenzaron a escupirle en la cara; otros le dieron puñetazos” (Mt 26, 67).

Si quieres saber qué es el pecado, mi otro Yo, medida en el viernes santo y en la noche precedente. Estas horas fueron tan terribles que mis apóstoles huyeron como pájaros espantados; solo uno de ellos pudo soportar verme morir. Escúchale: te dirá lo que vió.

Soy Juan el discípulo a quien Jesús amaba.

No hay palabras, hermano mío en Cristo para decirte cuán divinos son el amor y los designios inmutables de nuestro Salvador, y cuán humanos, su sufrimiento y su consternación.

Pasó las primeras horas de la noche del jueves santo dándonos a nosotros, sus amigos, su Cuerpo y su Sangre. Nos habló larga y detenidamente diciéndonos que volvía a donde su Padre y que no debíamos tener miedo. Nos advirtió que el mundo nos odiaría y nos perseguiría; pero nos consoló, prometiéndonos enviar el Espíritu Santo dándonos su propia paz y su gozo.

Rogó al Padre por nosotros, para que fuésemos uno. Llamándonos sus amigos, nos dio su mandamiento de amor. Nos aseguró que viviría en nosotros como vivimos en El, guardando sus mandamientos. “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15, 5).

Nos dijo que todo lo que pidiéramos al Padre en su nombre, o todo lo que le pidiéramos a El en su propio nombre, nos sería concedido.

Hizo todo esto con extremo cuidado, repitiendo sin cesar en palabras diferentes, explicando exactamente lo que quería decir a Pedro, Tomás y Felipe, quienes le preguntaron acerca de lo que quería decir. Dejándonos con pesar, retardó la hora de la partida, volvien-

do sin cesar a sus ideas, como diciéndonos: "Comprendéis? Estáis seguros ahora de que entendéis?".

Entonces salimos para ir al Huerto de los Olivos donde fue vencido por la tristeza. Mandó a los ocho que se sentaran mientras El iba a orar más lejos. Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a mí.

"Mi alma está triste de muerte!" nos dijo. "Permaneced aquí y velad" (Mc 14, 34).

Por qué nos llevó a los tres, pidiéndonos que veláramos con El? Es que esperaba de nosotros compasión y aliento? Si fue por esto, cuánto le decepcionamos!

Alejándose un poco, aunque al alcance de nuestra vista, se arrodilló con el rostro en tierra orando: "Padre, todo te es posible; aleja de Mí esta copa! pero no lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres!" (Mc. '4, 36). Oró así algún tiempo.

Después levantándose, vino hacia nosotros y nos encontró dormidos. Nosotros no queríamos dormir; tratamos de velar con El, pero una profunda tristeza y un gran temor nos había invadido con un cansancio tal que no pudimos resistir.

El dijo amablemente a Pedro: "Simón, duermes? No puedes velar una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación". Y entonces añadió estas palabras para mostrarnos cuánto conocía la debilidad humana: "El espíritu está pronto pero la carne es débil" (Mc 14, 37-38). Y esto es muy cierto! Nosotros no dormíamos porque queríamos, sino porque éramos demasiado débiles.

Volvió de nuevo a orar, rostro en tierra. "Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que Yo la beba, hágase tu voluntad" (Mt 26, 42).

Algún tiempo después, volvió por segunda vez; nos despertamos y vimos que nos observaba, pero no sabíamos qué decirle. Continuó su oración sin una palabra de queja.

Un ángel del cielo vino a confortarle pues había entrado en agonía. En cuanto oraba más ardentemente su sudor caía como gruesas gotas de sangre. Y esto lo vimos a la luz radiante de la luna de primavera.

Por qué volvía tan a menudo hacia nosotros durante su oración? En parte porque los pecados del mundo pusieron un peso muy grande en su corazón. Buscaba compasión y ánimo de alguien, pero no lo recibía de nadie y entonces volvía a su soledad a luchar contra el terror.

Volvió también porque, a pesar de su aflicción se inquietaba mucho por la tentación que nos acechaba y de nuestra necesidad de ser fortalecidos. Pedro le negaría pronto y por eso le apremió para orar. Qué lección esta para nosotros, la recordáramos los años siguientes! Sabiendo que Pedro iba a caer y que Pedro no estaba obligado a pecar; sabiendo que podía obtener el valor necesario mediante la oración y que en vez de esto dormía todo el tiempo. Jesús le apremia a orar.

Qué sublime es que Jesús haya podido pensar en nosotros incluso durante su propia agonía!

Qué emocionante es que nos haya hecho una excusa: "El espíritu está pronto pero la carne es débil!" (Mc 14, 38).

Qué humano fue El en su dolor; qué divino en su amor!

La traición

"...Uno de vosotros me traicionará" (Jn. 12, 21).

Después de su prueba en el Huerto de los Olivos, habiendo obtenido la victoria; calmado y sereno pero terriblemente grave, enjugó las gotas de sangre de su

frente, se levantó y salió al encuentro de sus enemigos.

Judas se acercaba. Con él había tomado soldados y siervos armados de cuchillos, espadas y palos; algunos llevaban antorchas. Esta vez querían estar seguros de prenderlo. No tenían necesidad de inquietarse. Jesús lo quería. El estaba listo.

Judas se apartó de la muchedumbre. Jesús se paró delante de nosotros. En verdad, su sola presencia nos impedía huir.

Qué pensaba Judas al contemplar a Cristo, observar su rostro tan pálido, extenuado, profundamente marcado por la lucha?

Posiblemente se dijo: "Yo no puedo hacer esto. No puedo traicionar a mi íntimo amigo, mi compañero, mi maestro"; o bien: "Debo acabar esto... He aceptado su dinero... Me vigilan... Me matarán si les juego en falso... Y de todas formas le tendrán".

Judas era un cobarde. Besó a Jesús... como tú irías hacia alguien que estrecha tu mano en un gesto de amistad, él besó a Jesús.

Y Jesús le dijo: "Amigo cumple la tarea" (Mt 26, 50).

Judas comprendió lo que El quería decir: "Por qué haces esto?"

Judas, tú traicionas al Hijo del Hombre con un beso?" (Lc 22, 4-8). Es esta tu amistad, tú que has sido mi compañero?

No ves cómo Jesús derrama la gracia sobre Judas, cómo procura fortalecerlo y salvarlo? Este era para Judas el momento de volverse hacia la muchedumbre, lanzarle el dinero a la cara y después buscar su apoyo al lado de su Maestro. Posiblemente era demasiado tarde para salvar a Cristo pero no para la salvación de Judas. Desgraciadamente Judas era un cobarde.

Cuando besó a Jesús y oyó la dulce y vibrante voz que le llamaba "amigo", qué pensamientos cruzaron por su mente?

Su corazón cesó de latir cuando le llegaron las primeras angustias del remordimiento?

Jesús se adelantó unos pasos y dijo a los soldados: "A quién buscáis?"

"A Jesús de Nazaret", le respondieron.

—Yo soy! Había una fuerza en su obrar que les provocó confusión tal que todos los que estaban ante El, cayeron de espaldas y, uno sobre otro instantáneamente cayeron en tierra.

Repitió la pregunta y cuando ellos respondieron: "A Jesús de Nazaret", les dijo: "Ya os he dicho que soy Yo. Si, pues, es a Mí a quien buscáis, dejad partir a estos" (Jn 18, 4-8).

Entonces Pedro desenvainó su espada y golpeó al adversario más cercano. Es fácil pensar que esta situación es como la parte de un juego; pero es algo muy distinto. Pedro golpeó fuertemente, golpeó para darle muerte al adversario. Su golpe iba dirigido contra Malco, el siervo del sumo sacerdote y al esquivar el golpe fue herido en la cabeza, quitándole la oreja derecha.

Malco gritó; los soldados avanzaron Pedro con la espada levantada los esperaba.

Pero Jesús detuvo en seguida la violencia. Hizo que Pedro envainara su espada. Se acercó a Malco, le tocó la oreja y le curó instantáneamente.

Con este milagro, Jesús ofreció a Judas una nueva ocasión de convertirse y no solo a él sino también a todos sus enemigos.

Algunos de ellos, sin duda, titubearon hasta que, empujados por Satán, sus jefes lo prendieron.

Animados por su docilidad, le ataron de manera segura.

Y nosotros, sus discípulos, no hicimos nada. La mayor parte de nosotros huyó en este momento.

La flagelación

"Ha sido molido a causa de nuestros pecados" (Is 53, 5).

No quería que nosotros peleásemos para salvarle; por eso dijo a Pedro que guardara su espada en la vaina.

Sin embargo, al menos habríamos podido seguirle para probarle que nuestra fidelidad era más grande que nuestro miedo. El espíritu está pronto, pero la carne es débil.

"Ellos le abandonaron".

Recogiendo el poco valor que nos quedaba, Pedro y yo seguimos al gentío, a distancia segura, hasta el palacio de Anás y de Caifás. Como mi familia y yo éramos conocidos de Anás y de su casa, me dejaron entrar en el patio, mientras que Pedro se quedó afuera.

Anás preguntó al Señor sobre sus enseñanza y sus discípulos. Cuando Jesús le dijo: "He hablado abiertamente... pregunta a quienes me han oído" (Jn 18, 20-21); un siervo le dió entonces una bofetada.

Era éste el primer golpe que recibía durante esta horrible noche. Lo golpearon a menudo; la cara manchada de esputos, cegado y abofeteado, fue invitado a profetizar quién era el que le había pegado. El permanecía en silencio. Golpes violentos hicieron oscilar su cabeza de lado a lado. Cuánto debía sufrir! Qué náuseas debían sacudirle!

Le atormentaron toda la noche. Y por la mañana, después de haberle condenado, le condujeron a Pilatos. Tú sabes cómo Pilatos intentó liberarle enviándole, primeramente a Herodes, después, mediante la costumbre pascual, pero la muchedumbre prefirió a Barrabás el ladrón y asesino. Pilatos le hizo flagelar, esperando que esto satisfaría al populacho.

Tú no sabes lo que es una flagelación. Lo desnudaron y lo ataron a una columna de forma que difícilmente se moviera para que cada latigazo se descargara sobre El fuertemente.

Lo azotaron con látigos hechos con correas de cuero provistas de trozos de plomo o hueso en sus extremidades, cuyas puntas cortaron la carne.

Los golpes caían regularmente, uno, dos, tres, cuatro, cinco. Los primeros golpes trazaron grandes señales rojas; los siguientes rompieron la piel y la sangre empezó a brotar. Pronto la carne colgaba en trizas. Con la sangre caían pedazos de piel y de carne.

A cada golpe las correas se enroscaban alrededor de su cuerpo dejando señales más y más profundas. Aunque el pobre cuerpo se retorció y doblegaba los tac! tac! tac! de la flagelación continuaban inflexiblemente.

Jesús no decía una sola palabra.

Los verdugos apretaban los dientes. Querían forzarle a gritar, a pedir clemencia, a suplicar, a blasfemar. No querían que permaneciera callado.

Ahora la sangre fluye por cien o más heridas, salpicando a los verdugos, a quienes observaban, la columna, la tierra; se iba apozando a los pies de la víctima.

No se detuvieron sino hasta que Jesús apenas fue capaz de tenerse en sus piernas, cuando el vértigo, las náuseas y la debilidad le hicieron deslizarse sin fuerzas contra la columna, sostenido únicamente por sus muñecas atadas. No debían matarle. Pilatos no lo había sentenciado a la muerte.

Pero no habían terminado. Se acordaron que este hombre había dicho que era rey. Su cuerpo había sido desgarrado por los golpes; querían ver cómo su espíritu podía ser atormentado con las burlas.

Le cubrieron con un manto rojo que colocaron sobre sus hombros, le colocaron de pie contra la colum-

na y colocaron una caña en sus manos a guisa de cetro. Hacía falta una corona!

Uno de ellos tejió en corona algunas plantas espinosas conservadas allí para hacer fuego. Las espinas eran duras, largas y aceradas. Colocaron esta corona en su cabeza, la apretaron y golpearon duramente hacia abajo. Las espinas atravesaron el cuero cabelludo y traspasaron su frente.

Entonces comenzaron burlas satánicas. Uno a uno, los soldados que habían sido invitados a participar en esta farsa, vinieron a inclinarse delante del Señor para burlarse de El con sus burlescos homenajes.

Arrebatándole el cetro, lo golpearon en la cara y en la cabeza. La sangre corrió de nuevo por su frente, alrededor de sus cejas, por sus mejillas y se extendió por su barba.

En fin, cansados de este juego, le enviaron a Pilatos quien se espantó por su aspecto lamentable. "Mirad ahora", dijo "he aquí al hombre"! (Jn 19, 4-5).

Un hombre, en verdad! Era verdaderamente un hombre esta creatura, este gusano de la tierra?

Sí, era un hombre, era la víctima de los hombres, y este era Dios.

Y esto es el PECADO!

Te preguntas, cómo los hombres pueden llegar a hacer cosas tan diabólicas?

Tú podrías hacer otro tanto. Sí, en tanto que nosotros estemos en la tierra, tenemos esta posibilidad.

Entregados al pecado, podemos todos cometer estos horrores que hoy nos avergüenzan y nos turban hasta lo más profundo de nuestro ser con solo pensarlo.

He aquí lo que el pecado hace del hombre, poco a poco hasta que su obra de destrucción no está completa, hasta que por su propia voluntad, libremente ellos escogen el infierno.

El camino de la cruz

... "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"... (Jn 13, 1).

Las palabras de Juan, te impresionan, mi otro Yo, cuando te hace el relato de la realización de la tragedia del pecado?

Puedes soportar estar aún más impresionado? Puedes sufrir viéndome llevar mi cruz y luego pender de ella, a través de los ojos de mi Madre?

Cuán destrozado estaba su corazón! Piensa cuánto te lastimarias si vieras a tu hijo o a tu hermana, a tu cónyuge, a tu padre o a tu madre, sufriendo lo que Yo he padecido.

Cuánto gritarías de tristeza ante el cuerpo sangriento y despedazado; cómo te retorcerías en agonía, al ver las brutales caídas sobre las piedras ásperas; cómo te avergonzarías al contemplar su cara torturada; cuánto gritarías al oír los golpes del martillo sobre los clavos; cuánto se esforzaría tu espíritu atormentado para salirse de tu cuerpo, al ver el pobre cuerpo en el patíbulo!

Puedes soportar esta angustia?

No tenía que ser María una persona preservada integralmente en su Inmaculada Concepción, para ser testigo de mi Pasión sin volverse loca?

Escucha a María mi madre y tu madre, es ella la que continuará ahora el relato de mi Pasión para que puedas comprender aún mejor lo que es el pecado.

Hijo mío, entre las duras penas, mi Hijo, tuvo que soportar el darse cuenta de mi tristeza, yo lo ví morir y espiritualmente morí con El. Asistí a su martirio; el vivió el mío. Si mi dolor era inconcebible, el suyo lo era mucho más.

Cuando le condujeron para crucificarle, le arrancaron el manto de púrpura que le habían puesto para reírse de El, de suerte que sus heridas se reabrieron y la sangre comenzó a brotar de nuevo.

Le pusieron su propia túnica, aquella que yo le había hecho, la cual fue inmediatamente teñida por su propia sangre.

Trajeron un pesado madero que cargaron sobre sus hombros destrozados y magullados. El vaciló bajo el peso y se dispuso a seguir a los soldados con pasos débiles e inciertos.

Aunque el Gólgota no está lejos, me pareció una eternidad. La calle era áspera y empedrada. El balanceo del madero sobre su hombro hacía brotar la sangre continuamente de su cabeza coronada de espinas. Cegado por la sangre veía con dificultad dónde poner el pie. Tropezó en una piedra, perdió el equilibrio y cayó.

La madera se vino pesadamente sobre su hombro y su cuello, hundiendo más profundamente las espinas en la cabeza que yo arrullé contra mi seno. Su delicado cabello fue empapado y desgredado por el lodo sangriento; su cabello que yo peiné y cuidé tan tiernamente cuando era mi hijito.

Los soldados le ayudaron a levantarse; el cordero de nuevo iba presto hacia el matadero.

Sus rodillas y sus piernas estaban destrozadas; sus miembros fuertes y bien dispuestos que el sol doró cuando años atrás corría alegremente en sus juegos de muchacho, ahora están lligados y abiertos.

A cada paso el pesado madero era acomodado un poco en su hombro magullado. La cruda herida se agrandaba, el surco se hacía más y más profundo. Has ensayado tú a trasportar un tablón por un camino escabroso, aunque no descanses sobre una herida abierta?

Caía sin cesar debido a la debilidad. Cada vez el

madero le aplastaba más cruelmente contra el pavimento.

Te has dado cuenta de la manera como el madero lacera con fuerza la mano que lo sostiene? Esta es la mano que acarició mi cara; la manecita que yo acostumbraba a besar; la mano del joven que preparaba la madera a José, que curó la enfermedad y la invalidez; la mano sacerdotal que bendijo a su pueblo.

Totalmente exhausto, no podía ya llevar su instrumento de suplicio. Los soldados pensaban que seguramente iba a morir si no le ayudaban. Ellos no entendían nada! El morirá cuando el sacrificio esté consumado. Morirá cuando llegue su hora. Solo El puede ofrecer su vida, solo El puede ponerle término; nadie se la puede quitar.

No obstante, los soldados encuentran a alguien para ayudarle: Simón. Yo sé que aceptó este socorro agradecido y que lo colmó de bendiciones por este favor. Yo bendije también a Simón. Aquel que había ayudado a tanta gente durante su vida fue ayudado a su vez en sus últimas horas.

Hemos llegado al Gólgota. Ya te he dicho que no es lejos. Jesús, mi Hijo, ha llevado su cruz al lugar de la ejecución. El sacrificio, el rescate, la misa, está a punto de ser ofrecido. Mi Hijo va a morir para que mis otros hijos puedan vivir.

La crucifixión

“Padre, perdónales...” (Lc 23, 34).

Tu Dios se tiene en sus piernas vacilantes, esperando...

Su cabeza estaba inclinada. Su fuerza ha desaparecido. Solo permanece su voluntad indomable.

Quitaron el madero a Simón y le extendieron en el suelo.

Ha comenzado el último acto. Ellos le quitan sus vestidos. Su túnica estaba pegada a las espaldas, a los hombros, a las caderas y a las piernas, a los brazos e incluso al pecho. Estaba adherida a las llagas vivas con la sangre coagulada.

Cuando le quitaron su vestido cada herida se abrió de nuevo. Trozos de carne fueron arrancados de su cuerpo. Los médicos han escrito acerca de cómo debió sufrir El la agonía, de los violentos espasmos que debieron atormentar su cuerpo, el cual milagrosamente no se desmayó a causa de las afrentas y del sufrimiento.

Qué se van a imaginar! Yo lo estoy viendo con mis ojos!

Sus verdugos lo extendieron en la cruz, estiraron sus brazos y señalaron el lugar de los clavos.

Tomaron su mano y tiraron de ella fuertemente. El clavo fue colocado en su muñeca; el primer golpe de martillo cayó y le hundió en su carne. Ellos actuaban rápido. Sí, hijo mío, muchos médicos, al escribir sobre esto han dicho cómo el pulgar con un movimiento espasmódico chocó contra la palma de su mano. Ellos saben lo que esto significa: ha sido tocado el gran nervio central de la muñeca. Una indescriptible sensación de dolor invadió todo su brazo, quemando como fuego, hasta el cerebro. El nervio no fue cortado sino únicamente herido, de suerte que puesto al descubierto permaneció presionado contra el clavo permitiendo a esta agonía intolerable, repetirse incesantemente a cada instante, al más ligero movimiento; y esto durante tres horas.

Los médicos han escrito acerca de aquello que han imaginado. No lo soportarías si te hablara acerca de lo que he visto con mis ojos.

Te lo diré, sin embargo. Es horrible este tormento físico; pero la agonía mental es peor aún; se halla en el salmo que pronunció, un poco después, en el salmo

de desolación: "Dios mío, Dios mío, por qué me abandonas?" (Lc 15, 34).

No sé nada acerca de los centros nerviosos; pero sí sé lo que es la agonía: sufrimiento indescriptible! tormento convulsivo!

Si pudieras ver cómo se doblega su cuerpo, cómo se rasgan sus muñecas taladradas, cómo se desploma su cabeza hacia adelante!

Sus rodillas están plegadas de tal manera que sus pies están fijos, clavados contra el madero.

Debo terminar? No te parece que has visto y oído suficiente?

Debo decirte cómo durante horas permaneció suspendido entre cielo y tierra, privado de respeto, de confianza, habiendo perdido a sus apóstoles, casi sin amigos, sintiéndose tan terriblemente solo?

Ves los enormes clavos que traspasan sus muñecas y sus pies? Te das cuenta de las innumerables laceraciones de sus rodillas, la gran herida de su hombro, la corona de espinas que hiere su cabeza, sus labios y narices hinchados? Ves a las moscas que se posan en sus llagas? Qué pesadamente vuelve la cabeza de un lado a otro, como si tuviera que mover un gran peso poco a poco, con un gran esfuerzo.

Ora: "Padre, perdónales..." (Lc 23, 34).

El perdonó también: "En verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 43).

Hizo su testamento: "Mujer, he aquí a tu hijo" y dirigiéndose hacia Juan: "He aquí a tu madre" (Jn 19, 26-27).

Desde ese momento eres mi hijo; yo soy tu madre.

El me observaba. Siempre había fijado sus ojos en mí durante treinta o más años, pero nunca lo había hecho tan tiernamente.

No pienses que sus palabras eran fáciles. Cada vez que hablaba debía incorporarse y tomar aire para respirar y para hablar. Hacía esfuerzos con sus muñecas

traspasadas y sus pies contra los clavos, después se incorporaba con lo cual renovaba el dolor ardiente, avivando toda la agonía.

Nota cómo, aún en su tormento, sus palabras, sus pensamientos, sus oraciones son en primer lugar para los demás. Solo después de haber oído sus oraciones, formuladas o no, fue cuando dijo: "Por qué me has abandonado?" (Mc 15, 34) y "Tengo sed" (Jn 19, 28).

Ahora se incorpora una última vez. En un gran grito proclamó su triunfo: "Todo está consumado" (Mc 15, 34). "Padre en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23, 46).

El sacrificio —la redención— la misa está realizado.

Estoy dichosa de tener en mis brazos su cuerpo sin vida. Ha sufrido, pero ya no sufrirá nunca más.

Ha sufrido por amor de su Padre. Por El fue suspendido en la cruz. Por El dió su vida: para alabar al Padre, para glorificar al Padre; para conquistar a los hombres para su Padre.

Ofreció a su Padre la sumisión completa de la voluntad humana que los hombres han rehusado. Satisfito a la justicia divina devolviendo exactamente al Todopoderoso lo que los hombres le habían robado.

Hijo mío entrégate a El; abre tu corazón a su amor; une tu voluntad a la suya para que en el mundo entero no haya más que una sola voluntad, un solo amor: el amor y la voluntad del Cristo amante.

Las lecciones de la Pasión

"...Regocijaos en la medida en la que participáis en los sufrimientos de Cristo" (I Pe 4, 13).

Mi otro Yo: Quisiera que guardaras tres lecciones de mi Pasión y Muerte.

La primera es el horror y la tragedia del pecado.

Fue el pecado el que trajo al mundo la brutalidad, la tortura, el salvajismo, el odio que alcanza su punto culminante en mi crucifixión. El pecado ha desencadenado el mal. El pecado ha desatado la muerte.

Como todos los hombres, tú tienes el temible poder de retener tu voluntad lejos de Mí. Cómo te podría gustar que la persona a quien quieres más en el mundo se apartara de tí para escoger una vida de miseria?

Tal es mi sensación cuando una persona me rechaza, prefiriendo la miseria a la dicha completa y a una riqueza como no es dado al espíritu humano concebir.

Entonces es cuando digo como dije a Jerusalén: "Cuantas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas! pero tú no lo has querido!" (Lc 13, 34).

La segunda lección es el saber conformar tu vida a la voluntad divina en un mundo de pecado. Mi Padre quiere que el hombre sea libre. Aunque la libertad humana pervertida por el pecado me haya conducido a sufrimientos horribles, les he aceptado. Adán rehusó conformarse a la voluntad divina en un asunto que ponía a prueba solo su orgullo. El Hijo del Hombre se conformó a la voluntad divina en una prueba que le costaba la vida. Haz lo mismo. Jamás reniegues de tu Dios, mi otro Yo, por todo lo que te suceda a causa de los pecados de los hombres.

Mis verdugos me martirizaron abusando del poder que Yo les había dado. Fuí Yo quien les hizo capaces de utilizar el martillo. Por sí mismos nada podían haber hecho. Esto, no te da otra visión de la humildad con la cual debes aceptar la voluntad del Padre y del abandono con el cual debes procurar cumplir las tareas que El te ha confiado?

La tercera lección es que tú puedes soportar todos los asaltos del mal, si te entregas a Mí con confianza. Así fue como los santos fueron capaces de padecer el martirio. Así es como tú también podrás someterte a él, si tal es la voluntad divina respecto a tí.

El sufrimiento es necesario para conducir al alma y al cuerpo a la sumisión. Tú debes ser el dueño de tus pasiones, de lo contrario serás su esclavo. Bien soportado, el sufrimiento te ayudará a ser libre.

Te he dado el ejemplo sufriendo todos los tormentos imaginables; la tortura de cada miembro, de cada coyuntura; la tortura de las espaldas y de la cabeza; la agonía mental anticipada, pues conocía los sufrimientos venideros, sabía el día y la hora; agonía mental de tristeza ante la traición de uno de mis amigos; de repugnancia, ante los esputos sobre Mí; de vergüenza al ser expuesto obscenamente; de desamparo al ser abandonado en la cruz. Agonía mental hasta el extremo, ante mi Madre que observaba mi martirio.

Todos los dolores fueron míos, mi otro Yo. De igual modo que Yo los superé todos, te prometo que tú también podrás superarlos y levantarte con un nuevo dominio de tus pasiones y reencontrar algo de la integridad que la humanidad ha perdido por el primer pecado del hombre.

Medita estas lecciones y comprende bien ésto.

Aunque fui sumergido en un dolor sin límite, hasta el punto de hacerme pedir a mi Padre que alejara de Mí ese cáliz, me quedaba aún una dulce consolación: el pensamiento de mi Madre, de mis santos, y el tuyo. Tú me comprenderías; me serías fiel; me amarías tanto como me odiaban aquellos; irías a seguirme tanto más estrechamente cuanto mis discípulos me abandonaron; velarías y orarías tanto más cuanto mis tres discípulos elegidos dormían en el huerto. Tú vendrías a Mí muy a menudo en el sacramento de mi amor; vivirías por Mí y en Mí; serías conmigo la víctima del Padre; unirías tu vida a mi Calvario en una sola misa gloriosamente redentora y reparadora.

Entonces, mi otro Yo, me consolaba!

Sabiendo esto, puedes fallarme? Podrás pecar deliberadamente de nuevo?

Capítulo IX

LA MISA Y LA EUCARISTIA

La Misa

“Cristo que nos amó se entregó por nosotros ofreciéndose a Dios...” (Ef. 5, 2).

Antes de mi agonía en Getsemaní, dije a mi Padre: “No te ruego solo por ellos —mis apóstoles— sino también por aquellos que gracias a su palabra, creerán en Mí” (Jn. 17, 20).

En la cruz oró de nuevo: “Padre, perdónalos...”. Y tú estabas en mi pensamiento.

Yo pienso en tí aún y oro por tí, exactamente en el mismo sentido, con ocasión de cada sacrificio de la misa.

Tu Dios ora por tí!

Qué más deseas?

La misa, mi otro yo, es un acto de adoración perfecta. Antes de mi venida a la tierra, ni un hombre, ni una mujer podía ofrecer a la Trinidad un culto perfecto. Ahora tú puedes elevar un homenaje perfecto cada vez que se ofrece la misa.

En qué consiste este acto de adoración perfecta? Es la renovación de mi sacrificio del Calvario. Piensa en todo lo que te he dicho de mi Pasión. Revisa mi agonía en Getsemaní; recuerda el profundo desprecio con el que mis creaturas me escupían en la cara; deja temblar a tu carne bajo los azotes y a tu cabeza manar copiosa sangre a través de las heridas hechas por las espinas, lleva la pesada cruz a través de las ordas desen-

cadenadas; déjate clavar encima de ella y suspender-te hasta el momento en el que la muerte misericordiosa ponga fin a tus dolores.

Tal es la misa!

Sin embargo, la misa es mucho más que esto. Otros hombres han sido crucificados y sus cruces no fueron altares de donde subía una adoración perfecta, su muerte no era la misa.

La misa es mucho más que el sufrimiento. Consiste esencialmente en la unión de la voluntad humana del Hombre Dios a la voluntad divina de su Padre. Sin la ofrenda de mi voluntad hubiera podido estar siempre suspendido en la cruz sin que hubiese habido ni adoración perfecta, ni redención de la humanidad, ni misa.

La misa es la ofrenda completa de mi voluntad a mi Padre hasta la muerte. Es el don de mi vida entera, con la cruz como punto culminante. El Calvario fue el acto supremo de sacrificio a causa de los tormentos que soporté en él, a causa del amor con el que los sufría y porque aquel que se ofrecía era el mismo Dios. Esta ofrenda de amor, esta suprema adoración la renuevo de una forma incruenta cada vez que se celebra la misa.

Comienzas a aprender ahora un poco mejor, como la misa glorifica a Dios de manera perfecta? En el altar Yo mismo ofrezco a mi Padre a través del sacerdote, la misma adoración, la misma reparación, las mismas acciones de gracias, las mismas peticiones y el mismo amor que le dí en la cruz.

Me abandono enteramente a su voluntad. Puesto que, como hombre, soy el punto culminante de la creación, la más perfecta de las creaturas, la humanidad introducida en la Trinidad misma, y puesto que uno enteramente mi voluntad a la suya, doy testimonio de que Dios es el Dueño supremo y que toda la creación le está totalmente sometida: Tal es la adoración.

Me ofrezco en reparación por todas las faltas de la humanidad por mi entera sumisión a la voluntad de mi Padre y a lo que El permite, sumisión que comprende pues, no solamente decretos, sino también lo que El permite que ocurra, satisfago por todas las rebeldías de los hombres: ésta es la reparación.

Me doy a mi Padre para alabarle como al gran Benefactor de la humanidad y la alabanza que ofrezco vale todos los dones que El ha repartido: tal es la acción de gracias.

Me ofrezco en súplica diciendo una vez más: Padre, perdónales, y no solamente conoce tu perdón sino que derrama sobre ellos raudales de gracia para que ellos puedan arrepentirse verdaderamente de sus ofensas, y que sus pecados sean borrados y que las almas se vuelvan blancas como la nieve". Lo suplico por ti: Pido a mi Padre que acepte mi ofrenda como si fuese tuya, mi Sangre como la tuya; mi cuerpo como el tuyo; mi eterna voluntad como la tuya; pido que mi reparación, mi adoración, mis alabanzas, mis peticiones, y mi amor te sean aplicadas como si fuesen las tuyas.

En la cruz y en la misa, mi boca se hace tuya y por ella tu alabas al Padre. Mis manos atravesadas por los clavos se hacen las tuyas y con ellas sirves al Padre. Mis pies, clavados en la cruz, se hacen los tuyos y con ellos caminas en las vías del Padre. Mi corazón, abierto por la lanza, se hace el tuyo y a través de él, silenciosamente, haces pasar tu amor al Padre. Mis pensamientos, siempre orientados nada menos que hacia todo tu ser.

Mi otro yo, tu participas en la misa. Participas igualmente en mi trabajo.

Así como Yo llevé en mis espaldas, no solo la cruz sino los pecados del mundo entero, tu también, en la medida que Yo te lo permita, llevas los pecados de la humanidad, de ayer, la presente y la futura.

Tu, también, tienes el poder de comprar la sal-

vacación del mundo. Estás encargado también del rescate de los hombres. Adoras por los que no adoran, por los que adoran rara vez, por quienes adoran con indiferencia. Tributas acciones de gracias por los demás; agradecimiento, amor, reparación y súplica.

Cuanto depende de ti! Cuantos pecadores, incrédulos, impíos e indiferentes tienen necesidad de la gracia de tus misas! Cuántas almas del purgatorio reclaman tu ayuda! Tienes entre las manos la posibilidad de proporcionar fuerza espiritual a toda la Iglesia. Aunque tú mismo seas indigente, todo lo que poseo es tuyo. Una misa ofrecida devotamente en unión total y perfecta a mi voluntad puede hacer más de lo que se necesita.

Una misa tal hace más por la paz y la felicidad de la tierra que todas las conferencias de todos los jefes del mundo desde el comienzo de los tiempos.

Mi otro Yo, ama a la misa, pues es ella que trae salvación al mundo.

Ofrece la misa

“Santo, santo, santo, es el Señor Dios del Universo” (Is. 6, 3).

Deseas saber cual es la mejor forma de unirte a Mi para ofrecer esta adoración perfecta?

En primer lugar, une tu intención a la de mi Iglesia por la voluntad de participar cada día en todas las misas que se ofrecen en el mundo. Después asiste a la misa lo más a menudo que permita tu deber.

Ofrece la misa en unión con el sacerdote tan estrechamente como sea posible. Date cuenta de lo que haces. Imita a la víctima que ofreces. Que mis disposicio-

nes sean las tuyas; sé humilde; sé confiado, sé amante.

Las primeras partes de la misa, la confesión y el Kyrie expresan tu dolor por el pecado.

El Gloria te proporciona la ocasión de adorar, de agradecer y bendecir a la Trinidad.

En la oración de la asamblea, presentas tu súplica para obtener la ayuda necesaria para vivir mi vida.

Esta preparación te permite pasar al momento solemne y feliz del ofertorio. El sacerdote ora: “Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, recibe esta hostia sin mancha...” y eleva hacia el cielo la patena que contiene la hostia. Este trozo de pan redondo, tan ligero, tan poco imponente me representa; pronto se convertirá en mí.

Te das cuenta de que igualmente te representa?

Un momento después, el sacerdote echa el vino en el cáliz y le añade una sola gota de agua. “Oh Dios, dice, que de modo admirable creaste la dignidad de la naturaleza humana, y de modo más admirable la restauraste, danos por el misterio de esta agua y vino, participar de la divinidad de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que se dignó participar de nuestra humanidad”. Y el agua se mezcla con el vino. Cómo puedes participar de mi divinidad? por la unión de tu voluntad con la mía. Que esta gota de agua represente tu voluntad entremezclada con el vino de mi voluntad, disuelta en mi voluntad, hecha inseparable de mi voluntad, de suerte que todo lo que hagas se convierta en mío y todo lo que Yo haga sea tuyo.

Date al Padre como Yo me di a El. Ofrece el abandono consciente de todo tu ser. Deposita en la patena tu aceptación voluntaria de todos los acontecimientos felices o desafortunados de tu vida, pasados, presentes o futuros. Posiblemente has sufrido ayer una experiencia amarga; deposítala en la patena. Seguramente al-

go reciente te ha hecho feliz; deposítalo en la patena. No conserves nada. Ofrécete enteramente.

Después de haberte ofrecido, da gracias de nuevo en el prefacio. Este precede inmediatamente al Cónon, el cual te prepara para el portentoso milagro de amor que pronto se producirá.

En el Cónon, te unes a la oración de los ángeles y de los santos, a mi madre y por encima de todo a Mí. Pides la paz y la unidad de la Iglesia. Suplicas por el bien de quienes están presentes y por todos aquellos a quienes amas. Y entonces, la Iglesia está sumergida en un profundo silencio.

En la espera del milagro, el mundo mismo parece haber cesado de respirar. En este instante, renuncia de nuevo a tí mismo. Piérdete en Mí como la gota de agua en el vino. No desees sino lo que Yo deseo.

He aquí, en fin, el momento que sobrepasa a todos los demás: que no es de la tierra.

El sacerdote, sea bueno o malo, realiza un milagro mucho más grande que la resurrección de Lázaro, realizada por Mí.

Pronuncia mis palabras. Inmediatamente YO ESTOY ALLI. Estoy allí como Dios; estoy como hombre; estoy como víctima de mi Padre; estoy allí como tu alimento.

Esta Hostia que es elevada; esta Hostia que el sacerdote, tú y Yo ofrecemos juntos: esta Hostia soy Yo.

Pero porque tú eres mi otro yo y porque eres uno conmigo en mi Cuerpo Místico, esta Hostia, de una manera mística pero real, es igualmente tú.

Cuando el sacerdote eleva el cáliz de mi Sangre, eleva así mismo tu vida y tu voluntad, pues hace un instante en este cáliz ha hechado una gota de agua que se perdió en el vino y se convirtió en mi Sangre redentora.

Por la acción de tu voluntad, tu vida ha sido sumergida en el cáliz de mi Sangre. Ahora es una ofrenda

a la que tu Dios no sabría resistir, pues cómo podría resistirme mi Padre? Puesto que tu vida está místicamente entremezclada con la mía en el cáliz, tienes el derecho, por decirlo así de colocar el dedo en el borde de la copa e inclinarla ligeramente para que una gota de la Sangre que todo lo purifica pueda caer sobre los pecados de los hombres y borrarlos como si jamás hubiesen existido: tus pecados, mi otro yo, los de tu familia y de tus amigos; sí, los de tu parroquia, de tu comunidad, de tu nación, del mundo entero.

En este momento cuán desbordante de gracia estás! Estás pues desde este momento en forma de hacer todo aquello que necesitas para alcanzar la perfección. Has abierto la puerta que te conducía a los tesoros de mi Padre. Tu espíritu está iluminado y tu voluntad fortificada; estás convencido y por consiguiente atraído a hacer mi voluntad en todo. Estás mostrando valor y perseverancia.

Una parte de la pena temporal debida a tus pecados, por la cual estás compungido (cómo no habías de estarlo?), te es remitida. Y esto no solamente es válido para tus pecados sino también para la pena temporal debida a los pecados de los demás, vivos y muertos.

Tú sabes que la misa sería incompleta si el sacerdote se parase en la consagración. Debe terminarla. De la misma manera, tu misa es incompleta si nó la vives. Me has consagrado todo en la ofrenda de tus alegrías y de tus penas: Ahora deseo que continúes tu ofrecimiento. Renuévalo conscientemente a menudo durante el día; cuando estés contento, cuando estés fastidiado o decepcionado, cuando te sientas fatigado o lastimado.

He aquí lo que hace a la misa diferente de la cruz: tu ofrenda personal. Y es esto lo que hace a la misa de hoy diferente de la de ayer: cada día tienes algo nuevo para ofrecer.

En fin, haz de tu misa la preparación para tu pro-

pio gran sacrificio, tu muerte. Así como durante toda mi vida ofrecí a mi Padre mi Pasión y Muerte futuras, así tu debes ofrecerle todos los sacrificios comprendiendo en ellos el último instante de tu vida.

“Todo está consumado. Padre en tus manos encomiando mi espíritu” (Jn. 19, 30; Lc. 23, 46).

Con estas palabras terminé todas las obras, los pensamientos, las palabras y las oraciones de mi vida. Le entregué todo a El. Todo estaba consumado: el rescate pagado, los cautivos liberados, el cielo abierto. De la misma manera que toda mi vida se resumió en este acto de unión, que suceda lo mismo en tu misa.

Haz esto, mi otro yo, y seguramente serás colmado de la abundancia de mi gracia. Te doy a beber en el torrente de mis delicias. Pues Yo soy la fuente de vida que brota sin cesar en la misa de la Eucaristía.

La humildad de la Eucaristía

“Verdaderamente tú eres un Dios escondido”
(Is. 45, 15).

En una conversación precedente te dije que si hubieses estado en la Última Cena, habrías aprendido dos lecciones: el amor y la humildad.

Cuando comiences a comprender la Eucaristía, mi otro yo, comenzarás a comprender igualmente la profundidad del amor que te tengo y la grandeza de mi humildad.

Mira la hostia: este disco delgado, pequeño y redondo que tiene la apariencia de un trozo de pan. Nunca unas apariencias fueron tan decepcionantes!

Esta hostia aparente, es un hombre; Yo mismo, Jesucristo, nacido del Espíritu Santo y de María. El que curó leprosos y devolvió la vista. Aquel que lloró

en el sepulcro de Lázaro, que pidió de beber a la Samaritana, que arrojó a los cambistas, que perdonó a la mujer adúltera; es Jesús, el Taumaturgo, el Maestro, el Salvador. Esta hostia es un hombre: Soy Yo.

Pero, lo que aún es más maravilloso, esta hostia es Dios: todo poder, toda santidad, toda bondad, todo amor. Esta apariencia de pan es la Voluntad que ha sacado todas las cosas de la nada, el Poder que conserva el universo en la existencia, la Inteligencia de la cual se desprende todo orden y todo conocimiento.

Esta hostia es el Dios de quién cantaba el salmista hace miles de años: “Tú extiendes los cielos como una tienda” (Ps. 104, 2).

Esta hostia te ha creado, te conserva en la existencia sin lo cual no solo morirías sino que volverías a la nada, borrado de la faz de la tierra y nada quedaría de tí, ni siquiera el recuerdo.

Esta hostia te proporciona alimento y abrigo, te inspira todos tus buenos pensamientos e impulsos.

Un día esta hostia te juzgará.

Esta hostia es Dios —y hombre—: Yo mismo. Tú lo dices pero no puedes comprenderlo.

Y esta hostia te ama tan tiernamente que te convida a identificarte con ella. Ella ha preparado tus caminos, se ha constituido en tu verdadero alimento para que puedas participar en la maravillosa intimidad de tu propia naturaleza.

Mira a la hostia, sabiendo que contemplas una verdadera persona que tiene dos naturalezas: la naturaleza divina y la naturaleza humana.

Puesto que soy hombre puedes amarme como amas a las demás personas. Tú me debes amar así, con el amor humano que me manifestaron mis apóstoles antes de saber que Yo era Dios y que conservaron aún cuando reconocieron mi divinidad. Acepto este amor de un humano por otro humano.

Sin embargo, tú me debes igualmente el amor de

una criatura por su Dios: amor de adoración, amor de completa sumisión y de unión absoluta a mi voluntad.

En la Eucaristía, me entrego a tí; entrégate igualmente a Mí!

Has intentado a veces comprender cómo puedo estar presente en la Eucaristía? Cómo es posible que este trozo de pan de repente deje de ser pan y se convierta en el Hombre-Dios?

Procuras comprender a veces cómo el pan, la carne, los líquidos lleguen a ser tu cuerpo y sangre? Tú comes y Yo hago el resto. Si Yo cambio el pan en tu cuerpo, por qué iba a ser más difícil cambiar el pan en mi cuerpo? Crees que es más difícil porque aquí se realiza de manera instantánea y no gradualmente? Para Dios el tiempo no cuenta. Un instante dura siempre, y la eternidad no es más que un instante. Tal vez el hecho de que Yo tengo toda una eternidad para hacer este cambio del pan en mi cuerpo, te ayude a entender un poco.

Sin embargo, quién se revela cuando un ser humano da su sangre a su semejante? Tú das tu sangre en una transfusión para que sea la fuente física de la vida mortal para tu semejante. Yo doy mi sangre de una forma incruenta para que se convierta en fuente de vida eterna.

Quién se revela cuando una madre amamanta a su hijo? así es como Yo recompenso a los hombres el céntuplo por el amor que me manifiestan. María me dio de su ser y porque ella es la madre de la humanidad, me doy enteramente a los hombres, María me alimentó en su seno. Yo te alimento de mí mismo, dentro de tu cuerpo, dentro de tu alma.

Podrías pensar en un medio mejor para Mí de darte la sustancia espiritual? Hay un medio más eficaz para ayudarte y convertirte en mi otro yo? No ves el amor que apremia a tu Dios? Cuán fervorosamente trabajo para acercarte a Mí!

Porque estaba demasiado lejos para que pudieses alcanzarme me hice uno de vosotros; un hombre como tú; una criatura a la que habrías podido estrechar con tus brazos. Entonces, los hombres me alcanzaron verdaderamente... me alcanzaron y me crucificaron.

Pero esto no bastaba. Porque quise estar aún más cerca de tí, más cerca de lo que lo estaba como hombre, hermano tuyo, sondeé las profundidades de mi sabiduría divina y de mi amor y decidí realmente a tí...

Pero, cómo? Me hice hombre semejante a tí, para que pudieras alcanzar el amor de Dios. Ahora para poder darme a tí tan completamente como Yo deseo, me he hecho distinto de tí. Me he escondido bajo las apariencias de alimento común porque no quiero te abs tengas de venir a Mí.

Tu Dios solo tendrá reposo cuando te haya atraído hasta El! El se revela y se oculta. Se acerca y se retira. Se hace sencillo y misterioso. Se hace hombre y se convierte en pan, en lo que, con tal que sea fácil para tí, lo mejor para tí, lo más adaptado al servicio de tu debilidad.

Yo me transformo en todo lo que necesitas, como si tú fueras el Señor y Yo el servidor.

El amor a la Eucaristía

"También mi pueblo conocerá mi nombre y que Yo soy quién soy dice: Aquí estoy" (Is. 52, 6).

Mira a un niño pequeño indefenso. Un día Yo fui así. Pero aún soy más indefenso en la hostia.

Descendí en etapas divinas: del cielo a las entrañas de María; de su seno a un pesebre; del pesebre a la cruz; de la cruz a un bocado de pan y a una copa de

vino: a fin de que, habiéndome hecho alimento te pueda transformar en Mí, para que juntos, por etapas divinas podamos subir a través de la cruz, a través del pesebre, del desprendimiento, del egoísmo, a través de la maternidad de María hasta el cielo de la Santísima Trinidad.

Durante nueve meses, estuve aprisionado en el cuerpo de una creatura. Aunque no solamente como lo estuviste en tu madre antes de nacer que no tenías sensación de limitación. En cambio el Hombre-Dios que habitaba en María, en éste, como en todos los tiempos, tenía un espíritu mucho más inteligente que ningún ser humano podría tener.

Humanamente habría podido aspirar a la libertad como tú lo habrías hecho. Sin embargo, aún estoy más dependiente y más aprisionado en la Eucaristía. María me llevaba en sí misma: tú también, María me tenía en sus brazos: tú me tienes en tu lengua. Eres tan respetuoso como lo fue María? Fijas tu mirada amorosamente en Mí como lo hacía María? Me hablas, me escuchas, caes a mis pies espiritualmente confesando tu nada como lo hizo María?

Eres libre de recibirme a menudo o nunca; digna o indignamente; con respeto o indiferencia. Yo te espero temprano por la mañana y hasta tarde. Si me invitas vendré espiritualmente a tí cuando no puedas recibirme corporalmente. Aspiro a unirme a tí cuando no puedes recibirme corporalmente. Aspiro a unirme a tí en la unión más íntima posible. Vengo a tí como hombre; vengo a tí como Dios y siempre por amor.

Pensaba en todo cuando tomé el pan y levanté los ojos al cielo hacia mi Padre Todopoderoso para darle gracias y decir: "Esto es mi Cuerpo"!

Esta elevación de mis ojos hacia el Padre no era un simple gesto. Te he dicho que instituí la Eucaristía por amor. Fue por amor a tí, pero aún más por amor a mi Padre. Era esta su voluntad. Como ves, pues, en

cierto modo aún era un sacrificio mucho más grande para Mí el entregarme así en alimento a la humanidad que morir en la cruz. En este momento era el mismo sacrificio. Pero piensa en ahora.

No sería más fácil para tí morir una vez que entregar siempre tu cuerpo y tu alma en las manos de los hombres? Ser su alimento? Ser profanado por unos e ignorado por la mayor parte?

Tú no darías, ni siquiera tu fotografía, a los hombres, a todos los hombres, para utilizarla a su gusto hasta el fin de los tiempos, mucho menos tu alma y tu cuerpo vivo.

He aquí por qué te he dicho que en la Eucaristía me entregué más totalmente, si posible, que en la cruz; en la Eucaristía me entrego más plenamente a tí, que en la cruz...

A qué íntima unión de nuestros seres te invito en la Eucaristía?

Veamos.

La unión del esposo y de la esposa en el matrimonio es la fusión de dos cuerpos, de dos almas, de dos vidas. Nuestra unión en la santa Eucaristía, es tan íntima?

Es mucho más íntima!

La unión de la madre y del hijo en sus entrañas, une dos cuerpos en uno. El hijo es la carne de la carne maternal y el hueso de sus huesos. Cuando me recibes en la santa Comunión estoy en tí, cuerpo y sangre, alma y divinidad, tan verdaderamente como lo está el feto en el seno de su madre. Ordinariamente tú no sientes mi presencia, te daré este inmenso consuelo y esta gran gracia si eso es lo mejor para tí; pero estoy incomparablemente unido a tí más íntimamente que lo que están el hijo y la madre.

La unión de tu alma y de tu cuerpo te constituye una persona. Puedes pensar en una unión más íntima que esta?

Sin embargo nuestra unión en el Santo Sacramento es aún más completa. Casi puedo decir, aunque solo analógicamente, que la Eucaristía nos une como la Encarnación ha unido mis dos naturalezas; sí, como mi humanidad sagrada ha estado unida a la filiación eterna.

Estos pensamientos, inflaman tu corazón? Con todo mi corazón quiero mostrarte lo que es la Eucaristía, lo que realiza.

Debo darte otros ejemplos análogos?

Estamos unidos, tú y Yo cuando vengo a tí en la Eucaristía, como la cera fundida mezclada con otra cera fundida; como las llamas de un fuego a otras llamas; como la nata y el azúcar se encuentran asimilados en una gota como en una taza de café; como el agua del mar se mezcla con el agua dulce, estoy Yo más cerca de tu alma. Estoy en tí; tú estás en Mí! En el bautismo has sido hecho miembro de mi cuerpo místico, ahora en la Eucaristía llegamos a ser una sola carne.

Tenemos en cierta forma el mismo cuerpo, la misma sangre. Date enteramente a Mí y tendremos, mucho más rápido de lo que podrías pensar, los mismos efectos, los mismos deseos, la misma voluntad.

La colaboración con Cristo

“Yo soy el pan de vida” (Jn. 6, 35).

Los frutos de la Eucaristía dependen en parte de tus disposiciones y de tu colaboración conmigo.

Nuestra unión será tanto más estrecha y más fructuosa cuanto más plenamente me retournes mi amor y obedezcas a las llamadas del Espíritu Santo; sucede contigo como al paciente que coopera con su médico y

obtiene mejores resultados que si permaneciere indiferente.

Depende de tí el que nuestra unión sea más íntima y más duradera. Que todos tus pensamientos, acciones y deseos te preparen a ello.

Realiza todos tus deberes cotidianos lo más perfectamente que puedas, con la pura intención de servirme. Entonces como Yo lo hice: “Hago siempre todas las cosas que le agradan”.

Procura comprender tu indignidad. Quién eres tú para que tu Dios venga a tí como tu alimento? Quién eres tú para que la realidad eterna —**El que es!**— se una a tí para realizar una unión cuya intimidad puedes apenas comenzar a comprender?

Si así piensas, tu deseo de recibirme será estimulador. Alimenta este deseo con actos de amor. Por así decirlo, sopla las chispas para transformarlas en llamas devoradoras. Muchos de mis Santos suspiraban día y noche por la comunión. Un deseo tal no es inalcanzable para tí. He aquí que estoy a la puerta y te llamo. Si alguien oye mi voz y abre la puerta vendré a él, cenaré con él y él conmigo. Abreme la puerta de tu corazón, mi otro yo.

Significa esto que debes venir a mí abrazado de emoción, con el corazón excitado y los ojos húmedos? No; ven de manera calmada, serena y apacible. Ofrece tu voluntad, tu inteligencia, tu cuerpo, tu alma. Ofreceme tu incapacidad para orar como desearías.

Mientras el Sacerdote me lleva para la comunión, mientras voy a tí, grita en tu corazón: “Hijo de David ten compasión de mí!”. Háblame con o sin palabras según Yo te inspire; con actos de fe, esperanza y de amor. Pide a mi Madre que te ayude a recibirme como debes hacerlo. Ella está a tu lado mientras que Yo voy a tí. Suplica a mi Padre y al Espíritu Santo que preparen en tí una morada conveniente para mí.

Cuando me recibas ofrece a mi Padre este mismo

amor sin límites con el cual morí para cumplir su voluntad. Entrégate enteramente a mí para que pueda ofrecerte al Padre en reparación, en acción de gracias, en súplica y por amor.

Háblame con sentimientos tales como éstos: "Oh Señor, tú que vienes a mí para habitar corporalmente y que permaneces espiritualmente conmigo todos los días y noches de mi vida, ayúdame a construir para tí, para el Padre y el Espíritu Santo una morada más conveniente que la que te puedo ofrecer ahora".

"Ilumina esta tu habitación con la luz de la fe; hazla más confortable con los muebles de la verdad... Calientala con el fuego del amor. Fortifica sus fundamentos con la humildad y la paciencia.

"Y después, Señor, permite a este débil e indigno siervo tuyo, a quien has hecho tu hermano y contigo, el hijo y el heredero del Rey de todo, responda a tus deseos de servirte y amarte desde lo más profundo de mi ser, como merece tu naturaleza divina".

Cree. Pídemle fe. No puedo rehusarte. Pídemle la fe de un Luis de Francia. Sabes que un día vinieron a él miembros de su corte llenos de exaltación, para comunicarle que Yo me revelaba en el Santo Sacramento y apremiarle a venir a ver lo más rápido posible al Señor? Pero Luis guiado por el Espíritu Santo respondió que no tenía necesidad de venir a verme con los ojos del cuerpo, Sabía que Yo estaba presente; prefería ser uno de aquellos que son "bienaventurados por haber creído sin haber visto".

¿Te parece inalcanzable una fe semejante? No, si tú lo deseas como Luis aspiraba a ello.

Ten fe y podrás decir también con Catalina de Sena: "Oh Trinidad! Trinidad eterna! Abismo del amor! No te bastó habernos creado a tu imagen y semejanza, haciéndonos renacer a la gracia por la Sangre de tu Hijo? Era necesario que te dieras a nosotros como ali-

mento? Sin embargo, tu amor lo ha querido, oh Trinidad eterna!

No solo nos has dado tu Verbo por la Revelación y en la Eucaristía, sino que tú mismo te das a nosotros en tu plenitud de amor a tu creatura. "En realidad el alma te posee a tí, la suma bondad" (Cfr. **De la Eucaristía a la Trinidad**, M .V. Bernadot. O. P. Ediciones Paulinas).

Cristo vive en quien comulga

"El que coma de este pan vivirá eternamente" (Jn. 6, 58).

Así como mi humanidad es el fruto del matrimonio entre Dios y la mujer: el amor de Dios a María y el amor de María a Dios, así dentro de tí, el amor que Dios te tiene y tu amor hacia El dará nacimiento a un nuevo Cristo. Tú serás transformado en mí por la Eucaristía.

Así como el escultor trabaja el mármol y la piedra y les cincela a la imagen de su modelo, Yo trabajo tu alma, solo que lo hago, efectiva y fructuosamente: desconocidos para tí y a menudo sin que tus amigos más íntimos lo adviertan mis rasgos aparecen. Los ojos humanos pueden no verles, pero mi Padre los ve, se complace en ellos, derrama su gracia sobre tí y te rodea de su amor.

Algunas veces, a menudo, cuando tú menos lo esperas, te hago ver mi acción transformadora. Te levantas por la mañana posiblemente fatigado y aún deseas seguir durmiendo. Mientras te vistes encuentras que todo marcha mal. Vienes a Misa y resulta que tienes tantas distracciones que la oración resulta imposible. Entonces, pronto te das cuenta de que estoy en

el altar, que verdaderamente estoy en la Hostia; que lo que parece ser vino es verdaderamente mi Sangre que derramé por tí. Tú sabes que estoy allí. No podrías estar más seguro si me vieses con los ojos del cuerpo.

Me hablas con todo tu corazón, aunque no dices una sola palabra; me adoras sin decir nada; me agrades, aunque estás inmóvil y pasivo.

Me recibes! Entonces, en tu adoración, tu acción de gracias y en tu amor mudos, comienzas a comprender aquello que Pablo quería decir cuando escribía: "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gál. 2, 20). Mi presencia invade todo tu ser. Es cierto que no vienes a ser más que una corteza. Soy Yo quién te guía. No tenemos más que un solo corazón, una sola inteligencia, una sola voluntad. Guiándote, inspirándote me posesiono del curso de tu vida. Yo te formo: Pongo tu imaginación, tu memoria, tu inteligencia y tu voluntad en armonía con las mías. Modelo tus pensamientos, tus deseos, tu conducta. Te enseño a amar, no a los dones de Dios, sino a Dios mismo.

Tú lo refieres todo a mí. Tu regla de vida es mi voluntad y no la tuya. Tú renuncias a tu propia voluntad y buscas solo la mía.

Cuando vivo en tí de esta manera, entonces, eres realmente, mi otro Yo! Y entonces, no deseas sino aquello que te envío y no rehusas nada de aquello que te concedo o permito. Tu vida está totalmente en mis manos. Ahí la has depositado, ahí deseas dejarla.

Con tu Cristo que vive en tí, tributas a las tres Personas de la Trinidad la gloria que les es debida: la adoración, la acción de gracias, el amor que tu creador, tu salvador, tu santificador merece.

Sin embargo tú no te das cuenta de las maravillas que se realizan en tu alma. En la Eucaristía no vengo solo a tí. Allí donde estoy está también mi Padre, y donde estamos mi Padre y Yo, el Espíritu Santo lo es-

tá igualmente. Y donde estamos nosotros, Padre, Hijo y Espíritu Santo es el cielo.

En su incesante actividad, el Padre pronuncia el Verbo, el Hijo, Yo en Persona; y el Padre y Yo nos expresamos nuestro mutuo amor y este amor es el Espíritu Santo.

He aquí lo que sucede en tu alma: tú no nos posees viéndonos cara a cara como los Santos de la Iglesia triunfante, pero por la fe nos puedes poseer tanto como es posible en la tierra.

Si tu fe fuese perfecta, la santa comunión sería casi el cielo para tí. De veras, la Santa Comunión ha sido un cuasi-cielo para muchos de mis santos, aunque ellos estaban aún en la tierra.

Después que me recibas, en tanto que la hostia conserva sus cualidades de pan, estoy sacramentalmente presente en tí. Te traigo una extraordinaria efusión de gracias, las cuales vienen a llenar tu alma de vida y de fuerza. Purifico tu alma en todos los pecados veniales que te aflijen y por los cuales no tienes afecto ninguno. Fortifico tu alma contra la tentación. Cómo podría ser de otro modo, si Yo vivo en tí?

Pero, entonces, qué sucede? Acaso te dejo hasta mañana? No. Es verdad, que después de estos preciosos instantes de unión sacramental, mi Cuerpo, mi Sangre y mi Alma están más en tí; sin embargo nosotros permanecemos enlazados en una unión maravillosamente estrecha. Mi divinidad permanece contigo y dentro de tí. El Espíritu Santo que habita en mi alma humana queda contigo de una manera especial. En el interior de tu alma, El suscita pensamientos, deseos y disposiciones de mi propia alma.

El Padre, el Espíritu Santo y Yo continuamos viviendo en tí; **habitamos en tí.** Así como nosotros tres inhabitamos el uno en el otro, de manera semejante inhabitamos en tí. Estás relacionado con el Padre y

con su Hijo Jesucristo. Tu alma es un cielo, pues Dios mismo habita en ella.

Y esto sucede de tal manera —verdad maravillosa!— que cuando dejas la Iglesia para ir a tus ocupaciones del día, habitamos nosotros tres en tí, de esta manera espiritual.

Tú caminas con la Trinidad; posees su vida misma. Así como mis actividades nunca disminuyen, igualmente tú deberías lograr esto: mi contemplación.

Al servicio de tu familia, de tus clientes, de tu empleo; en el trato a tus empleados, tus inferiores, tus hijos; en las relaciones con tus amigos, tus conocidos, tus vecinos: recuerda que tu DIOS MORA EN TI, QUE TU ERES DE UNA MANERA ESPECIAL MI OTRO YO!

Tú trabajas, más no trabajas; Yo trabajo en tí.
Sirves a los demás, pero no los sirves solo; Yo les sirvo en tí.

Sufres, más no sufres solo; Yo sufro en tí.

Ríes, pero no ríes solo; Yo río en tí.

Eres víctima conmigo; das gracias y amas conmigo.

Tú eres mi otro yo!

Tú vives ahora, pero no vives solo, puesto que Yo vivo en tí!

Tercera parte

La meta final

Capítulo X

LA META FINAL

Un testigo de Cristo

“Vosotros sois los testigos...” (Lc. 24, 48)

Ahora es ya tiempo de resumir.

Si verdaderamente quieres ser otro Yo, debes continuar mi obra. Mi tarea consiste en integrar todos los hombres a mi Cuerpo Místico: tú vas a ayudarme.

En el momento de la Ascensión dije a mis Apóstoles: “Vosotros seréis ahora mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria hasta los confines de la tierra”. (Act. 1, 8).

Tú también, mi otro Yo, serás mi testigo.

Qué clase de testigo eres?

Guardas silencio cuando tu religión es atacada o mal presentada en la conversación? Cuando se narra un “cuento verde” o una historia sucia, tú lo apruebas con una carcajada? Cuando mi nombre es profanado, temes mostrar tu disgusto?

Posiblemente racionalizas tu timidez. Te dices a tí mismo: si muestro mi disgusto, perderé mi popularidad y me haré menos apto para promover los aspectos “positivos de la Fe”.

Pedro y Juan fueron llevados ante los jefes, los an-

cianos y los escribas, quienes les advirtieron para que no enseñaran más en mi nombre. He aquí su respuesta: "Juzgad por vosotros mismos si es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a El; porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Act. 4, 19-20).

Esteban, el primero de mis seguidores que murió por la fe, se plantó con audacia ante el Sanedrín y recitó toda la historia de la persecución de los profetas. Acusó al Sanedrín de resistir al Espíritu Santo, exactamente como sus padres lo habían hecho. Llevados por la furia lo arrojaron fuera de la ciudad y lo lapidaron.

Pablo abordaba a cualquiera, bien fuera judío, gentil, mago, hombres sabios de Atenas, así como a las muchedumbres. En los mercados y plazas, en las sinagogas y en las casas privadas, él predicó con fervor en mi nombre; entabla conversación con una persona o con decenas de interlocutores, siempre para anunciar la buena nueva de la salvación de los hombres y del amor de Dios.

Yo no digo que tú estés llamado a predicar como Pedro, Esteban y Pablo. Pero tienes que ser mi testigo en la forma como conviene a tu estado de vida.

Te prometo a tí como a Pablo: "no temas". Continúa hablando; no te calles. Pues yo estoy contigo y nadie pondrá la mano en tí para hacerte mal" (Act. 18, 9-10). No seas indeciso ni pusilánime. No busques más excusas o pretextos, ni medios demasiado fáciles para ser mi testigo. Tienes mi promesa y ésto te basta.

Tus dudas están engendradas por el orgullo. Están fundadas en la seguridad de que tus éxitos dependen de tí. No es sorprendente que tú dudes!

Tú solo tienes que conservar tu buena voluntad de servirme y Yo fortaleceré tu espíritu y tu cuerpo con mi propia fuerza. Con mi ayuda tú puedes, y quedarás ser mi testigo. Más aún, aunque experimentes una repugnancia natural a parecer "extraño" a los ojos de

los demás, no dudes. Arrójate a mí. Expresa tu pensamiento calmadamente. Dáme tu buena voluntad y Yo te daré las palabras, la fuerza y el valor.

Yo no digo que puedas ser mi apóstol sin esfuerzo. No creas que Pablo no tenía más que entrar en una ciudad, predicar un sermón o dos, luego bautizar a los convertidos que aflúan a él por miles después proseguir su camino hacia otros campos y otras ciudades.

Pablo predicó durante varios años en las regiones de Siria y de Cilicia. Pasó un año en Antioquía, ocho meses en Corinto, tres años en Efeso. Hablaba aquí y allá, permanecía donde era bien acogido, o se alejaba cuando duraba demasiado tiempo sin hacerse escuchar o era injuriado o perseguido. Enseñó durante tres meses en la sinagoga de Efeso; después a causa de las violentas y continuas disputas, allí se retiró a la escuela de un cierto Tyrannus, donde enseñó todos los días durante dos años.

Pablo hizo esfuerzos prodigiosos y encontró violenta oposición, mucho mayor de la que tú vas a encontrar. Pero estaba tan lleno de celo que incluso cuando estaba preso en Roma, hacía venir a los hombres junto a él para instruirles. Esto lo hizo durante dos años, mientras buscaba a la vez, tiempo y energía para escribir varias de sus cartas.

No, no te prometo ahorrarte trabajo y pruebas; pero Yo haré tu carga liviana. Lleva únicamente un astilla de mi cruz y Yo levaré todo el resto.

Encontrarás rechazos, como Yo los encontré cuando anuncié la Eucaristía. Era una afirmación demasiado dura.

Posiblemente tengas que sufrir calumnias, falsos testimonios, escándalos, como Yo sufrí el ser tratado como poseído del demonio.

Tus amigos y tus parientes pueden volverse contra tí y herirte, como fui herido cuando mis parientes creyeron que perdía la razón.

Sin embargo, estaré siempre contigo. En lo más profundo de tu alma te daré el consuelo de saber que tus sufrimientos no tienen comparación con el gozo de ser mi testigo.

Testigo por el ejemplo

(, "...Así, brille vuestra luz a los ojos de los hombres..." (Mt. 5, 16).

Yo te pido amablemente que corrijas el mal evidente y manifiesto que cae bajo tu jurisdicción, pero te prevengo más seriamente contra el peligro de volverte un crítico. Sé caritativo en todo, procura dar siempre una buena interpretación a las palabras y a los actos de los demás. Los demás obran de la manera que creen que tú esperas que ellos actúen. Observar un doble sentido, resulta a menudo, una actitud completamente sin importancia, cuando tú, con espíritu de caridad, lo tomas como un pensamiento que es enteramente inocente.

Guárdate de ser un buscador de daños o de ver lo malo por todas partes.

Cuidado con "predicar". En la conversación no evites el tema religión, pero no lo introduzcas artificialmente: sé natural y moderado.

Por encima de todo, sé mi testigo por tu ejemplo. El testimonio de tus costumbres y tus acciones, por mí o en contra mía, es incomparablemente más poderoso que todas tus palabras.

Procura de forma moderada hacerte y conservarte atrayente. Sé pulcro en tus vestidos; suave en tus maneras, caritativo en tu conversación; servicial en tu ac-

ción. Realiza tu trabajo diligentemente. Utiliza prudentemente las cosas de éste mundo, por amor a Mí, para que los demás piensen bien de tí y así tu influjo entre ellos sea más eficaz.

Sé celoso. Hay tantos semejantes tuyos que saben poco o nada de Mí. Muchos miembros de mi Iglesia rara vez piensan en Mí. Muéstrales por tu ejemplo lo que es ser mi otro Yo.

Por tu presencia frecuente, si es posible cotidiana, demuestra lo que para tí significan la misa y la comunión.

Hazles ver cuánto aprecias la oración. Visítame a menudo en la Iglesia; toma parte en la recitación del rosario y busca mi bendición.

Participa en las actividades apostólicas de la parroquia según tus posibilidades, tu tiempo y tu posición.

Hay tantas maneras de ser mi testigo: en las cofradías, las congregaciones marianas, la legión de María, la Sociedad de san Vicente de Paúl, la adoración nocturna, los movimientos de Acción Católica (J.E.C.; J.O.C.; J.U.C.) y otras. No puedes pertenecer a todas estas organizaciones, pero sí puedes pertenecer a alguna de ellas.

Ser mi otro Yo, debería hacerte diferente; hacerte más santo, saludable y simpático. En la casa, en tu trabajo, en las diversiones, en cualquier parte que estés, en cualquier cosa que hagas, esta diferencia dará un testimonio de Mí.

Deberías esparcir alrededor de tí la calma serena que corresponde a quien ha entregado su voluntad a un Dios amantísimo, sapientísimo y todopoderoso. En una época de agitación, de duda y de temor, tú deberías ser una roca de confianza.

Tu cara debería reflejar la fuerza amable que es la obra y la señal de la santidad.

Debería haber en tu comportamiento una corriente

escondida de gozo y de satisfacción tal, que los demás se sientan felices de estar contigo.

Y lo que es aún más importante: una atmósfera de caridad debería envolverte como un manto. Tus actitudes y tus acciones deberían apuntar serenamente hacia una realidad: que amas a tu prójimo como Yo te amo.

Muestra a los demás que los amas, no con palabras—a menos que éstas sean naturales y apropiadas—sino con hechos. Piensa en los demás como en “Cristo”. Sírreme a través de ellos, predicando con tu vida mi Evangelio de amor.

Que tus palabras, tu voz, tus gestos y tus actos digan a los miembros de mi Cuerpo Místico, y a quienes posiblemente vayan a ser mis miembros, que los amas como Yo los amo, lo suficiente como para morir por ellos, como para subir a la cruz en su favor.

Imita el espíritu de los primeros cristianos, quienes, puesto que estaban en el mundo, no rompieron con sus antiguas costumbres, sino que continuaron adorando en el templo y partiendo el pan en su casa, tomando su alimento con gusto, alababan así a Dios y ganaban el favor del pueblo.

Un testimonio sacerdotal

“Id pues a todas las naciones, haced discípulos” (Mt. 28, 19).

Pedro decía con razón que los miembros de mi Iglesia forman un “sacerdocio santo” (1 Pe. 2, 5). Algunos de ellos son ordenados sacerdotes por el sacramento del orden y poseen el poder sacramental; pero todos los miembros laicos, hombres y mujeres y niños son sa-

cerdotes por su unión espiritual conmigo y su carácter bautismal.

Así, pues, de acuerdo con tu estado de vida, tienes, con todos mis sacerdotes, el deber de enseñar mi doctrina.

Recuerda la parábola del amo severo que repartió talentos entre sus servidores a fin de hacerles fructificar hasta su retorno para tomar cuentas. El siervo que enterró su único talento, no es como el cristiano que oculta su cristianismo, temiendo manifestarlo o hablar de él, un cristiano en secreto, pero yividor en público? Temiendo exponerse a posibles burlas, hunde en la tierra su talento de cristianismo. No arriesga nada, ni gana nada.

Un servidor tal, no es con justicia llamado siervo perezoso, inútil y malo?

El Reino de Dios es como el grano de mostaza. Comienza muy pequeño pero debe crecer hasta llenar la tierra. Tengo necesidad de tí para activar su crecimiento. Te tengo designado para este apostolado. A tu alrededor hay personas que admiten la existencia de Dios todopoderoso y algunas otras verdades. Ellas no saben cuánto las amo. Rara vez se preguntan: “Qué quiere Dios que yo haga en esta acción particular?” “Rara vez hacen un esfuerzo para descubrir mi voluntad. Reconocen el Reino de Dios de manera tan vaga e irreal, como reconocen el problema del hambre en China.

Este es el gran mal del mundo moderno. El Reino de Dios está cerca, pero muy pocos que acepten mi ley. No la han integrado en su vida.

Debes ayudarme a ir hacia ellos, mi otro Yo. En la calle, en la casa, en la oficina, en el almacén, en la fábrica, en el campo de juego, en la playa, en el campo de golf y de tennis; en el hospital, en la universidad, en la escuela-hogar; en los tribunales y en las cárceles; en el teatro y en las bibliotecas, tú debes ayudarme a acercarlos a Mí. Debes introducirme por ejemplo, re-

comendarme con tu vida, apoyarme con tus oraciones.

Yo debo darles la vida eterna. Debo ayudarles a hacerse santos. Y tengo necesidad de tí.

Sé celoso; infatigable, generoso; permanece alerta.

En mi nacimiento, los pastores no tuvieron miedo de decir lo que habían visto y oído.

En el templo, Ana, la profetisa, no necesitó más que verme para comenzar a alabarme y a hablar de Mí a todos aquellos que esperaban la redención de Jerusalén.

Los Magos vinieron y no dudaron en preguntar abiertamente, "¿dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido a rendirle homenaje" (Mt. 2, 2).

Juan Bautista cuando fue a toda la región del Jordán no temió predicar el arrepentimiento y la preparación para mi venida.

Y Andrés, la primera vez que me vio no tuvo ninguna dificultad para ir a buscar a su hermano y decirle: "Hemos encontrado el Mesías". (Jn. 1, 41), y él me lo trajo.

No me he revelado a tí mucho más claramente que a ellos? Por qué no vas a buscar a tu hermano, a tu vecino, a tu amigo y les dices si nó con palabras, con tu vida y con tu ejemplo: "ven con nosotros! hemos encontrado al Mesías, al Salvador, al Señor!

He realizado milagros a través de Pedro, Juan, Felipe, Pablo y mis otros Apóstoles para dar autoridad a sus palabras. Tú sabes cómo Pedro curó al mendigo cojo que estaba sentado a la puerta del templo y al paralítico de Lidia que no se había levantado de la cama desde hacía ocho años; y resucitó a Tabita en Jope. Le dí un poder tal, que el pueblo tomó la costumbre de traerle los enfermos a la calle, donde los tendían sobre literas y camillas con la esperanza de que la sombra de Pedro cayera sobre ellos, a su paso, y de esta manera pudieran ser curados.

Pablo también hizo milagros en gran número, utilizando el poder de mi nombre. Curó al cojo de Listra, inválido de nacimiento. Resucitó al joven Eutiques que cayó de la ventana de un tercer piso cuando se durmió en un discurso del Apóstol. Bastaba colocar la ropa que Pablo había tocado sobre los enfermos y los posesos, para que ellos fueran curados inmediatamente.

Si es necesario, no puedo hacer otro tanto por tí? Soy menos poderoso ahora que entonces? Estoy ahora menos interesado en que los hombres conozcan la verdad y vivan mi vida? A mi modo daré autoridad a tus palabras, incluso haciendo milagros si es necesario. Tú vida, tu ejemplo, tu identificación conmigo, ejercerán una influencia tal que cuando te vean los hombres sabrán que eres mi discípulo; y cuando te oigan, creerán. Esta es mi garantía.

Qué apóstol debes ser! Cuán extraña debe ser tu vida a las malas pasiones; cuán respetuosa debe ser, agradecida y llena de amor hacia tu Dios!

Yo te he llamado. Eres mi elegido. Eres mi sacerdote.

Sé santo! Lleva una vida irreprochable. Da a cada uno lo que es debido. Sé modesto, humilde, amante; no devuelvas injuria por injuria, o palabras duras como respuesta a palabras duras, sino comparte con los demás los dones que has recibido de Mí, y está siempre presto a dar cuenta de tu fe como conviene a mi sacerdote.

Así proclamarás la bondad de tu Dios que te ha sacado de la oscuridad para llevarte a la luz, que te ha llamado a ser su testigo, que te ha llamado a ser su sacerdote.

Una víctima sacerdotal

“...Heme aquí en vuestras manos” (Jer. 26, 14).

Como testigo sacerdotal, tu vas a enseñar conmigo; como víctima sacerdotal, ofrecerás el sacrificio conmigo.

Cada miembro de mi Cuerpo Místico tiene como deber el ofrecer sacrificio por el pecado. Ayudarás a completar, como decía Pablo, lo que falta a mis propios sufrimientos. No es que mi reparación haya sido insuficiente, o que una gota de mi sangre no hubiera bastado para redimir todo el mundo. Al contrario, he ofrecido al Padre mucho más de lo que era necesario para la redención del género humano: y esto, gracias al amor perfecto con el que he sufrido; gracias a la perfección de vida que he ofrecido, pues se trataba de la vida de Alguien que era a la vez Dios y hombre; y gracias a los terribles sufrimientos y dolores que he soportado.

Sin embargo, faltaba algo; tu parte en mi reparación mediante la unión de tu voluntad a la mía.

Dame tu perfecto consentimiento de obedecer y de sufrir conmigo; entonces nada hará falta. No temas nunca, mi otro Yo, de que te pruebe duramente. Ten confianza en Mí. Apóyate en Mí. Quiero ayudarte aún más de lo que tú quieres.

Yo te he dicho que lo que he hecho por todos los miembros de mi Cuerpo Místico como si lo hubiesen realizado ellos mismos. Te he incorporado a Mí. Desde entonces mi vida es la tuya; tu vida es la mía. Vivo en tí y tú vives en Mí.

Tu inapreciable privilegio consiste en ser víctima conmigo y corredentor de la humanidad. Ofrece conmigo tu vida al Padre. De esta manera los insultos, las negligencias y la ingratitud de los hombres de ayer, de hoy y del futuro quedan reparados.

Ofrece cada paso de tu vida a la Santísima Trinidad. Que cada movimiento de tu vida glorifique a la Sma. Trinidad. Que cada instante glorifique a Dios que te ha creado y rescatado, y te santifica. Que cada instante sea un “Bendito sea Dios”. Ofreciéndote así, en unión conmigo que habito en tí, tú eres una víctima santa y digna que repara los pecados de los siglos, ofreciendo el propio sacrificio de Dios a Dios mismo.

Sé mi víctima por tu abandono.

Como Yo acepté la palabra expresada por mi Padre para mi vida en la tierra, así tú has de aceptar la palabra de Dios para tu vida.

Abandona totalmente el presente y el futuro en mis manos. Acepta siempre y en el momento presente todo aquello que establece mi designio sobre tí. Es un gran sacrificio, pero también es un gran gozo.

Te llamo a hacer algo que no es distinto a lo que otros, antes que tú, Zacarías e Isabel no tenían hijos y todas sus oraciones parecía que quedaban sin respuesta. Estaban lejos de imaginarse que darían nacimiento a uno de los más grandes hombres de la historia, un hijo escogido por Dios para cumplir una misión clave. Sin embargo continuaban orando y cumpliendo los mandamientos y las observancias del Señor, sin ningún reproche.

Juan Bautista no sabía tampoco qué destino le estaba reservado. El comprendió solamente que su tarea actual era la de predicar, bautizar y hacer penitencia; y realizó esta misión con todo su corazón.

Hasta la Anunciación, María no sabía lo que Dios había preparado para ella. Pero ella era la sierva del Señor, presta a hacer siempre su voluntad en todo, sin titubear y con una fe profunda.

José no sabía nada del papel de María en el plan divino de la salvación, hasta que el Angel se lo reveló.

Pedro el pescador, jamás había soñado antes que

Yo le dijera, que estaba destinado a ser mi vicario en la tierra.

Pablo, cuando iba a Damasco para perseguirme, no pensaba que Yo podía hacer de él, el Apóstol de los gentiles.

Ellos conocían tan poco su porvenir, como tú conoces el tuyo. Ellos reconocieron su debilidad, de la misma manera Yo reconocí que mi naturaleza humana era casi nada en relación con la divina. No te ayuda esto a admitir tus propias debilidades cuando te des cuenta de ellas?

Si Yo, como hombre era nada, y así obré, entregando mi cuerpo para ser azotado y crucificado, tú también puedes reconocer que eres nada y que tu intención es llevar a cabo mi plan sobre tí.

En todo tiempo, y concretamente en el lugar y situación en que te encuentras actualmente, acepta todo lo que te pueda suceder como el don de mi amor.

Considera cada día, cada instante, como un cofre de tesoros que se te da por Alguien que te ama mucho más de lo que tu podrías imaginarte. Este cofre lleno de sorpresas, de cosas buenas, de "riquezas", acéptalo totalmente.

Da a mi Padre la obediencia perfecta que tantos hombres le rehusan. Sé mi víctima por tu entrega.

Víctimas que alcanzan la victoria sobre el pecado

"Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas..." (Gál. 6, 2).

Sé víctima conmigo por tus oraciones.

Teresa de Lisieux estuvo confinada en su claustro. Sin embargo, por sus oraciones, fue no solamente una gran misionera, sino también una víctima eficaz para muchos.

Catalina de Sena tomaba sobre ella los pecados y los sufrimientos de otras almas, constituyéndose en víctima por ellas, rehusando cesar sus oraciones y sus mortificaciones hasta tanto no hubiese ganado la victoria.

Mónica hizo mucho con sus oraciones para obtener la conversión de Agustín.

Mientras tú estas en esta tierra, jamás sabrás el valor y el poder de la oración.

En el banquete de las bodas de Caná, la "oración" de mi madre cambió el itinerario de mi vida pública.

Cuando le dijo que "aún no había llegado mi hora" (Jn. 2, 4) enunciaba un hecho. Fue su requerimiento lo que hizo llegar mi hora en este instante y en este lugar.

Yo mismo me constituí víctima por la oración.

Del mismo modo que Yo oré por todos los hombres, tú también debes orar por todos los miembros de mi Cuerpo Místico, y por aquellos que no son de mi rebaño, a fin de que todos sean uno.

Date cuenta de que cuando oras, no solamente lo haces como individuo, sino también como miembro de mi Cuerpo Místico. Soy Yo quien ora en tí y mi oración es perfecta. Puedo convertir a los incrédulos, santificar a los pecadores, liberar a las almas del purgatorio y salvar a los moribundos de las llamas amenazantes del infierno.

Sé víctima conmigo por medio de la oración. Sé también mi víctima en el dolor y el sufrimiento. Todos los hombres sufren y sienten dolor porque el pecado ha traído las penas y los dolores al mundo. Pero me entristece ver el oro precioso del sufrimiento dejado de lado como si fuese inútil.

Cuando dije: "Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados" (Mt. 5, 5), no hablé en vano. La bendición inapreciable que doy a quienes son

totalmente mis otros Yo, es el poder de cambiar el llanto en gracia.

En tus momentos de sufrimiento, te prodigo mis cuidados más atentos y mis bendiciones especiales.

Si en la cruz, cuando soporté tormentos indescribibles, me preocupé con todo de los demás, perdoné a mis verdugos, devolví la confianza al buen ladrón, pude dar mi Madre a Juan y Juan a mi Madre; cómo podré olvidarte cuando estés en el calvario de tu sufrimiento?

Yo solo te envío cruces porque ellas te hacen capaz de ser corredentor de la humanidad.

Si supieras, mi otro Yo, cuántas almas fueron salvadas por la participación de María en mi pasión. Esto sucedió en parte, porque Yo le permití sufrir así conmigo. Y es asimismo por esto por lo que Yo permito que sufras conmigo.

Cada pena, cada sufrimiento, cada contratiempo es un beso tuyo a mi cruz. Aquellos sufrimientos que no soporté Yo mismo durante los cortos años de mi vida terrena, los acepto ahora y los ofrezco por tí. Mira ese soldado tendido en la cama del hospital, con una pierna amputada; a éste atleta súbitamente tullido por la polio; a aquel ciego, a éste sordo, ese mudo incapaces de participar en el vaivén espontáneo de la vida social, aquel escolar ante el fracaso de un examen; a éste marido o a ésta mujer infelices en su matrimonio; a aquel niño de un hogar roto por el divorcio; éste padre sin trabajo y que es enviado de una oficina a otra... he aquí todos estos sufrimientos que Yo no soporté, que padezco ahora en los miembros de mi Cuerpo Místico; que padezco ahora en tí, mi otro Yo.

No es entonces un maravilloso privilegio suplir una parte de mi pasión? No es cierto, como decía san Francisco de Sales, que si los "celos pudieran penetrar en el reino del amor eterno, los ángeles envidiarían los sufrimientos de Dios por el hombre y los del hombre

por Dios"? (Citado en **De la Eucaristía a la Trinidad**, M. V. Bernadot, O. P.).

Dame tu sufrimiento.

Cuando la enfermedad te agobie; cuando tu cuerpo grite de fatiga y parezca que tu trabajo sobrepasa a tus fuerzas; cuando las tareas que te son confiadas parecen querer abatirte; cuando te aflige el insomnio, te atormenta el dolor de cabeza y las angustias del hambre te asaltan, tú eres mi víctima. Una cada uno de tus sufrimientos a los míos, en el camino de la cruz y en el calvario.

Cuando estés atormentado por preocupaciones que te parecen imposible de controlar; cuando eres ridiculizado y pierdes la consideración de los demás; cuando eres insultado, dejado de lado, reprendido; cuando tiembles de miedo ante una tarea que tienes que realizar, una conferencia que dar, una llamada telefónica que debes hacer; cuando haces apostolado en los hogares y temes ser mal recibido; cuando debes solicitar ayuda de dinero; cuando sufres los inconvenientes de la pobreza, eres corredentor conmigo. Yo uno todos tus dolores morales a mi propio terror ante la cruz cuando dije a Pedro, Santiago y Juan: "Mi alma está triste de muerte" (Mt. 26, 38).

Cuando la tristeza te invade y amenaza sumergirte; cuando tus seres queridos se alejan en el sueño de la muerte; cuando la ceguera y la desolación te abruman; cuando la tentación te asalta; cuando te parece que Yo mismo te he abandonado y que tu alma abandonada y deshecha es totalmente incapaz de soportar algo más, entonces piensa en esto: "Tú eres mi otro Yo. Cuando más te creas abandonado más te atraigo a Mí. Has de saber que cuando estás en ese estado, existe la unión más íntima entre tú y Yo. Entonces debes vivir únicamente de fe. Ofreceme tu alma como una víctima para hacer con ella lo que Yo quiera.

Entonces tus sacrificios se unen al mío. Ellos son

míos, exactamente como si los hubiese hecho Yo mismo.

Yo suplo todo lo que puede faltar en tu vida, así como tú completas lo que resta para ser suplido en mi propia pasión.

Somos víctimas; debemos ser víctimas, víctimas que alcancen la victoria sobre el pecado!

Sé mi santo

e

"...Vosotros sois conciudadanos de los santos..." (Ef. 2, 19).

Nos acercamos al fin de nuestras entrevistas. Te pido ser actualmente y durante toda tu vida, mi testigo, mi víctima, mi santo.

Sin embargo estas conversaciones no deben terminarse. Antes bien, vuelve sin cesar sobre mis palabras. No dejes pasar un solo día sin volver a alguno de nuestros encuentros, escucha atentamente, saborea mi enseñanza. Mientras ahí encuentras provecho haz de estas conversaciones que hemos tenido la base de tu meditación cotidiana. Así, poco a poco volverás a ver todo lo que te he dicho.

Haz esto fielmente, te lo prometo, mi testigo, pues me ayudarás a instruir a mi pueblo extraviado, mi víctima en cuanto me ayudarás a salvar innumerables almas; mi santo, ya que me ayudarás a cambiar el mundo, hasta instaurar el reino que mi Padre desea.

Date cuenta de que no digo **un** testigo, sino mi testigo; no **una** víctima, sino mi víctima; no **un** santo, sino mi santo; sí, no se trata de otro distinto, sino de mi otro Yo.

Te das cuenta de lo que esto significa?

Esto significa que tú eres único.

Has llegado a la existencia gracias a un acto único de mi amor creador. Continúas viviendo porque a cada instante renuevo este acto único de amor creador.

Te he creado distinto de todos los que existen, han existido y existirán. Tu cuerpo es único. Aún las señales de tu piel, tus huellas digitales te colocan aparte; te corresponden a tí solamente y no hay otras iguales en todo el universo. Si, pues, tu cuerpo es único en su género en todo el mundo, con cuanta mayor razón lo será tu alma.

Esto es así porque Yo he querido dar existencia a un "tú", a una persona que serías únicamente tú, el solamente "tú" que existirá siempre. He querido darte la existencia a tí, individual y personalmente. Te he creado y te amo.

No has dicho alguna vez de dos novios: "No sé lo que ella ve en él; no sé lo que él encuentra en ella?" Cada uno ve en los demás alguna cosa personal y deseable que los demás no perciben posiblemente de ninguna manera. Así es como tus características individuales te hacen individualmente amable a mis ojos.

En retorno a mi amor, deseo sobre todo el amor particular y personal que tú y solo tú puedes darme. Es por ello por lo que te he dicho que seas la persona que Yo deseo por la realización perfecta de aquello que te exige tu estado de vida. Es de ésta manera como me darás el amor que desde toda la eternidad he deseado de tí.

Es por esto por lo que te he hablado del "sacramento" del momento presente, para apremiarte a que me ofrezcas cada instante tal como se presenta.

Piensa en esto. Este instante presente te es dado para servirme y para amarme así de una manera particular como no le es dada a nadie más en toda la creación.

Estás enfermo? Es porque en ese momento quiero

ser amado y servido así. Ofréceme tu enfermedad, nadie más lo puede hacer.

Eres pobre? Amame y sírveme así. Quién más podría ofrecermé esta pobreza?

Estás impedido físicamente, eres desconocido o inteligente, estás alegre o triste? Tienes que luchar contra una tentación, un problema, una dificultad? Amame a través de estos medios que te doy.

En tí veo la posibilidad de un amor totalmente individual que tú solo puedes darme, que tú solo puedes recibir de Mí.

Mi Padre da a cada generación los santos que necesita. Sé santo según sus caminos. Une tu voluntad a la mía; realiza mi obra; cultiva pensamientos conforme a los míos. Según la única forma que te ha sido dada a tí, sé otro Yo.

Te he llamado para ser mi testigo, mi víctima, mi santo, de una manera que nadie más la ha tenido, que nadie tiene ni tendrá.

Mi Padre da a cada generación los santos que necesita. Sé el santo de su plan. Une tu voluntad a la mía, haz mi trabajo, ten mis pensamientos; sé mi otro Yo de la manera única que te ha sido dada solo a tí.

Harás aquello que hizo mi madre de otra manera, hace siglos? Te darás a mí, de tal manera que Yo pueda habitar en tí, creer en tí y realizar la misión que el Padre me ha confiado en este mundo?

Tu trabajo consiste en realizar lo más perfectamente posible las tareas del momento presente, de cada momento. Si Yo pudiese hacerte comprender solo que estas pequeñas cosas, estas cosas ordinarias constituyen los designios de mi Padre sobre tí, tal como lo fueron para mí durante la mayor parte de mi vida.

Que puedas llegar a tener una verdadera pasión por hacer su voluntad en las cosas pequeñas, como Yo la tuve!

Si pudiese hacerte comprender solo que ser santo es ser un hombre normal. Mi Madre, José mismo, con todas mis cualidades humanas, todos mis santos hemos sido como tú: hemos respirado, hemos comido; hemos pensado y hablado; caminamos y jugamos, y oramos como tú.

Nosotros trabajamos para conservar la vida, tal como ves que lo hacen aquellos que te rodean: José y Yo fuimos carpinteros; Pedro pescador; Lucas un médico; Pablo, como un fabricante de tiendas, pagó sus gastos con sus propios medios durante su vida misionera y exigió a los demás que hicieran lo mismo.

Mis santos fueron semejantes a tí, de la misma manera que tú eres semejante a tus vecinos. Mira a tu vecino cuando entra a su casa después de un día de trabajo; mira al policía de tránsito en el cruce de las calles; observa a tu tendero, al cartero, a los miembros cercanos de tu familia. No eres tú como ellos, respecto a la estatura y contextura, al cuerpo y a la mente? Así, tal cual, los santos fueron como tú. Tú también puedes hacer lo que ellos hicieron. Realiza tus deberes diarios como ellos realizaron los suyos. Ayúdame a rehacer el mundo.

Cuánto aspira la creación por las cosas futuras! "Toda la creación, dice san Pablo, aspira a la manifestación de los hijos de Dios: la creación en efecto, quedó sujeta... con la esperanza de ser liberada de la esclavitud... para entrar en la libertad de los hijos de Dios" (Rom. 8, 19-21).

Para cambiar el mundo

"Tú me enseñarás el camino de vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perfecta a tu derecha" (Sal. 15, 111).

Qué distinto sería el mundo, si Adán no hubiera pecado! El amor que habría en la tierra, entre los hombres de buena voluntad.

Dios creó el mundo y este era bueno. El mal vino al mundo por el pecado y permanecerá aquí hasta cuando el pecado no haya desaparecido. No fue así al principio. Y hoy no es necesario que el pecado esclavice a los hombres.

Mis Apóstoles eran débiles y perezosos, huyeron cuando los guardias me cogieron en el huerto. Mas cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos el día de Pentecostés, cuán intrépidos se volvieron. He aquí lo que sucede cuando el Todopoderoso derrama su gracia en abundancia para transformar a débiles mortales en mis testigos, mis víctimas, mis santos.

No hay más que un solo remedio contra el mal: la santificación. La bondad no puede ser liquidada; ni la paz, la prosperidad y la felicidad. Estos son los frutos de la obediencia a mi ley. El Estado puede proporcionar una atmósfera en la cual una obediencia tal se desarrolle, pero solo Dios puede dar la gracia, y solo los individuos pueden abrirse a ella.

Así pues, sé mi santo. Ayúdame a transformar el mundo. Ayúdame a traer la paz y la dicha a todos los hombres de buena voluntad.

Deseo ardientemente un mundo libre del mal, un mundo de paz y de felicidad.

He creado el hombre para la felicidad. Qué es la creación y qué es la santidad sino la felicidad misma —la una en el orden natural y la otra en el orden sobre-

natural— una efusión del gozo divino del mismo Todopoderoso?

Siembra mi paz en tu familia, en tu comunidad. Aunque el mundo te presente la glorificación del egoísmo y de la sensualidad, el desprecio de la justicia y de la caridad; aunque se burle del pensamiento de trabajar y vivir por Mí, tú mi santo, permanece firme! No solo esto, haz resistencia; cambia el mundo según tu poder.

Tu resistencia será gozosa. Mostrarás por tu propia vida que la felicidad es el fruto de la bondad. Mostrarás que hay un verdadero gozo en vivir como mi otro Yo.

Busca la alegría. Regocíjate en la luz del sol con la cual Yo te caliento. Regocíjate, como Yo lo hice, ante las verdes montañas, ante el alimento fresco del huerto; por la lluvia refrescante, por el aire puro. Regocíjate con los buenos libros, con los buenos pensamientos, con los buenos amigos. Regocíjate y sé feliz en mi paz.

Sé un artífice de la paz, mi otro Yo, una fuerza positiva de quietud, de armonía, de amor.

Amas a todos los hombres? Al ladrón que te ha robado, al charlatán que se ha mofado de tí, al competidor que te ha superado, al calumniador que ha difamado tu buen nombre? Es mucho más difícil amarlos a ellos que aquellos "enemigos" lejanos, tales como el comunista, el radical, el reaccionario, el agitador político.

Si eres realmente mi otro Yo, me mostrarás tu amor hacia todos los hombres haciendo todo lo posible para incorporarlos en mi Cuerpo Místico y hacer íntima y duradera su unión conmigo.

Tráemelos por tu buen humor, tu servicialidad, tu generosidad; por tus obras de misericordia espirituales y corporales.

Todo esto sembrará la alegría, esparcirá la paz entre los miembros de u familia, en tu vecindario, tu comunidad; en retorno, el gozo irradiará sobre toda la nación y sobre el mundo entero. Quien quiera que ha-nación y sobre el mundo entero. Quien quiera que ha-ya sido ayudado por tí a hacerse más semejante a Mí, sembrará a su vez, semilla de alegría.

Qué vida de aventura, ésta a la cual te llamo, mi santo.

Vistas en esta perspectiva, las cosas ordinarias se hacen maravillosas, preciosas, alegres. Cómo podría una acción ser, sin brillo cuando es el precio de un alma, la adoración del Todopoderoso, la acción de gracias digna del Altísimo?

Como mi otro Yo, tuya es la gloria incomparablemente superior a la gloria terrena de cualquier rey. Tú estás identificado místicamente conmigo, tu Dios. Tú eres el muy amado del Padre, tanto como Yo lo soy. No tienes más que hablarme, a mí, tu Dios, y Yo te concedo toda mi atención. Solo tienes que obrar; no, pensar, y obtendrás sin límites las más preciosas riquezas de la existencia, riquezas que salvan almas y reconstruyen el mundo.

Como mi otro Yo, tú me reproduces. Qué dignidad más sublime podría existir?

Haz esto, y a mi tiempo oportuno tú gozarás ya aquí en la tierra la recompensa del cielo, la cual no será sino una continuación de ésta.

Haz esto, y a mi tiempo oportuno, tú gozarás la recompensa del cielo, ya aquí en la tierra, de la cual el cielo es su continuación.

Te he destinado para una unión sin límites conmigo que es únicamente tuya. Desde toda la eternidad he previsto esta unión particular contigo; y esta era buena.

Tú me poseerás tan plenamente como te es posible hacerlo. Cesarás de conocerme y amarme en la oscuridad de una manera velada.

Inhabitado por la divinidad, tendrás el gozo de pertenecer sin reserva a Dios, ser totalmente amado de El, amarlo plenamente tú mismo. Verás la Bondad infinita, la Belleza infinita, el Amor infinito cara a cara. Conocerás a Dios y conociéndole le amarás más; y amándole más le conocerás aún mejor; y así en una cadena sin límite de conocimiento y de amor tendrás todos tus deseos.

Tal es tu destino: la felicidad completa en nuestra unión, el gozo completo en la posesión personal de tu Dios y su posesión de tí.

No ha visto el ojo, no ha escuchado el oído, y jamás el corazón del hombre podrá penetrar lo que Dios ha preparado para tí, porque **tú eres mi otro Yo y Yo soy tu Dios.**

Ven pues, eres bienaventurado, prepárate a entrar en el gozo eterno!

INDICE

	Págs.
Prefacio	5
Oración sacerdotal de Jesús	9
PRIMERA PARTE - <i>El fin de la vida</i>	
Capítulo I	
EL FIN DE LA VIDA	13
Capítulo II	23
Capítulo III	38
Capítulo IV	
CRISTO EN NOSOTROS	57
SEGUNDA PARTE - <i>El desprendimiento</i>	
Capítulo V	
EL DESPRENDIMIENTO	77
Capítulo VI	
LA VIRTUD	96
Capítulo VII	
LA ORACION	117
Capítulo VIII	
LA HUIDA DEL PECADO	141
Capítulo IX	
LA MISA Y LA EUCARISTIA	163
TERCERA PARTE - <i>La meta final</i>	
Capítulo X	
LA META FINAL	183